

ANDRÉS GIMÉNEZ SOLER

**FERNANDO
EL CATÓLICO**

EDITORIAL LABOR, S. A.

A-1954

T 103590

C 2233356

525

FERNANDO EL CATÓLICO

CON LICENCIA
ECLESIASTICA

COLECCIÓN PRO ECCLESIA ET PATRIA

FERNANDO EL CATÓLICO

POR

ANDRÉS GIMÉNEZ SOLER †

1941

EDITORIAL LABOR, S. A.

BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO

Con 16 láminas

ES PROPIEDAD

N.º 19

PRINTED IN SPAIN

K-161

TALLERES GRÁFICOS IBERO-AMERICANOS, S. A. : Provenza, 86. BARCELONA

El día de San Miguel de 1938 murió santamente en Zaragoza el autor de este libro, cuyo original había enviado a Madrid antes del Movimiento ; no supo ya más de su obra. Después de la Victoria se encontraron las pruebas de imprenta en la Casa editora de esta colección PRO ECCLESIA ET PATRIA, y me cabe a mí el honor tan triste de llevarlas a la publicación, lamentando con toda mi alma que el amor filial y el interés por todo lo que con mi padre se relaciona no pueda suplir la competencia que para llevar a cabo este trabajo necesitaría.

Por ello quedo profundamente agradecida a los catedráticos de esta Universidad, que tan eficazmente me han ayudado con sus consejos siempre que se los he pedido.

De intento se han dejado en el libro algunas deficiencias, aquellas que piden la presencia del autor para ser corregidas, que se encuentran al ver el conjunto de la obra y no pueden apreciarse en las cuartillas, pues se ha creído preferible respetar así la ausencia del autor, dejándolas como están. No en vano sale esta obra a luz huérfana de padre.

Y ahora creo interpretar la voluntad del autor, dedicando esta su obra póstuma a la memoria de su hijo, ONOFRE GIMÉNEZ GARÍ, que impulsado de los altos ideales, Dios y Patria, fué soldado voluntario desde los primeros días del Movimiento y murió gloriosamente en Brunete.

BEATRIZ GIMÉNEZ GARÍ

ÍNDICE DE MATERIAS

| | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| Prólogo | 7 |
| Don Fernando, Rey de Castilla | 29 |
| La guerra de sucesión | 55 |
| El problema religioso | 96 |
| La Inquisición y la expulsión de los judíos.. | 96 |
| La Conquista de Granada | 107 |
| Don Fernando y el descubrimiento de América.. | 141 |
| Culminación | 151 |
| Segundo Gobierno del Rey Católico | 173 |
| Política internacional de Fernando el Católico ... | 185 |
| La política mediterránea | 193 |
| La sentencia de Guadalupe | 209 |
| Índice alfabético | 221 |

Prólogo

La gloria o la condenación de los hombres y de las naciones dependen, más que de sus obras, de lo que de ellos divulga la fama. Bien podemos afirmarlo los españoles, víctimas de la leyenda negra creída por todos y creada por unas cuantas calumnias que la ignorancia se encarga de propalar.

Para las multitudes es más verdad lo que se dice y oye decir que lo que ven los propios ojos, y no se paran nunca a reflexionar si lo que les dicen es verdad o mentira. El “todo el mundo lo dice” induce a creer, tanto como el “que dirán” a obrar; y nada valen defensas ni pruebas que contradigan lo creído: el “cuando todo el mundo lo dice...” lo desvirtúa todo y lo anula todo.

Fernando el Católico es uno de esos hombres grandes por sus hechos y empequeñecidos por la fama. Comenzó a reinar en una época de división dinástica y venció; pero los vencidos ni perdonaron su derrota ni olvidaron al vencedor. Era una época de revueltas, y los revoltosos sometidos tampoco perdonaron ni olvidaron. Su tiempo fué de inmoralidad y él corrigió los abusos. Los corregidos se vengaron de él atacando su fama. Lo temieron todos, desde el primer momento, trataron de anularlo sublimando a su primera mujer; y ésta, que se dejó sublimar, contribuyó en gran parte a empequeñecerlo y dió pretexto a los murmuradores.

Mientras ella vivió, fué táctica atribuirle a ella sola, o a los dos, las acciones nobles; muerta ella, todo quejoso la echó de menos, consideró arbitrariedad e injusticia lo hecho por él y afirmó que no se hubiera portado así la Reina. Por añadidura fué modesto, y la modestia, en aquel tiempo de historiadores asalariados y de personajes vanidosos, era un defecto.

Causas políticas posteriores, nacidas de la falta de sentimiento nacional y de amor excesivo a la región, han ido agrandando la fama de doña Isabel y empequeñeciendo la de don Fernando, porque cada historiador se ha creído obligado a perpetuarlas, alguno a sabiendas de no ser ciertas, y hoy es la mujer de don Fernando la figura representativa de Castilla, y el Castillo de la Mota un lugar casi sagrado, a donde en nuestro tiempo van como en romería multitudes de muy diversos ideales.

Fernando el Católico merece trato distinto del que se le da, un mejor puesto en la Historia de los Reyes de España y una mayor gratitud de los españoles. Pocos personajes de nuestra historia hicieron tanto por fundar la nacionalidad y engrandecerla y marcar normas prácticas para el porvenir.

Pocos personajes podrán también figurar con más derecho en la Biblioteca "Pro Ecclesia et Patria". El humanista Pedro Mártir de Anglería, que estaba en Madrigalejo el 23 de enero de 1516, fecha de la muerte del gran Rey, al comunicar el suceso a un amigo suyo exclamaba: "*Proh Hispania! Proh Christi dogma! quem oculum, proh Carole Princeps, quem regnandi magistrum amisistis!*" (Oh España, oh religión de Cristo, oh Príncipe Carlos, qué vigilante y qué maestro de gobernar habéis perdido!). Anglería dió el lema de la Biblioteca con ocasión de la muerte de don Fernando.

Este libro dedicado a su memoria es una obra de crítica y no un panegírico. Sus fuentes son las crónicas escritas por contemporáneos del Rey, vasallos de la Reina. De autores aragoneses sólo se ha utilizado a Zurita, porque sus dichos tienen valor de documentos. Cada afirmación va autorizada con el texto correspondiente.

Si la figura de este monarca tal como aquí la dibujamos no se adapta a la tradicional, no culpe el que la leyere al autor, sino a los cronistas y a los documentos que le han proporcionado los materiales.

. . . .

En 1412 se entronizó en Aragón, en virtud del compromiso de Caspe, la rama segunda de la familia reinante en Castilla, fundada por Enrique de Trastámara. El nuevo rey de Aragón puso cerco inmediatamente a la corona de su patria de origen, casando dos hijos suyos con dos hijas de su hermano, el monarca de Castilla, y el único varón de éste con una hija suya.

De este matrimonio del joven Rey castellano Juan II, quedó al enviudar éste un solo hijo varón, de nombre Enrique, que al morir su madre en 1445 contaba veinte años de edad y llevaba doce de casado, aunque sólo seis de vida marital, con doña Blanca de Navarra, hija de un hermano de su madre, sin que el matrimonio hubiese dado señales de fecundidad.

La rama primogénita de la dinastía amenazaba, pues, extinguirse. La corona de Castilla debía recaer en un individuo de la segunda rama y sucedía esto en un tiempo en que al débil Juan II lo dominaba don Alvaro de Luna, y era éste ferozmente combatido por el monarca navarro que, según los

principios de la herencia, debía suceder, si no a Juan II, a su hijo Enrique IV.

El odio al Rey de Navarra, llevó a don Alvaro de Luna a concertar a espaldas del soberano de Castilla un nuevo matrimonio de éste con una infanta portuguesa, y realizado aquél en 1447, pasaron dos años sin que hubiera sucesión.

Los planes de don Alvaro no se cumplían; pero, en su odio al navarro, indujo o consiguió que indujeran a don Enrique a pedir la anulación de su matrimonio con doña Blanca, alegando la esterilidad sin afirmar la impotencia de ninguno de los cónyuges, a fin de que cada uno pudiera volverse a casar.

Incoado el expediente de divorcio en las postrimerías de 1449, se falló a principios de 1450, en armonía con los deseos del marido, y la infeliz esposa salió de Castilla despojada de su título de Princesa y pobre, y fué a refugiarse en su casa, donde le aguardaban nuevas y más terribles desventuras.

Así las cosas, dió a luz doña Isabel de Portugal, en abril de 1451, una niña a la que llamaron como a su madre, y dos años después un niño, al que pusieron de nombre Alfonso; y como si don Juan hubiera hecho ya cuanto podía hacer en este mundo, murió en 1454, dejando tres hijos: uno de su primer matrimonio, Enrique, de veintinueve años de edad, y dos del segundo, Isabel y Alfonso, ambos en la infancia.

La sucesión al trono por línea de varón estaba asegurada, y, sin embargo, don Enrique, a quien el vulgo atribuía incapacidad absoluta para la generación, contrajo matrimonio con otra infanta portuguesa, sobrina de su madrastra, de nombre Juana.

El historiador se queda perplejo ante este suceso: ¿sabían los parientes de la desposada el estado

físico del contrayente? Debían saberlo, pues cuando en 1475 el hermano de ella quería para sí la corona de Castilla, alegando los derechos de la niña, que se decía nacida de aquellos cónyuges, los Reyes Católicos le reprocharon, según el cronista Diego de Valera, que no ignoraba "cuanto manifiesto en estos reinos fuese el ser certificado de la impotencia del rey don Enrique, antes de ser fecho el casamiento de su hermana; e con todo eso fué contento que toviere no verdadero nombre de casada con el falso nombre de reina". Y si esto era verdad ¿cómo consintieron en el matrimonio padres, hermanos y parientes de la desdichada infanta portuguesa? Y el propio Enrique IV ¿cómo se aventuró en una tal empresa si era cierta su impotencia y él no la ignoraba?

Razones son éstas de índole moral que autorizan a creer fábula lo de la impotencia de aquel rey, inclusive en lo que se refiere a su primera mujer, y hacen pensar que se fingió todo como único medio de obtener el divorcio por razones de política.

Sin embargo, los cronistas todos y casi todos los historiadores y el médico señor Marañón hoy, en un estudio clínico del caso, afirman la impotencia de don Enrique como real y efectiva. Es posible y aun probable que éste naciera con alguna tara fisiológica por efecto de la herencia: sus padres eran primos hermanos y sus abuelos paternos fueron el rey a quien la historia llama el Doliente y doña Catalina de Lancáster, mujer, según el padre Flórez (Reinas Católicas), "de gran talla de cuerpo, acompañado de robustez de humores y gran fuerza de calor natural que la incitaba a tomar más alimento en la comida y tal vez en la bebida de lo que es regular en las mujeres. Su poca templanza en esta línea le hizo contraer el accidente de perlesía". Hijo

de esta señora fué Juan II, padre de Enrique, también corpulento, glotón y sensual y carente de voluntad por completo.

No así su hijo, que fué, aunque también corpulento, continente en la comida y no bebía vino. Era muy sencillo en el vestir, enérgico, gran cazador, amigo de las artes y de la lectura y hombre tan bueno que odiaba la guerra y toda violencia. Sus aficiones le llevaron a entregar el gobierno a privados y de aquí se originó su fama y todas las calamidades que sobrevinieron. Su indolencia favoreció, como en tiempo de su padre, los partidos, y éstos se fundaban en puras ambiciones de sus jefes.

Sucedió que don Beltrán de la Cueva gozaba del favor del Rey, y, vacante el Maestrazgo de Santiago, don Enrique concedió la administración de él a dicho señor y no a don Juan Pacheco que lo ambicionaba. Este urdió una conspiración con otros grandes señores para vengar lo que creía su afrenta y para que otros vengasen otras del mismo jaez, y, reunidos en Burgos, le escribieron una carta altamente injuriosa, que ningún hombre de honor habría tolerado con paciencia y que él leyó sin inmutarse y como si fuera dirigida a otro. En ella le decían, según el cronista Enríquez del Castillo, "que a grand perjuicio y ofensa de todos sus reinos et de los legítimos subcesores sus hermanos había fecho jurar por princesa heredera, a doña Juana, hija de la reina doña Juana, su mujer, sabiendo él muy bien que aquélla no era su hija". No contentos reuniéronse en Avila y colocada la estatua del rey revestida de los atributos reales, cetro, corona y espada, en un catafalco, lo despojaron de ellos por indigno y de un puntapié lo derribaron y lo hicieron rodar por el suelo, proclamando en lugar suyo rey de Castilla a su hermano don Alfonso, niño de trece años.

Desde entonces la hija de la Reina fué llamada la Beltraneja, pero la historia debe afirmar que si don Enrique hubiera dado el Maestrazgo de Santiago, como al fin se lo dió, a don Juan Pacheco, marqués de Villena, esa niña no hubiera sido Beltraneja sino Enriqueña y hubiera sucedido al que decía ser su padre. Todos los que en Avila deshonraron al Rey y a la Reina y a su hija defendieron después los derechos de ésta contra la Reina Católica, proclamada o reconocida por ellos en vida de don Enrique.

Dióse el caso singular de titularse a la vez dos hermanos reyes de Castilla sin combatirse y siendo obedecido uno solamente y, lo que es más, consintiendo el mayor que el otro se titulara rey y él anduviese en tratos con los parciales del otro, no obstante las razones alegadas por éstos para proclamar a su hermano.

Muerto el menor, sus derechos fueron reconocidos a la hermana, doña Isabel, y el hermano, verdadero rey, accedió a reconocerla como sucesora suya en la célebre capitulación de los Toros de Guisando, no porque la hija nacida de su mujer él la declarase espuria, sino por bien de paz, por acallar las discordias y devolver al país la tranquilidad, haciendo que abortara la guerra civil en germen. "Bien sabedes, dice en ese documento, las divisiones y movimientos y escándalos acaecidos en estos mis reinos de cuatro años a esta parte e los muy graves e intolerables males e daños que dello se han seguido a todos mis subditos e naturales e universalmente a toda la cosa publica de mis reynos. E como quier que en estos tiempos pasados siempre he deseado e trabajado e procurado de los atajar e quitar e dar paz y sosiego a estos mis dichos reynos, no se ha podido dar en ello asiento y

conclusión hasta agora, que por la gracia de Dios la muy ilustre princesa doña Isabel, mi muy cara y muy amada hermana, se vino a ver conmigo cerca de la villa de Cadahalso donde yo estaba aposentado... e la dicha mi hermana me reconoció por su rey e señor natural. E yo movido por el bien de la dicha paz e por evitar toda materia de escándalos e división... determiné de la recibir e tomar por princesa e primera heredera e sucesora destos mis dichos reinos”.

Esta es la declaración más terminante que hizo don Enrique de la ilegitimidad de la hija de su mujer, que como se ve no fué expresa y directa, sino tácita y determinada por su exclusión de la herencia paterna. Tal es el origen de la legitimidad en la sucesión de la Reina Católica.

* * *

Declarada doña Isabel heredera del trono de Castilla por esa capitulación de los Toros de Guisando, de fecha 25 de septiembre de 1468, cuando contaba dieciséis años de edad, su matrimonio era urgente por la necesidad de asegurar la sucesión; pero constituía un grave problema político y nacional. Ya en aquel documento decía el rey: “por el gran deudo e amor que siempre ove e tengo a la dicha Princesa mi hermana e porque ella está en tal edad que mediante la gracia de Dios puede luego casar e haber generación, de manera que estos dichos mis reynos no queden sin haber en ellos legítimos sucesores de nuestro linaje, determiné de la recibir e la recibí por Princesa e primera heredera e sucesora destos dichos mis reynos e por tal la juré e nombré e intitulé e mandé que fuese recibida e nombrada e jurada”.

Pero hallarla marido no era problema fácil, dado el estado de Castilla, dividida en bandos, y no teniendo cada bando más ideal que el medro particular de sus individuos. Sin tener en cuenta el interés nacional sino las ventajas que obtendría cada uno del pretendiente a quien favoreciese, dividiéronse los nobles castellanos en dos parcialidades: una favorable al rey de Portugal y otra que se inclinaba al Príncipe de Aragón. Todos convenían en que Castilla necesitaba un rey fuerte y enérgico que sometiera a todos a disciplina, pero de este "todos" se excluían ellos; y así su fin al proclamar candidatos a la mano de la futura reina era en cada cual el de proporcionarse un aliado poderoso contra sus enemigos y crearse un rey agradecido que se gobernara por sus consejos. Cabeza del bando defensor del portugués era el Marqués de Villena y del que patrocinaba al Rey de Aragón el Arzobispo de Toledo, don Alfonso Carrillo.

No era ésta la primera vez que se trataba de casar a la infanta: antes de ser declarada heredera, pretendió Juan II de Aragón que casara con su hijo Fernando, y su hija Leonor con el infante don Alfonso. Los azares de la política estorbaron estos matrimonios. Hacia 1460, la misma madre de doña Isabel y la mujer de Enrique IV, primas hermanas, tía y sobrina, promovieron otro enlace con el príncipe de Viana, pero éste murió al año siguiente. En 1464 se vieron en Gibraltar los reyes de Portugal y de Castilla y éste llevó consigo a su hermana, a la sazón de doce años, con el propósito de que solemnizara su matrimonio con el portugués, viudo ya y de mucha más edad que la novia. No se efectuó por no ir don Enrique acompañado del marqués de Villena, sin cuyo consejo no quiso proceder.

Pero estos proyectos matrimoniales, anteriores a la capitulación de los Toros de Guisando, no tenían el valor del que debía contraer una vez proclamada heredera. Para Castilla se abría ahora un periodo constituyente y de interinidad que duraría todo el tiempo que viviese don Enrique y se vislumbraba para después de su muerte otro de guerra civil, pues a la hija de doña Juana no le faltaban partidarios y sobre todo era seguro que no le faltaría la protección de su tío el rey de Portugal, siquiera por guardar la honra de la familia.

Los intereses nacionales tan comprometidos y la voluntad de la interesada nadie los tenía en cuenta o los relegaban todos a segundo término, trayéndolos en apoyo de su opinión fundada en su interés. Sin embargo, era evidente que el porvenir de Castilla había de ser muy otro casando doña Isabel con el príncipe de Aragón que con el rey de Portugal y muy diferente si casara con el Duque de Berri, hermano del Rey de Francia, tercer pretendiente surgido de pronto para estorbar, si se pudiese, al aragonés.

Fué formidable la lucha de intrigas tramadas alrededor de la futura reina para decidirla por uno u otro partido. El Marqués de Villena la retenía como presa en Ocaña, pero el Arzobispo vigilaba que no se le hiciese fuerza. Enviados del Rey de Aragón con varios pretextos sobornaban a los servidores de la pretendida; otros del Rey de Portugal instaban por terminar el contrato de matrimonio con su soberano; pero doña Isabel decidió por sí misma, aceptando por futuro marido al Príncipe de Aragón.

Pensar que una joven de diecisiete años aún no cumplidos decidió su suerte eligiendo marido entre varios pretendientes por razones de Estado,

es no pensar a lo humano: doña Isabel tuvo motivos sentimentales que le decidieron y los otros los aceptó como los aceptaban todos, en cuanto venían a corroborar intereses más particulares. Hay que afirmar que fué su matrimonio de amor más que de política y esto aun teniendo en cuenta que los novios no se conocían. Pero hay que recordar que cuatro años antes, cuando era ya una mujer, conoció Isabel al Rey de Portugal, hombre entrado ya en años; y hay que decir que al pretenderla el Duque de Berri, hizo ir a Francia, a que lo conociera y se lo describiera, a un criado suyo, el cual le dijo que el Duque era alto, de piernas muy delgadas y cuerpo recio y que padecía en los ojos una fluxión, que auguraba una próxima ceguera. En cambio todos sus servidores le presentaban al Príncipe de Aragón como joven apuesto, muy valiente, muy guerrero, muy buen jinete, el mejor torneador de su tiempo y ¿quién dudará de que esta descripción, comparada con la del francés y con lo que ella misma había visto en el rey de Portugal, habían de crear en su corazón hacia don Fernando la simpatía precursora del amor? El cronista Alonso de Palencia, confidente de doña Isabel en este negocio y a quien ella encargó venir a Zaragoza a dar al novio el sí, habla del amor recíproco de los novios, que indirectamente se habían comunicado. Las lágrimas que doña Isabel derramó en Ocaña cuando creyó que la obligarían a casarse con el portugués, sus súplicas a Dios para que la librase de este sacrificio, su fuga de aquella villa y su refugio en Valladolid, ciudad adicta a ella para recobrar su libertad y franco albedrío "que en negocio de matrimonio después de la gracia de Dios principalmente se requiere", palabras que Zurita pone en su boca, demuestran que le repugnaba para marido aquel

hombre viejo que conoció en Gibraltar y que sus ilusiones le llevaban hacia el Príncipe de Aragón.

Comunicada la noticia a don Fernando que se hallaba sitiando a Cervera y aceptadas por él las cláusulas de la especie de capítulos matrimoniales que le presentaron, todos consideraron urgente llegar cuanto antes a la celebración del matrimonio.

No era de los que menos prisa tenían el Rey de Aragón, que veía colmadas sus ilusiones; pero a llevar el negocio con la rapidez deseada se oponía la falta de dinero para pagar a los que habían intervenido en el asunto y para desempeñar un collar de perlas que el novio quería llevar a su futura como regalo de boda. A Valencia fué el propio don Fernando a gestionar el empréstito y el desempeño.

Obviadas estas dificultades presentábase otra: la del viaje del Príncipe a Castilla. El país estaba en armas y dividido en banderías; no había lealtad en nadie, los amigos de la víspera eran enemigos hoy y la persona de un Príncipe que iba a contraer aquel matrimonio era muy buena prenda para obtener de Enrique IV, del Marqués de Villena, magnífica recompensa. Entre los mensajeros de doña Isabel y de don Fernando se convino en que éste entrara en Castilla en hábito disimulado; el primer día del viaje "hicieron noche para descansar breves momentos en una aldea cerca del Burgo de Osma y según previo acuerdo, el Príncipe, fingiéndose criado de mercaderes estuvo cuidando las mulas y sirviendo la cena, acabada la cual, en vez de retirarse a dormir salieron de la aldea a altas horas de una noche tenebrosa".

El 9 de octubre entraba don Fernando en Dueñas "entre las aclamaciones de muchos grandes que allí reunidos le saludaban como a futuro soberano de todos; que descaradamente le pedían mer-

cedes, con daño evidente de la república, y que acostumbrados a las prodigalidades con que don Enrique iba labrando el desdoro del cetro, murmuraban de la prudente cautela con que el Príncipe respondía a sus demandas". Este dicho del cronista Palencia no es para olvido.

Avisada doña Isabel de la llegada de su elegido a Dueñas y sabedora de que su hermano el Rey había ordenado vigilar las fronteras para impedir la entrada en Castilla al Príncipe, éste le hizo saber por carta el día doce de aquel mes que había entrado ya y que estaba a la vista de Valladolid, residencia suya.

El 14 de octubre se vieron por vez primera los futuros Reyes Católicos, siendo el introductor Gutierre de Cárdenas. Presenciaron la escena cuatro caballeros aragoneses. La entrevista duró dos horas y, terminada, él regresó a Dueñas para estar más seguro y por honestidad, pues los tiempos eran muy dados a la maledicencia.

Celebraron los desposorios el jueves, 18 de octubre; el 19 se velaron y siete días después solemnizaron el matrimonio en la iglesia de Santa María, todo muy pobremente porque el novio había ido sin dinero y la novia carecía de él.

El matrimonio se celebró sin haber obtenido los contrayentes la dispensa del parentesco de consanguinidad que les unía como hijos de primos hermanos, biznietos de Juan I; pero sus conciencias no padecieron, pues el nuncio o legado pontificio, un obispo siciliano de apellido Veneris y el arzobispo de Toledo autorizaron que se consumara el matrimonio. Para evitar el escándalo y posibles imputaciones de nulidad, se hizo correr que se había obtenido la dispensa, pero la verdad es que no se obtuvo hasta que el papa Sixto IV en 1.º de diciem-

bre de 1471 confirió potestad al prelado de Toledo para absolver a los contrayentes de la excomunión en que habían incurrido al casarse sin aquel requisito, y que la dispensa no llegó hasta el mes de agosto del año siguiente, en que fué entregada en propias manos a don Fernando por el legado don Rodrigo de Borja, después Alejandro VI.

Enrique IV al comunicarle el embajador aragonés la entrada del príncipe en Castilla respondió, como si a él no le fuera nada, que cuando llegara el Maestre de Santiago proveería. En el reino nadie se movió; no hubo ni protestas, ni regocijos; los enterados acogieron el suceso al parecer con indiferencia, en realidad sobrecogidos pensando en lo que después pudiera suceder.

Era don Fernando hijo de Juan II de Aragón; fué su madre doña Juana Enríquez: hija del almirante de Castilla don Fadrique: sus padres eran castellanos de nacimiento; él vió la luz en Sos, una de las cinco villas que dan nombre a una comarca aragonesa; su nacimiento coincide con la sublevación del Príncipe de Viana, hijo del primer matrimonio de aquel Rey con doña Blanca de Navarra, cuya corona ceñía su padre a título de Rey consorte. La guerra civil engendrada entre padre e hijo por aspirar el uno al reino de su madre y querer conservar el poder el otro, duró toda la niñez, adolescencia y juventud del vástago de don Juan y doña Juana. Su educación fué por esta causa eminentemente militar. A este propósito dice Marineo Sículo en su libro *De las cosas memorables de España*: "Siendo de edad de siete años, en la cual convenía aprender letras, dió señales de excelente ingenio y de gran memoria. Mas la maldad de los tiempos e invidia de la fortuna cruel impidieron el gran ingenio del príncipe que era aparejado para

las letras y lo apartaron de los estudios de las buenas artes. Porque comenzando a enseñarse a leer y escribir (como en España se acostumbra) y entrando ya en gramática movióse la guerra que Carlos (mal persuadido de algunos) hizo cruelmente contra su padre, y así fué quitado de las letras y de su estudio, y aun no habiendo diez años comenzó a tratar las armas y oficio militar, y por su poca edad y por no tener título de dignidad tenía poca autoridad. Por lo cual hizole su padre duque de Monblaque porque gozara de alguna honra y fuese acatado de todos y criado así entre caballeros y hombres de guerra siendo ya grande y no pudiendo darse a las letras careció dellas. Mas ayudándole las grandes fuerzas de su ingenio y la conversación que tuvo de hombres sabios así salió prudente y sabio como si fuera enseñado de muy doctos maestros”.

Mas este juicio, siendo cierto, necesita aclaraciones: don Fernando se crió en los campos de batalla: cuando a principios de 1462 (él tenía diez años) andaban los barceloneses divididos sobre si recibirían al Rey don Juan en su ciudad o le cerrarían las puertas, la Reina, cometiendo una verdadera imprudencia, fué a Barcelona con su hijo y de aquí a Gerona; triunfó el partido antirrealista y el ejército sublevado fué a sitiar a doña Juana en esta ciudad. La Reina se salvó de caer prisionera, juntamente con su heredero, gracias a la caballería de los gerundenses que la defendieron por ser mujer y llevar a su hijo, y al socorro que envió desde Francia el Rey de este reino. Tres años después asistió a la batalla de Calaf, donde tan terrible derrota sufrió el Condestable de Portugal, y desde entonces el futuro Rey de Aragón no abandonó el teatro de la guerra: los enviados de doña Isabel a

transmitirle su aceptación lo encontraron delante de Cervera.

Don Fernando se educó y formó en los campamentos entre hombres de guerra, no entre damas y eruditos; su característica fué el valor personal y la destreza en el manejo de las armas.

Pero esto no quiere decir que fuera un soldado. Fué su ayo un caballero llamado don Gaspar de Espés; tuvo de preceptor a un famoso humanista, primer traductor al español de Salustio, y trató íntimamente a personas que, aunque dedicadas preferentemente a las armas, habían vivido en la suntuosa y erudita corte de Nápoles al lado de su tío el Rey Alfonso V. A este trato alude Sículo en las últimas palabras del texto citado.

Debe tenerse además en cuenta que para el humanista Sículo, ser hombre de letras valía tanto como manejar el latín para entenderlo, escribirlo y hablarlo, y quien no sabía esto era un bárbaro. Por esto dice que cuando entraba en la gramática, estudio del latín, movióse la guerra y no lo aprendió.

Fisicamente era don Fernando, según Hernando del Pulgar que lo conoció y trató, "home de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, con las facciones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos, prietos e llanos e hombre bien complisionado: tenía la fabla igual ni presurosa ni mucho espasiosa e había una gracia singular, que cualquiera que con él fablase luego lo amaba e le deseaba servir porque tenía la comunicación amigable..., era hombre muy tratable con todos, especialmente con sus servidores íntimos. Cabalgaba muy bien a caballo en silla de la guisa e de la jineta, justaba sueltamente e con tanta destreza que ninguno de todos sus reinos lo faría me-

jor. Era gran cazador de aves e home de buen esfuerzo e gran trabajador en las guerras; placíale jugar todos los juegos, de pelota, ajedrez e tablas e en esto gastaba algún tiempo más de lo que debía”.

Amó las bellas artes, sobre todo la escultura y orfebrería, de las cuales quedan de su tiempo hermosos ejemplares en las iglesias de Aragón.

Despreció a los aduladores no consintiendo que se escribiera crónica alguna de su reinado y de sus propios hechos. No se cuidó de asegurar su fama, y esto, tan de aplaudir por la modestia y honradez que demuestra, fué para él funesto; los cronistas de otros personajes hallaron la manera de encumbrar más de lo justo a sus biografiados rebajándole a él, y la posteridad se ha guiado más por los dichos de estos cronistas que por el examen de los hechos.

Si del Rey dijo Marineo Sículo lo que se ha copiado, de la Reina dice: “Fué esta excelente señora gran amadora de virtudes, deseosa de grandes loores e clara fama... hablaba el lenguaje castellano elegantemente e con mucha gravedad; holgaba en gran manera de oír oraciones e sermones latinos, porque le parecía cosa excelente la habla latina bien pronunciada. A cuya causa siendo muy deseosa de lo saber, fenescidas las guerras en España (aunque estaba de grandes negocios ocupada), comenzó a oír lecciones de gramática. En la cual aprovechó tanto, que no sólo podía entender los embajadores y oradores latinos, mas pudiera fácilmente interpretar y transferir libros latinos en lengua castellana... Era tanta su atención que si alguno de los que celebraban o cantaban los psalmos o otras cosas de la iglesia erraba alguna dición o sílaba lo sentía y lo notaba, y después como maestro a discípulo se lo enmendaba y corregía”. Idéntico juicio emite Hernando del Pulgar: “Fablaba muy

bien y era de tan excelente ingenio que en común de tantos e tan arduos negocios como tenía en la gobernación de sus reinos se dió al trabajo de aprender las letras latinas e alcanzó en tiempo de un año saber en ellas tanto que entendía cualquier fabla e escritura latina... Era mujer muy aguda e discreta, lo cual vemos pocas e raras veces concurrir en una persona". Escribieron ambos esto para los ignorantes del latín y sus dificultades.

Los humanistas o escritores de crónicas echaron sobre don Fernando la fama de tacaño y avaro, no lo siendo; y la razón de esta fama la declara este texto de una crónica del Gran Capitán: "Dícese que un poeta siciliano en esta sazón dió al Rey don Fernando un libro de versos en latín porque eran en su loor, y el Rey le mandó dar cincuenta ducados. El poeta se fué a Loja y hizo hasta trescientos versos en alabanza del Gran Capitán, el cual mandó dar dos mil ducados". ¿Cómo habían de merecer igual elogio cincuenta ducados que dos mil?

Don Fernando no fué ni tacaño ni avaro, sino generoso y liberal aunque llevó fama de lo primero. Anglería en su epístola DLXVI fechada en Guadalupe el mismo día de la muerte del Rey y dando cuenta de ella, se expresa de este modo: "El señor de tantos reinos, el adornado de tantas palmas, el propagador de la religión católica y el vencedor de tantos enemigos, murió en una miserable casa rústica y, contra la opinión de las gentes, pobre. Apenas se encontró dinero ni en su comitiva ni en parte alguna para el funeral ni para el luto de sus servidores, contrariamente a lo que todo el mundo creía mientras vivió. Claramente da a entender esto quién fuera, con qué larga mano dió y cuán falsamente los hombres lo han tachado de avaro". Lo mismo dice Hernando del Pulgar: "... e porque todas sus

rentas gastaba en cosas de la guerra y estaba en continuas necesidades, no podemos decir que era franco”.

Doña Isabel, en cambio, era según este cronista avara de tierras, pero generosa en dádivas: “érale imputado que no era franca porque no daba vasallos de su patrimonio a los que en aquellos tiempos la sirvieron. Verdad es que con tanta diligencia guardaba lo de la Corona real que pocas mercedes de tierras e villas le vimos en nuestro tiempo fazer..., pero quan estrechamente se había en la conservación de las tierras, tan franca e liberal era en la distribución de los gastos continuos e mercedes de grandes cuantías que fazía”.

Don Fernando era dócil y amigo de asesorarse de quienes podían hacerlo: “era, dice Pulgar, remitido a consejo, en especial de la Reina, su mujer, porque conocía su gran suficiencia”. “Placiále a la Reina la conversación de personas religiosas e de vida honesta; con las cuales muchas veces había sus consejos particulares; e como quier que oía el parecer de aquellos e de los otros letrados que cerca de ella eran, pero por la mayor parte seguía las cosas por su arbitrio..., quería que sus cartas e mandamientos fuesen cumplidos con diligencia..., era firme en sus propósitos en los cuales se retraía con dificultad”.

“Era de buen entendimiento, dice Hernando del Pulgar, e muy templado en su comer e beber y en los movimientos de su persona, e como quiera que amaba mucho a la reina su mujer, pero dábase a otras mujeres”.

La lujuria fué su vicio: en las postrimerías de su vida dijo de él Anglería: “nuestro Rey si no se despoja de dos apetitos dará pronto su alma a su creador y su cuerpo a la tierra; está ya en el sesenta

y tres años de su vida y no consiente que su mujer se aparte de él y no le basta con ella, al menos en el deseo”.

Doña Isabel, en cambio, era celosa: “amaba mucho al Rey su marido e celábale fuera de toda medida”, dice de ella Hernando del Pulgar; y Marineo Sículo: “amaba en tal manera al Rey su marido que andaba sobre aviso con celos a ver si él amaba a otras; y si sentía que miraba alguna dama o doncella de su casa con señal de amores, con mucha prudencia buscaba medio y maneras con que despedir aquella tal persona de su casa con mucha honra y provecho”.

Los dos eran reservados. Dice Pulgar de él “ni la ira ni el placer facían en él alteración” y de ella: “encubría la ira e disimulaba e por esto que de ella se conocía, así los grandes del reino como todos los otros temían de caer en su indinación”. Alguna vez, sin embargo, muy joven aún, antes de la batalla de Toro, mostró no saber disimular. Si es cierto lo que de ella cuenta el Cura de los Palacios: refiere que el Arzobispo de Toledo salió de Segovia muy enojado con ella principalmente “e desde lo supo envió en pos de él al Duque de Alba y al Duque de Nájera a lo amansar e rogar que volviese a la corte e nunca con él pudieron sino que lo dejaron ir a sus tierras. Y la Reina desde esto supo, porque el tiempo estaba tan en peso e no convenía enojar a los de su parte, antes dar y agradar a los contrarios para los hacer suyos, cabalgó e fué en pos de él y desde Colmenar Viejo envióle a decir a Alcalá de Henares, donde ya estaba, que oviese por bien que ella iba a comer con él a tal hora, que la atendiese: y el Arzobispo con mal seso le envió a decir a la Reina que supiese certificadamente que si allá iba, entrando ella en Alcalá por una puerta que

él se iría huyendo por la otra. Y como esto supo la Reina estando oyendo misa, la misa acabada ovo tanto enojo que echó mano a sus cabellos e recordada alguna poca de paciencia dijo contemplando: Señor mío Jesucristo, en vuestras manos pongo todos mis fechos y de vos me defienda el favor e ayuda; y otras cosas de que ella propia se conortaba”.

A la llaneza que revela en don Fernando el retrato que de él hace Pulgar correspondía la gravedad de doña Isabel y la pompa y el fausto de que gustaba rodearse: “era mesurada en la continencia y movimientos de su persona... muy cortés en sus fablas. Guardaba tanto la continencia del rostro que aun en tiempos de sus partos encubría su sentimiento e forzábase a no mostrar ni decir la pena que en aquella hora sienten e dicen las mujeres..., fablaba muy bien, era mujer ceremoniosa en sus vestidos e arreos y en el servicio de su persona e quería servirse de homes grandes e nobles e con grande acatamiento e humillación. No se lee de ningún rey de los pasados que tan grandes homes toviere por oficiales como tovo; e comoquiera que por esta condición le era imputado algún vicio, diciendo tener pompa demasiada, pero entendemos que ninguna cerimonia en esta vida se puede fazer por extremo a los Reyes, que mucho más no requiera el estado real”.

A tanto llegaba su amor a la pompa de su corte que sin embargo de sus celos motivados, y de la condición de su marido “criaba en su palacio doncellas nobles, fijas de los grandes de sus reinos, lo que no leemos en crónica que fiziese otro tanto otra reina ninguna. Fazía poner gran diligencia en la guarda dellas e de las otras mujeres de su palacio e dotábalas magníficamente e faciales

grandes mercedes por las casar bien; aborrecía mucho las malas”.

Así se expresa Hernando del Pulgar; y Marineo Siculo dice también: “Tenía consigo muchas damas nobles de linaje, señaladas en virtud y gran número de doncellas a las cuales trataba con mucha humanidad y hacía muchas mercedes.” En efecto: en el sitio de Baza se presentó en el campamento acompañada de un “virgineo choro nympharium” como si fuese a la boda de un hijo, escribe Anglería en su epístola LXXX.

Es acusado don Fernando de felón y de no guardar su palabra. Hernando del Pulgar dice de él: “Home era de verdad, comoquiera que las necesidades grandes en que le pusieron las guerras le fazían alguna vez variar.” El mismo concepto, casi con las mismas palabras, expresa respecto de la Reina: “Por su natural inclinación era verdadera e quería mantener su palabra, comoquiera que en los movimientos de las guerras e otros grandes fechos que en sus reinos acaecieron en aquellos tiempos e algunas mudanzas fechas por algunas personas le fizieron alguna vez variar.”

Ambos amaban la justicia y mandaron ejecutar sentencias gravísimas, pero respecto de don Fernando dice Pulgar: “De su natural condición era inclinado a facer justicia: era también piadoso e compadeciase de los miserables que veía en alguna angustia”. Y respecto de doña Isabel: “Era muy inclinada de fazer justicia, tanto que le era imputado seguir más la vía del rigor que de la piedad y esto fazía para remediar a la gran corrupción de crímenes que falló en el reino cuando sucedió.”

Tales eran los Reyes Católicos.

Don Fernando, Rey de Castilla

No concuerdan estos retratos o descripciones de los Reyes Católicos con la idea que actualmente se tiene de ellos; pero es de advertir que tales retratos constan en la Crónica de Hernando del Pulgar, contemporáneo y servidor de los monarcas, que los conocía y trataba, gran admirador que fué de la Reina y muy poco amigo del Rey.

¿Fueron felices como tales marido y mujer? No hay matrimonio que no tenga instantes de disgusto sin que por ello pueda decirse que son infelices los esposos; sobre todo si las causas que los motivan son momentáneas y por su hecho pasajeras. En el de don Fernando y doña Isabel hay una causa permanente de disgustos conyugales: los celos de ella no infundados, antes acrecentados por la sensualidad de él; mas lo que entre ellos pasara por esta causa no salía de lo íntimo del recinto familiar. Sin embargo, la Historia no puede olvidar ese hecho porque no puede olvidar que los reyes tienen naturaleza humana y obran como sus semejantes.

A esta causa íntima de disgustos conyugales se juntó otra de carácter político, que durante la vida de los dos y aun después de muerta doña Isabel trascendió a la vida pública: el carácter de la Reina, que no olvidó nunca que lo era y quiso en todo momento ejercer de tal y prefirió dar oídos a sus consejeros, que le incitaban a no abdicar y en

algún caso a resistir las indicaciones de su marido. Los primeros años de su reinado fueron por esta causa de divergencia y oposición entre los dos, y tan trascendentales para la historia de la fama de don Fernando que de ellos arranca la mala que goza, porque en ellos se fraguó y se divulgó la conspiración que lo presenta unas veces monigote manejado por su mujer, otras hombre exhausto de talento, vacío de toda virtud y repleto de vicios y malas pasiones.

Don Fernando, o por el renombre de Aragón dentro de Castilla o por su prestigio personal, era popular en Castilla. El Cura de los Palacios cuenta que los chicos de las ciudades de tiempo de Enrique IV, jugando a soldados, cantaban unas canciones cuyo estribillo era: "Flores de Aragón, flores de Aragón, dentro de Castilla son", a lo que contestaban otros, jineteando caballeros en cañas: "Pendón de Aragón, pendón de Aragón"; y trae esto a modo de profecía de la ida de don Fernando a ese reino a compartir el trono con doña Isabel.

El pueblo, el estado llano de Castilla, lo aclamó y lo aceptó como Rey con plena soberanía y autoridad, mas no así dos clases de personas: una la servidumbre íntima de la Reina, otra la nobleza; y cada una de estas dos clases por distintos motivos. La primera por excesivo amor a la Reina y por un tantico de egoísmo, por miedo a ver sustituir su influencia por la del marido; la segunda por un egoísmo más innoble, disfrazado de amor a doña Isabel y a la nación castellana.

Es muy natural que aquellas personas que cuidaron a la desposada con don Fernando desde la niñez, sobre todo las mujeres, la viesan como la Princesa mayor del mundo, la merecedora del más alto Príncipe del universo y que temieran que su

marido no la honrase como ella merecía; era natural asimismo que temiesen que una vez casada se enfriase su amor hacia ellos y que otras influencias sustituyeran la suya. Por ambas razones la Historia puede suponer los consejos y advertencias que darían a la joven y cómo exaltarían su preeminencia y hasta procurarían exacerbar su orgullo. La Historia, que podría suponer todo esto, lo da como hecho realizado por boca del cronista Alonso de Palencia: "valiéndose, dice éste, de perversas adulaciones afirmaban que la fortuna de don Fernando sería por demás extremada si conseguía realizar aquel feliz enlace con la ilustre heredera de los vastos reinos de León y Castilla; y aunque en diferentes ocasiones habiales yo reprendido su ligereza y malicia, puesto que con tan falaces razonamientos causaban positivos daños, contagiados ellos del veneno de la maldad, no cejaban en el empeño de llevar osadamente adelante su acostumbrada adulación y sostenían que en la entrevista el joven don Fernando tendría que besar la mano de su prometida, si había de cumplir lo que reclamaba la honra de tan excelsa heredera. Pareció la Princesa algún tanto inclinada al parecer de los lisonjeros, despreciables para todo hombre honrado; mas pronto refutó tan desatentos propósitos el Arzobispo y como leal protector de ambos cónyuges, puso freno a la procaz e injuriosa adulación haciendo manifiesta la insolencia con que pretendían inficionar el ánimo de la esposa, que había de obedecer en todo al marido y otorgar al varón las insignias del poder, aun cuando hubiera concedido su mano a otro de menor valía, mucho más siendo don Fernando un Príncipe verdaderamente esclarecido digno de anteponerse a cualquiera de los que en la época presente podían ofrecerse para aquel enlace, porque en nobleza no

cedía a ninguno y en cuanto al derecho hereditario a todos les superaba; como soberano de Sicilia iba a hacer partícipe a la Princesa doña Isabel de una dignidad real que de ella no recibía, y en caudales y rentas era reconocidamente superior; por último, dado caso que alguna de estas ventajas le faltasen, su calidad de varón le daba primacía sobre la esposa por razón y derecho, así como por ley y costumbre natural de todos los pueblos; por todo lo cual juzgaba él por dignas de toda censura las sugerencias de semejante adulación y que debían encubrirse con prudente disimulo y silenciosa cautela" (ALONSO DE PALENCIA, II, cap. IV, t. 2, pág. 276).

También podía suponer la Historia que la nobleza, dadas sus costumbres, vería con recelo y temor que viniera a gobernar Castilla un Príncipe joven, que podría parecerse a los reyes anteriores Enrique y Juan, pero que también podría ser su reverso; y por si lo fuera era menester tomar contra él precauciones. El cómo tomarlas podía ser apartarle del gobierno lo más posible, conservar el poder en la Reina, que, como mujer, sería más fácil de gobernar que un hombre. Y también esta hipótesis puede darla la Historia como hecho probado. Lo sucedido durante el reinado entero lo afirmaría; pero categóricamente lo declara el propio cronista muy enterado de los sucesos de los primeros siete años por haber intervenido en ellos y gustarle consignar estos hechos que los demás cronistas desprecian por menudos sin embargo de su tan alta trascendencia. Dice textualmente el cronista: "muchos de los Grandes de Castilla y León, corrompidos por larga tiranía, trabajaron por sublimar excesivamente a la Reina con el propósito de que no estuviera su-peditada al marido y que la discordia de los cónyuges socavase los cimientos del trono" (ALONSO DE PALENCIA, *Crónica*, libro XXX, cap. 8.º).

Dados estos antecedentes son comprensibles las capitulaciones de Cervera y los pactos de Segovia.

Las primeras hiciéronselas jurar a don Fernando los que le llevaron el sí de doña Isabel. En ellas se obligaba, según Zurita, quien tuvo en sus manos el documento, a ser devoto y obediente a la Santa Sede y a tener encomendados a los Obispos y personas de religión; y a tratar como correspondía al Rey don Enrique y a la Reina viuda su suegra; y a recobrar las villas usurpadas a la corona; y a administrar justicia según las leyes de Castilla; y a guardar los fueros y libertades castellanas; y a respetar los pactos hechos entre don Enrique y doña Isabel; y a tener al primero por su Rey mientras viviera; y como consejeros a los prelados y nobles que decidieron a don Enrique a la capitulación de Cadahalso; y a no enajenar sin consentimiento de su esposa ciudades, ni villas, ni fortalezas de Castilla. Obligábase asimismo a no tener en su consejo ni dar cargos municipales sino a naturales de Castilla, ni tenencias de castillos sino a quien su mujer determinare; las cartas que expidiere como rey habían de ir encabezadas con el nombre suyo y el de su mujer; ésta recibiría los homenajes de las ciudades, villas y fortalezas y presentaría al Papa los Obispos, priores y maestros de las órdenes; se confirmó, a los que las poseían, las tierras que fueron de don Alvaro de Luna y de los infantes de Aragón, y junto a todo esto se le impuso que hiciera guerra a los moros de Granada y que no emprendiera ninguna sin consentimiento de su esposa.

Aunque hubieran sido más onerosas las condiciones de su matrimonio, las habría aceptado, si no de su voluntad, hostigado por su padre, cuya ilusión mayor de su vida llenaba este matrimonio.

Tratábase de que no fuera anulada la Reina y más aún de que no perdieran el poder sus cortesanos y servidores, ni parte de sus bienes quienes los habían adquirido de confiscaciones anteriores, si eran amigos. En cuanto a los enemigos se le exigía que reincorporasen a la corona lo tomado de ella.

Estipulóse todo esto en el sitio de Cervera el 5 de marzo de 1469; y mientras vivió Enrique IV, su cuñado Fernando cumplió cuanto había prometido, pero desde que juró esto hasta que vacó el trono ocurrieron dos hechos al parecer menudos pero de gran trascendencia: fué uno el de las rivalidades entre sus servidores íntimos y los de su mujer: el mayordomo de cada uno quería ser el principal, el confesor de cada cual sobreponerse al del otro y así todos. Al Rey padre de don Fernando desesperaban estas discordias por verlas, como eran, o podían ser, gérmenes de discordias políticas, que trascendieran a la vida pública y pusieran en peligro la paz y seguridad de su hijo en el trono.

Fué el otro hecho el choque de don Fernando con el Arzobispo de Toledo. Creía este Prelado que por ser el principal fautor de la boda y el que mantenía y defendía a los futuros Reyes, podía usar de toda jurisdicción y ser señor de Castilla; y sucedió que un día en que quizá dispuso más de lo conveniente y por su propia autoridad, don Fernando le dijo "como mozo, más claro de lo que debía y aquellos tiempos sufrían", demostrando ser de Sos: "que no entendía ser gobernado por ninguno y que ni el Arzobispo ni otra persona tal cosa imaginase, porque muchos Reyes de Castilla se habían perdido por esto"; y aunque le contestó el así tratado que le tenía en merced el haberle hablado con tanta claridad, desde entonces concibió gran odio contra él y mayor contra su mujer por no desautorizar a su marido.

Y todos los personajes y personajillos de la Corte y fuera de la Corte se miraron en el espejo del Prelado de Toledo y vieron la suerte que les esperaba de no poner topes y diques al nuevo Rey de Castilla.

La ocasión se les ofreció al morir Enrique IV el 2 de diciembre de 1474. Don Fernando dejaba su título de Príncipe para tomar el de Rey; era menester ponerle ahora las trabas necesarias para que no se mostrara el que se mostró con el Arzobispo y no perdieran su situación y las probabilidades de engrandecerla los que disfrutaban el favor de doña Isabel. Y como aquella muerte sorprendió a todos y no tenían preparada la nueva capitulación, echaron mano para ganar tiempo de dos recursos burdos: uno retrasar lo más posible que don Fernando supiese lo sucedido; otro proclamar a doña Isabel Reina de Castilla inmediatamente, con tanta rapidez que se verificó la ceremonia el día trece, habiendo muerto don Enrique al amanecer del once. Don Fernando supo la muerte de don Enrique por carta del Arzobispo de Toledo, que inserta Zurita en el libro XIX de los Anales, cap. 12 y que dice así:

“Muy alto, y muy poderoso Príncipe Rey, y Señor: Vra. Alteza sepa: que ayer domingo a las dos horas de la noche feneció el señor Rey, llamado por otro Rey, que todos los Reyes tenéis por mayor. Fago lo saber a Vra. Real Señoría, la cual me parece, que luego, sin ningún deteniimiento, se deve partir para acá a más andar porque así cumple al servicio vro. e por agora no es menester más. Nro. Señor vra. Real persona guarde y muchos tiempos prospere y conserve. De Alcalá a doze de Deziembre del año de MCCCCLXXIIII”. Y en el sobrescrito decia: “Al muy

alto poderoso Príncipe, Rey, y Señor, mi Señor el Rey de Castilla, de León, y de Sicilia, Príncipe de Aragón". Y es también de notar que en este tiempo el Prelado había comunicado ya sus quejas al Rey de Aragón, padre de don Fernando, y tenía formado propósito de no ayudarle y aun de serle contrario, si alguien le disputaba el trono. Si escribió esa carta debió de ser por ver de congraciarse con él y por ese medio disminuir la influencia que los Mendoza tenían en el ánimo de la Reina.

Que a don Fernando causara extrañeza saber suceso tan importante para su mujer y él, no por ésta sino por un particular, es naturalísimo; y que él y cuantos estaban con él atribuyeran el retraso a maquinaciones de los que rodeaban a la Reina a fin de asegurarse el dominio sobre ésta y a él anularle, era también natural por conocerlos y haberlos soportado. Con todo, se puso en viaje el 19 de diciembre, entró en Castilla por Almazán titulándose Rey y haciéndose preceder del estandarte real y por Sepúlveda llegó a Turégano, donde recibió aviso u orden de detenerse sin acercarse a Segovia.

Aunque la Historia excuse a doña Isabel, no puede eximirle de responsabilidad por ese acto, en que demostró que anteponía su condición de Reina soberana a su condición de esposa y de mujer; pues don Fernando era su marido y por serlo no le debía prohibir ir a donde ella estaba. Hacía además siete meses, desde mayo, que no se habían visto, y ella tenía veintitrés años y él veintidós y después de tan prolongada separación y del suceso que había obligado a él a ir tan corriendo, se imponían las efusiones conyugales. No obstante, se contuvo y obligó a su marido a estar tres días en

Turégano, en espera de que sus consejeros redactaran el documento que fijase sus derechos como Rey, y no envió a Turégano a saludarle en su nombre ni a uno de sus más allegados.

A la influencia del Cardenal don Pedro de Mendoza debe atribuirse cuanto ahora sucedió y cuanto sucedió después y a la misma la defección del Arzobispo toledano. Cuenta Palencia, compañero de viaje de don Fernando desde Zaragoza, que el mismo día en que éste recibió la carta del Arzobispo llegaron otras de un regidor de Segovia, a quien se las había entregado el Cardenal para que las remitiese a su destino, en las cuales no se daba a don Fernando el título de Rey y se callaba la muerte, pero se hablaba de la enfermedad de don Enrique y no se daban esperanzas de que se salvara y se le indicaba la conveniencia de que partiese inmediatamente para Castilla. Tres días después venía la carta de la Reina, muy concisa, en la que decía a su marido que su presencia en Castilla no sería inútil, pero como ignoraba el estado de los negocios de Aragón, a cuya resolución había ido, que obrara en consecuencia.

La trama hubiera estado bien urdida de no tener don Fernando otra comunicación con Castilla que los correos oficiales. Las cartas del Cardenal anunciando la muerte próxima, mas no efectiva, justificaban el retraso de las de la Reina; los asuntos de Aragón servían de excusa para no darle prisa en su regreso; pero don Fernando tenía otros informadores; por sus informes vino en conocimiento de lo sucedido, y, al conocerlo, se dió cuenta del amaño y de su causa. En este juicio se confirmaron él y los suyos al recibir en Calatayud, camino ya de Castilla, nuevas cartas de la Reina y otras muy extensas de Gutierre de Cárdenas, en

que se referían muy por extenso las exequias de don Enrique y la proclamación de doña Isabel; cartas estas últimas que vió Alonso de Palencia y de las cuales tomó las noticias que acerca de esos hechos consigna en su crónica.

Mucho extrañó a don Fernando y a su séquito la prisa que hubo en proclamar reina a doña Isabel, y no menos el que Gutierre de Cárdenas, su camarero, llevase en la ceremonia de la proclamación una espada desnuda, cogida por la punta y el puño en alto, por ser el primer caso oído y conocido de que una mujer, aunque Reina, llevase delante de sí tal arma; y dice el Cronista que preguntó a él y a Alonso de la Caballería si conocían casos análogos o iguales y los dos le respondieron que no. "El joven monarca, dice el primero, se maravilló una y otra vez de la insólita acción. Como ya nos había causado pésimo efecto, lo lamentamos, seguros de que había de producir futuras rivalidades y suministrar a los Grandes españoles abundante materia para futuros trastornos."

Entró, pues, en Castilla don Fernando en diciembre de 1474, convencido de que la camarilla que rodeaba a doña Isabel le era hostil y con la amargura de ver que ésta seguía los consejos de esos sus enemigos; y para que no dudara de la verdad de su convicción le sucedió lo de Turégano.

De los cronistas que refieren estos sucesos, unos los excusan, pero ninguno los aplaude y todos indican que fué materia de escándalo esta preterición de don Fernando en negocio tan trascendental y grande. Todos indican como causas, dos: el temor a que don Fernando pretendiese reinar por derecho, como descendiente de Enrique de Trastámara por línea directa de varón, superior al de su mujer; y el miedo a que, el gobierno en sus manos, entre-

gara los cargos y las fortalezas a sus aragoneses, prefiriéndolos a los castellanos. Diego de Valera dice que "como la Reina nuestra señora fuese e sea señora soberana en estos reinos, pudo e debió fazer lo propio que si el Rey fuera presente"; esto no obstante, cuenta que el hecho de llevar la espada "fué mucho reprendido, queriendo decir que esto no corresponde a la Reina mas al Rey su marido". La tan pronta proclamación la excusa en la necesidad de adelantarse a cualquier otro movimiento en favor de la Beltraneja. Hernando del Pulgar consigna la discusión acerca del derecho hereditario de cada cónyuge y defiende con ejemplos el preferente de doña Isabel. Respecto de la gobernación escribe "que se alegó por parte de la Reina que pertenecía a ella como a propietaria del reino. Porque según los derechos disponen, ningún reino podía ser dado en dote e si no se podía dar, menos el Rey podía gobernar lo que de derecho no pudo recibir. Especialmente no podía fazer mercedes ni disponer de la tenencia de las fortalezas, ni en la administración de la hacienda e patrimonio real, porque estas tres cosas habían de ser administradas por aquel que fuese señor dellos".

Alonso de Palencia escribe con su acostumbrada libertad y desenfado. Según él la detención se justificó de parte de la Reina, aconsejada por el Cardenal Mendoza, el Arzobispo de Toledo y Grandes de Castilla, por ser necesario ese tiempo para preparar la Coronación y porque "parecía conveniente permanecer fuera de Segovia el día primero de año para evitar que turbasen la festividad cuidados de gobierno". Y añade inmediatamente: "era en extremo, sin embargo, allí y aquí el afán en unos de dirigir y en otros de dañar, pues el Rey, con su natural cautela, adoptaba profunda reserva sobre

las sospechosas astucias de los Grandes encaminadas a perturbarlo todo, y el Cardenal y varios de los principales caballeros no cesaban de fomentar en el ánimo mujeril de la Reina la petulancia que habían empezado a infundirle”.

Don Fernando amenazó con volverse a su reino de Aragón desde Turégano si no se le admitía sin condiciones como Rey, sin perjuicio de pactar después su participación en el poder; y para no dar el escándalo consiguiente, se accedió por la Corte de doña Isabel a que así fuese. En el camino hasta Segovia juró guardar las leyes de Castilla. El día 2 hizo entrada en esta ciudad y el 3 fué jurado.

Testigo presencial y confidente de don Fernando, el cronista Alonso de Palencia, los capítulos de la Crónica relativos a estos sucesos tienen el valor de libro de memorias; “el Rey, dice, encontró el palacio ardiendo en las más inicuas intrigas. Apenas llegó se vió secuestrado por hombres intemperantísimos, fomentadores de la causa injusta de la Reina; y a cuantos eran conocidos por amigos de la justicia y por dispuestos a defender la verdad, los porteros de doña Isabel les cerraban obstinadamente el paso...; el Rey..., cuando ya conoció claramente la rivalidad que la Reina abrigaba, fomentada por los malos consejeros, se lamentaba a solas conmigo y se maravillaba principalmente de la imprudencia de los que se atrevían a decir a la mujer que, conforme al derecho, su marido no debía llamarse Rey sino solo Regente”.

Ya frente a frente uno y otro cónyuge, don Fernando planteó ante ella íntegro el problema: “entre otras muchas quejas, escribe el propio Palencia, dijo a la Reina que en ninguna manera seguiría sufriendo tan duras ofensas, ni las murmuraciones del pueblo que atribuía a bajeza aquel abandono

de su cualidad de varón con que borraba por su tolerancia hasta la ley de naturaleza y renunciaba a un derecho tan divino como humano. Prefería por tanto retirarse al reino paterno, excusando así lo vergonzoso de tal pleito y controversia, a que su presencia hiciera presumir que se sometía a la voluntad de los intrigantes". Protestó la Reina de su buena intención, le dijo que por no contrariarle sacrificaría la corona, pero no cedió y le propuso poner la cuestión en manos del Cardenal, que se decía amigo de ambos y era el consejero de doña Isabel, y del Arzobispo de Toledo, que don Fernando creía amigo suyo.

El 15 de enero pronunciaron la sentencia que, según Zurita, quien tuvo a la vista el documento, contenía estas decisiones: "el título en las letras patentes y en los pregones y en la moneda y sellos había de ser común de ambos siendo presentes o en ausencia; y había de preceder el nombre del Rey, y las armas reales de Castilla y de León habían de ser preferidas a las de Aragón y Sicilia... Declaróse que los homenajes de las fortalezas se hiciesen a la Reina, como se había hecho desde que sucedió en el reino, que era de las mayores contiendas que hubo entre ellos, y las rentas se habían de distribuir de manera que se pagase dellas las tenencias, tierras, mercedes y quitaciones de oficios, y consejo real y cancillería, y acostamiento para las lanzas que fueran necesarias y ayudas de coste y sueldo de gente continua, embajadas y reparos de fortalezas y otras cosas que pareciesen ser necesarias. Lo que sobrase se había de comunicar por la Reina con el Rey como por ellos fuese acordado. Otro tanto se había de hacer por el Rey con la Reina en las rentas de Aragón y de Sicilia y de los otros señoríos que tenía o tuviese. Los contadores, teso-

reros y otros oficiales que acostumbraban entender en las rentas, había de estar por la Reina, y las libranzas se habían de hacer por su orden y los pregonos de las rentas; pero que el Rey pudiese disponer, de la parte que la Reina le comunicase, lo que quisiese. En las vacantes de los Arzobispados, Maestrazgos y Obispados y dignidades y beneficios se suplicase en nombre de los dos a voluntad de la Reina... y que los que fuesen postulados para ellos fuesen letrados. En la administración de la justicia estando juntos en un lugar, firmasen ambos; y hallándose en diversos lugares de diversas provincias cada uno conociese y proveyese en la provincia donde estuviera; pero estando en diversos lugares de una provincia o de diversas provincias, el que dellos quedase en el consejo formado conociese y proveyese en todos los negocios de las otras provincias y lugares donde estuviese”.

“Esta sentencia de los jueces árbitros, enteramente inicua y desatentada, escribe Palencia, y tan amarga para toda persona justa, irritó el ánimo del Rey, que no queriendo contemporizar más, insistió en su primer intento de marcharse.” Don Fernando acusó al Arzobispo de aquella especie de traición, la Reina culpó al Arzobispo y ablandó el ánimo de su marido con lágrimas y buenas palabras y prometió mitigar la dureza del fallo. El cariño de la esposa a quien amaba entrañablemente calmó el enojo del Rey para que no se marchase.

Fué éste un momento solemnemente trágico en la Historia de España por serlo para Castilla, porque si don Fernando abandona Castilla para volverse a su reino y deja a doña Isabel entregada a sus consejeros, hubiera sucedido lo que sucedió después de muerta ella, pero aumentado: la espada que Cárdenas llevó delante de ella en su coronación, no la

hubiera manejado ella sino un noble o un cardenal por ella; pero la preferencia que diese a cualquiera la tomarían los otros por afrenta propia y seguramente, aunque tal vez no perdiera la corona, su reino habría vuelto a conocer los desdichados tiempos de su padre y de su hermano. El trono de doña Isabel, todavía no asentado sobre cimientos muy firmes, necesitaba ser defendido por quien no suscitara envidias; ese privado habría sido un Alvaro de Luna o un Marqués de Villena con todas sus consecuencias.

Ni la Reina ni sus consejeros vieron esto, pero lo vió el Rey, que se resignó a esperar un cambio de conducta no aceptando para siempre la situación creada. Dice Palencia que don Fernando "a los que le censuraban por su dañoso consentimiento, recibía con aire indignado; confesaba a otros que su tolerancia sería temporal; respondía a algunos despreciativamente; y así eran varios los juicios ya en elogio, ya en censura de su conducta". Y también dice que doña Isabel "intentó ablandar con sus lágrimas la indignación del amado esposo..., prometiendo moderar la dureza del fallo. Corrigió, en efecto, algunas cosas de las resueltas por los árbitros".

Y así fué: doña Isabel dirigió desde Valladolid el 28 de abril de aquel mismo año 1475 una carta "a los Infantes, Duques, Prelados, Condes, Marqueses, Ricos hombres, Maestres de las Ordenes, Priorres, Comendadores, Subcomendadores, alcaldes de los castillos e casas fuertes e llanas e a todos los consejos, alcaldes, alguaciles, regidores, caballeros, escuderos, oficiales e hombres buenos de todas las villas e logares de los mis reinos e señoríos, mis vasallos, súbditos e naturales de cualquier estado, condición, preeminencia o dignidad que sean" haciéndoles saber que daba "poder al Rey, su señor,

para que dondequiera que fuese en los dichos reinos e señoríos puede por sí e en su cabo, aunque yo no sea ende, proveer, mandar, hacer e ordenar todo lo que le fuese visto e lo que por bien toviere e lo que le paresciese cumplir al servicio suyo e mío e al bien, guarda e defensión de los dichos reinos e señoríos nuestros. Otrosi le do poder de ordenar e disponer segunt le paresciese cumplir al servicio suyo e mío de las ciudades, villas e logares e de las fortalezas, tenencias e alcaldías de los dichos reinos e señoríos nuestros e facer merced e mercedes de las cosas a aquella persona o personas que le pareciese e de poner oficiales e corregidores como a él ploguiese e le fuere visto e de facer cerca las sobredichas cosas e cada una de ellas e otras cualesquiera grandes e pequeñas, arduas e baxas, mayores e inferiores, todo aquello quel dicho Rey, mi señor, conmigo juntamente podría facer, transfiriendo a él segunt que por la presente le transfiero toda aquella potestad e aun suprema alta e baxa que yo tengo e a mi pertenece como heredera e legítima subcesora que so de los dichos reinos e señoríos e de mandar proveer e ordenar en aquellos en todas e cada unas cosas sobredichas como a él paresciese e le fuera visto sin intervención mía ni de mi esperada consulta ni autoridad alguna. Ca yo por aquesta mi carta, presente agora por entonces e entonces por agora apruebo e loo siquiere afirmo e ratifico e tengo por grato e acepto firme e valedero, que quiera que por el dicho Rey, mi señor, e en su cabo será fecho, dado, proveído, mandado e ordenado, así e en tal manera que lo terné e guardaré e contra ello no verné por alguna causa e razón. Porque vos mando a todos e cada uno de vos que lo así obedezcáis, guardéis, e tengáis, e contra ello ni parte dello non vengades por la naturaleza

que nos tenéis e sois obligados a mi e al dicho Rey mi señor e non fagades ende al. Dada en la villa de Valladolid a XXVIII días del mes de abril, año del nacimiento de N.º Sr. Jesucristo de 1475 años”.

Esta ampliación de poderes a don Fernando no fué espontánea sino impuesta. Los meses de febrero y marzo de aquel año fueron ya agitados. El partido de la Beltraneja se mostraba potente por la adhesión del Rey de Portugal, a quien los nobles adictos a la enemiga de doña Isabel le presentaban como empresa fácil apoderarse de Castilla. Varias embajadas enviadas a ese Rey para que desistiera de dar amparo a su sobrina, la hija de doña Juana, no habían dado resultado, y en abril estaba concentrado en Arronches un fuerte ejército portugués dispuesto a pasar la frontera y a invadir Castilla. Era preciso organizar la resistencia, pero ¿quién? En las capitulaciones de Segovia no se había previsto el caso, aunque dice Palencia que entre los acuerdos estaba “que la Reina nombrase los alcaides de los castillos y señalase los soldados de las tropas, pero que a don Fernando incumbiese la distribución de las guarniciones y por su pericia en la guerra, como acostumbrado a las armas desde sus más tiernos años, tuviese el mando supremo de toda la hueste”. Si esto fué así, fué acuerdo verbal, no escrito, y aún siéndolo, si estaba en poder de la Reina fijar los contingentes de tropas, en sus manos estaba el poder militar; ante la amenaza de una doble invasión extranjera, pues Francia favorecía la causa de Portugal para con su ayuda alcanzar sus fines, complicada en una guerra civil, esa dualidad de poderes uno para llamar tropas y nombrarles jefes y otro para distribuirlas y mandarlas, podía ser fatal; las circunstancias exigían unidad de mando y esta exigencia dictó a doña Isabel su carta.

Y muy probablemente también forzada por la conducta política de don Fernando. Esos meses de febrero y marzo residieron los Reyes en Valladolid entregado él a fiestas y torneos, como si la situación interna del reino nada le importara y las cuestiones internacionales tampoco. Su conducta era muy censurada, y aunque Palencia en su odio a la nobleza la atribuye a engaños de los Grandes, que procuraban por su medio que la invasión le cogiera desprevenido, debió de ser premeditada y dirigida a demostrar la necesidad de esa ampliación de poder, pues cuenta Palencia y lo confirman unos versos del Cancionero general de Castilla (crónica de Enrique IV, traducción castellana del señor Paz y Melia, tomo 3.º, pág. 388, nota), que en unas justas sacó como divisa un yunque "porque aguardaba ejercer de martillo"; el yunque debían de ser los enemigos, contra los cuales parecía sin embargo no tomar medidas, aunque sin duda pensaba tomarlas.

Y así fué. Apenas doña Isabel firmó esa carta, la inacción de don Fernando se convirtió en actividad casi frenética. Y como el hecho principal de este tiempo fué la creación de la Santa Hermandad y parece que en este asunto andaban discordes marido y mujer, más propiamente el Rey y los nobles (inspiradores, éstos, de la Reina), a este hecho debe achacarse la pasividad de don Fernando, hasta que su mujer accedió a lo que él proponía.

Tres eran los problemas que a la sazón preocupaban a la Corte Castellana: la guerra de sucesión, iniciada por el Rey de Portugal; la pretensión francesa de establecerse en este lado del Pirineo anexionándose el Rosellón por Oriente y Navarra en Occidente, y dar al país tranquilidad y paz interior. Los tres eran de máxima importancia y cada uno

de ellos, sobre ser bastante para absorber la actividad guerrera y diplomática de un monarca bien experimentado en los negocios públicos, requería el empleo de grandes fuerzas, para cuyo sostenimiento eran necesarios abundantísimos recursos.

De mucho les sirvió para esto la entrega del tesoro de Enrique IV, depositado en el Alcázar de Segovia, que les hiciera Andrés de Cabrera y su mujer Beatriz de Bobadilla, pero aun no era suficiente y don Fernando pensó en la Hermandad. Su primer intento tropezó con la oposición de nobleza y clero y hubo de desistir de realizarlo; pero o incitado por fieles servidores, o, al revés, excitados éstos por él, volvióse a tratar de ello como cosa propia de los pueblos y problema planteado por los mismos.

Todos los cronistas describen como angustiosa en extremo la situación del país castellano a consecuencia del desorden reinante en lo que se llevaba de siglo y aun de más atrás. Hernando del Pulgar la describe así: "En aquellos tiempos de división, la justicia padecía e no podía ser ejecutada en los malhechores que robaban e tiranizaban en los pueblos, en los caminos e generalmente en todas las partes del reino. E ninguno pagaba lo que debía si no quería; ninguno dejaba de cometer cualquier delito, ninguno pensaba tener obediencia ni subjeción a otro mayor. E así por la guerra presente como por las turbaciones e guerras pasadas del tiempo del Rey don Enrique, las gentes estaban habituadas a tanta desorden que aquel se tenía por menguado que menos fuerzas fazia". El Cura de los Palacios no es menos expresivo: "en este tiempo, dice, no cesaban guerras, robos, rapiñas, muertes, peleas entre caballeros, fuegos en las tierras o en los campos, injusticias o sacrilegios de poca honra que catában a las iglesias e clerecía por todo

Castilla. Ca ardía un fuego entre las parcialidades e entre muchos ladrones cosarios que andaban con la voltoria del tiempo e no hacían sino robar, nombrándose de la parte que se les antojaba y según vían el tiempo o el lugar en que se hallaban y vían que les convenía donde no eran conocidos. E asimismo todas las fronteras de Portugal ardían en vivas llamas de robos y hurtos y cautiverios; que los castellanos de la parte del Rey don Fernando e otros muchos ladrones hacían en tanto grado, que de las camas los sacaban de noche de los lugares y los traían cautivos a Castilla a ellos e a sus fijos e haciendas e ganados, de donde procedió despolarse muchos lugares de la frontera entre Portugal e Castilla; también de Castilla como de Portugal e se huían e metían los reinos adentro". (Cura de los Palacios, 585). Diego de Valera completa el cuadro ennegreciéndolo aún más: "Estos reinos quedaron en tan corrutas e abominables costumbres, que cada uno usaba de su libre voluntad e querer, sin haber quien castigar ni reprenderlo quisiere. Las cuales, tan languamente tenidas, ya eran convertidas poco menos en naturaleza; de tal manera, que a los ojos de los prudentes e sabios parece ser difficile o poco menos imposible poderse dar orden en tanto desorden, ni regla sabida en tanta grand confusión. Donde ninguna justicia se guardaba, los pueblos eran destruídos, los bienes de la corona enagenados, las rentas reales reducidas a tan poco valor que vergüenza me hace decirlo. Donde no solamente en los campos eran los hombres robados, mas en las cibdades e villas no podían seguros vivir; los religiosos e clérigos sin ningund acatamiento tratados. Eran violadas las iglesias, las mujeres forzadas e a todos se daba suelta licencia de pecar."

Esta era la situación social consecuencia de la situación política; porque adscribirse a un bando

era tener protectores para subir y ganar honores y riquezas, para no ser molestado aunque se delinquiera y tomar venganza de sus enemigos; era ganar la impunidad para lo malo y premio por eso mismo malo. El acabar o por lo menos disminuir el poder de los nobles y acallar su arrogancia y hacer que no hubiera partidos sino súbditos de un Rey obedientes a las leyes y sus mandatos era labor preliminar de la de exterminar los ladrones y salteadores de caminos y los que por ocasión o excusa de la política tiranizaban los pueblos y las ciudades; porque la política era la que creaba los foragidos y los ladrones.

Para el pueblo, lo que hoy se llama pueblo, el problema grande, el máximo, era el de la seguridad de las personas, de su vida, de su honra y de su hacienda; y no veía el problema en toda su amplitud, es decir, como nacional, sino localizado en el término de cada pueblo. El Rey, para ser tenido como Rey de veras, debía haber resuelto ese problema de golpe y de una vez en todo el territorio de su dominio. No hacerlo era ser un Rey desidioso, inicu, digno sucesor de don Enrique tal como lo pintan.

Era natural en aquellos tiempos de acendrado monarquismo y de señoríos de poder absoluto que ese pueblo lo esperase todo de un hombre; que clamara por hallar un hombre que hiciera el milagro de darle la felicidad de la noche a la mañana y tan natural como esto que, aun sabiendo que la Reina era ella y la suprema autoridad residía en ella, creyese que la salvación había de venir de él, por ser acción lo que se necesitaba y corresponderle a él como hombre.

La situación, pues, de don Fernando era por demás comprometida; y se vislumbra que hubo

entre él y su mujer alguna discrepancia acerca de los medios de combatir aquel estado social.

Don Fernando sabía que cuando una sociedad alcanza el estado de indisciplina y disolución en que se hallaba Castilla, entonces no hay poder público capaz de salvarla. La ocupación militar del territorio, pero ocupación total y absoluta, tropas en cada casa, guardas cerca de cada persona, pueden solamente disminuir los atropellos; pero no evitarlos. La criminalidad es producto del ambiente social, y, cuando existe, sólo puede desaparecer creando alrededor de ella otro ambiente contrario de honradez y de reacción contra el mal, que la mate ahogándola.

En Castilla situaciones como aquélla se habían dado muchas veces y siempre el remedio había sido ese ambiente nuevo de honradez y reacción popular, manifestado en las Hermandades. Fueron éstas en todo tiempo asociaciones de concejos para mantener el orden social y la tranquilidad del país. En las Cortes de Burgos de 1315, minoría de Alfonso XI, los concejos castellanos y leoneses, instigados por doña María de Molina, acordaron "tal pleito e tal postura e tal hermandat que nos amemos e nos queramos bien los unos a los otros... para guardar sennorio e servicio del Rey e... nuestros cuerpos e lo que habemos e todos nuestros fueros e franquezas e libertades... et para que se cumpla et faga justicia en la tierra complida miente... e vivamos en pas é en sosiego" (PÉREZ PUJOL, 38-39).

Por ser el único medio de guardar el orden y de vivir en paz los pueblos las querían y sus procuradores las solicitaban en las Cortes; pero el envalentonamiento de los nobles como consecuencia de la guerra civil dinástica de la que salió triunfante el primer Trastámara, hizo que a partir de éste las

Hermandades fuesen miradas con recelo por la nobleza, dueña del poder, y que si la conveniencia de los que dominaban a los Reyes exigía su establecimiento, desaparecidas las causas de la conveniencia, las Hermandades fuesen disueltas: En las Cortes de 1451 los procuradores de Valladolid le decían a Juan II que ordenase el establecimiento de las Hermandades para mitigar los males del reino; pero don Alvaro de Luna hizo al Rey responder que “para favorecer e ayudar a la mi justicia e no consentir los robos e dannos que se han fecho e fazen en mis reynos nin se tomen los mrs. de mis rentas, bueno es e en servicio mío; e debense limitar los casos para que se deba fazer hermandat e por esta vía a mi place de dar lugar a ello, ca en otra manera, si se extendiesen a otras cosas podrían causar inconvenientes”. Esas otras cosas eran sin duda los latrocinios de los nobles partidarios de don Alvaro en los lugares de sus enemigos o los de éstos en los de don Alvaro y los suyos.

Al principio de su reinado la estableció Enrique IV “para que los malfechores e delincuentes fuesen más prestamente seguidos e tomados e dellos se pudiese fazer cumplimiento de justicia”. Esta Hermandad, iniciada en Segovia de orden del Rey y continuada en Toledo, Talavera, Ciudad Real y el Maestrazgo de Calatrava, fué eficacísima para la seguridad de la tierra; pero el Marqués de Villena y otros de su condición consideráronla demasiado osada y decidieron su ruina, que al fin lograron.

La Hermandad, en los diez primeros años de don Enrique, fué un poder formidable que inspiró miedo a los nobles, a los del bando del Rey y a los del opuesto; pero a medida que el Rey se envilecía y dejaba hacer a todos, fué decayendo por no estar protegida desde las alturas. Al advenimiento de los

Reyes Católicos, las Hermandades eran un recuerdo grato, una institución placentera, pero de imposible o casi imposible resurrección.

Y, sin embargo, en resucitarla estaba el remedio de tanto mal. El reino estaba dividido en dos partidos: en uno los malvados, que al amparo de la política, robaban, saqueaban y mataban; en otro las víctimas de los ladrones, asesinos y salteadores de caminos. Sólo la unión de los buenos, que como en todo núcleo social eran más que los malos, podía salvar el orden y la paz y hacer que Castilla constituyese una sociedad humana. Para esto era menester que junto a la organización para el trabajo se creara otra guerrera que contrarrestase la organización militar de los malos. Era esto proclamar la guerra civil, organizarla, pero en legítima defensa, lo cual la declaraba necesaria y justa.

Alonso de Palencia se jacta de haber inspirado ya a don Fernando cuando vino a Zaragoza a comunicarle la muerte de don Enrique, la idea del restablecimiento de la Hermandad; los argumentos del cronista y de otros "persuadieron a un Rey dotado de tal prudencia" y acogió favorablemente el proyecto; pero fueron tantas las quejas de los nobles y del clero y tantos peligros le dijeron que traería su restablecimiento "que contestó públicamente a los que se lo aconsejaban que no quería oír hablar de semejante cosa". El Estado llano que quería la Hermandad vió en esa oposición la mano de los nobles y comenzó a decir que éstos habían seducido al Rey para daño de los pueblos.

La resolución de don Fernando no fué tan firme como dice Palencia, pues casi sin tiempo para arrepentirse se le ve en el sitio de Burgos recibir Procuradores de ciudades y villas que le piden el establecimiento de las Hermandades y él accede y promete favorecerlas con toda energía; y así dice

el cronista que se estableció la Hermandad en Burgos el año 1475.

Hernando del Pulgar refiere ese restablecimiento de la Hermandad de modo distinto, aunque no contradictorio. Según ese relato, los pueblos deseaban formar Hermandades que los librasen del azote de los facinerosos, "pero fallecíales persona tal que oviese celo a la justicia e a la paz del reino, que lo moviese e fiziese alguna congregación de pueblos en lo cual se diese orden para el remedio de aquellos males". Noticioso de esto Alfonso de Quintanilla, "Contador mayor de cuentas del Rey e de la Reyna..., e don Juan de Ortega..., sacristán del Rey..., fablaron con el Rey e con la Reyna por saber dellos si les placía... Desto plogo mucho al Rey e a la Reyna" y en consecuencia dichos dos señores trabajaron para que acudiesen a Dueñas procuradores de Burgos, Palencia, Medina del Campo, Avila, Segovia, Salamanca y Zamora.

La asamblea fué, como todas las numerosas, un verdadero guirigay, y estuvo a punto de disolverse sin ningún resultado; pero habló Alonso de Quintanilla y con sus palabras logró retenerlos y que resolvieran al fin conforme a sus deseos.

El discurso de Quintanilla es el de un político que habla a una multitud, como todas las multitudes, incapaz de discurrir y de guiarse por el entendimiento. Comienza por una gran falacia: la de acusar a las víctimas de los forajidos de ser los propios autores de sus desdichas por consentirlos: "no nos debemos quejar de los tiranos, mas quejémonos de nuestro gran sufrimiento; ni nos quejemos de los robadores, mas acusemos nuestra discordia e nuestro malo e poco consejo que los ha criado". Pero ahí mismo declaraba: "debatimos con homes, tiranos, ladrones e robadores a quien su yerro mesmo faze naturalmente cobardes y vi-

ños en el tiempo de las Hermandades pasadas que uno dellos no parecía en el Reyno... si las otras Hermandades pasadas no permanecieron en su fuerza aquello fué porque se entremetieron a entender en muchas cosas más de lo que les pertenecía e (porque) el Rey don Enrique que les había de sostener e favorecer les contradecía e repugnaba de tal manera que las destruyó en poco tiempo”.

Esta última razón es la valedera; una nación fuerte y con voluntad no conviene a un poder immoral y, por tanto, débil, y conviene a un poder honrado y, por tanto, fuerte. Por esto los Reyes Católicos, y como más necesitado de estos medios de defensa, el Rey Católico, deseaba con ansia que se constituyera Hermandad, como se constituyó de modo provisional en Burgos el año 1475, antes de la batalla de Toro, y de modo definitivo en las Cortes de Madrigal de abril del año siguiente. La primera reunión o junta general se celebró en Dueñas en el mes de julio. Quedaron encargados de la dirección y manejo del organismo creado, don Alonso de Aragón, el hermano bastardo del Rey don Fernando, como capitán general de la Santa Hermandad, don Lope de Ribas, Obispo de Cartagena, don Juan Ortega, que parece fué quien con más entusiasmo laboró por la implantación, don Alonso de Quintanilla, Alonso de Palencia y otros menos conocidos. Recaudadores de los recursos fueron dos judíos.

Resolvieron con esto los Reyes el difícil problema de tener un ejército entusiasta, muy adicto a ellos y nacional por salir de la nación y pagarlo ella; y con él pudieron pensar tranquilos en el porvenir.

La guerra de sucesión

Entró don Fernando en Castilla en octubre de 1469, no obstante su juventud, rodeado de una aureola militar extraordinaria; y es que podía decir como su antepasado por línea femenina don Juan Manuel: “dende que fui nascido fasta agora siempre me crié et visqué en muy grandes guerras” y si ahora no podía decir como su antepasado “a veces con cristianos et a veces con moros”, veinte años después ya podía decirlo.

Fué jurado como heredero de Aragón el 2 de octubre de 1461 en Calatayud, no obstante ser menor de diez años, apenas celebradas las exequias del Príncipe de Viana. En noviembre lo llevó su madre con ella a Barcelona, no sublevada todavía, pero muy agitada. Aquí vivió hasta mayo del año siguiente en que su madre, sin miedo al peligro y con verdadera imprudencia, marchó al Ampurdán a mediar entre los vasallos de remensa y los señores, sorprendiéndole en Gerona la sublevación de los catalanes. El ejército rebelde la sitió en Gerona y don Fernando, niño de once años, edad en la que comienza a formarse el carácter, sufrió los rigores de la guerra. Salvados madre e hijo por la intervención francesa, don Fernando se adscribió al ejército real y el jueves 18 de febrero de 1465 asistió a la batalla de Calaf, donde fué vencido el Condestable de Portugal, proclamado Conde de Barcelona. Al año siguiente estuvo con su padre en el sitio de

Tortosa y los enviados de doña Isabel lo encontraron en el de Cervera en mayo de 1468.

En esas campañas se había endurecido su cuerpo y se había formado su espíritu. Acostumbrado a ver el peligro no lo temía, y viviendo al lado de capitanes aprendió estrategia.

Su vida en Castilla desde su matrimonio hasta la muerte de su cuñado Enrique fué pacífica; pero en Cataluña continuaba la guerra y ésta le obligó a reunir en aquel reino las fuerzas que pudo y con ellas venir al Principado a salvar a su padre sitiado en Perpignan por los franceses. Logró salvarle, regresó al Reino de Aragón y estaba en Zaragoza celebrando Cortes cuando murió el Rey de Castilla y se planteó el problema de la sucesión, no como doctrina, sino como realidad.

Queda referido lo que acaeció desde el 2 de diciembre de 1474, muerte de don Enrique, al 28 de abril del año siguiente, fecha de la carta de doña Isabel delegando en su marido la autoridad soberana, momento en que don Fernando comenzó a actuar y a demostrar quién era.

Poseía don Fernando una cualidad que para las muchedumbres es motivo de prestigio y creadora de entusiasmos: el valor personal. Unas veces por arrebato ante una situación, otras por reflexión y convencimiento de ser necesario exponerse al peligro, lo cual es mucho más meritorio y demuestra un valor más excelso, muchas de sus victorias fueron ganadas por él, que arriesgó su vida para dar ánimo a los suyos.

A su arrojo unía la experiencia, que no la dan los años, sino la vida; tenía sólo veintitrés, cuando comenzó a reinar, pero llevaba trece de campaña junto a su padre, hombre criado en guerras y medido siempre en ellas, y al lado de su hermano bas-

tardo, don Alonso — digno hijo también en este punto de su padre —, y de otros hombres no menos avezados a las campañas, así en campo abierto como en sitios. Su experiencia propia y los consejos y avisos de los experimentados habían hecho de él un gran general.

Lo demostró en la guerra que hubo de sostener con el portugués para mantener la corona en la cabeza de la hermana de Enrique IV y en las diez que sostuvo contra los moros de Granada, hasta dominarlos.

Este aspecto, sin embargo, de la personalidad del Rey Católico es total y absolutamente desconocido. Nadie se ha cuidado de estudiar sus campañas ni de presentarlo como militar, prefiriendo todos hacerlo diplomático astuto y sin fe, tal vez porque en este aspecto se presta más a la censura y al descrédito.

Encontró don Fernando el ejército castellano en plena Edad media, como era natural. Castilla, aunque desde la muerte de Alfonso XI, en el primer año de la segunda mitad del siglo XIV, no había gozado ni un solo día de paz, sus luchas habían sido siempre civiles, interiores, caseras, salvo las sostenidas con Aragón en tiempo de los Pedros, para los efectos militares caseras igualmente. No necesitaba para mantenerlas más organización que la señorial. Esas guerras habían afianzado por otra parte el dominio de los señores, a los cuales repugnaba cualquiera otra fuerza que pudiera volverse contra ellos. Por esta repugnancia miraron siempre con recelo la Hermandad y sólo transigieron con ella cuando la utilizaban en su provecho; pero don Fernando vio claro que servirse exclusivamente de estas tropas señoriales, únicas fuerzas de choque, era ir entregado a los que las mandaban y sabía que las

milicias ciudadanas, eficaces en operaciones de poca monta, en campo raso y aun en sitio, más bien eran obstáculo que impulso. Su empeño de organizar la Hermandad fué motivado por el deseo de tener soldados que dependieran de él y no de un señor o de un Concejo; y el traer a su hermano Alonso fué para dar a esa tropa una organización táctica que le permitiera el uso de una estrategia. Don Fernando comprendió que los ejércitos formados por aluvión de hombres sin instrucción guerrera, sin disciplina y sin medios de ataque y defensa, no eran instrumento de guerra, al menos de guerras victoriosas.

Hizo cuanto pudo para crearse ese instrumento y una vez adquirido pensó seriamente en resistir a los ejércitos de Portugal y Francia, que a una amenazaban Castilla, cada cual por sus fronteras, secundados por un fuerte partido que reconocía a la Beltraneja, a cuyo frente estaba el Marqués de Villena y al cual se unió el Arzobispo de Toledo. los dos personajes que concibieron, prepararon y realizaron el acto de Avila, por el cual doña Isabel era Reina.

La situación militar era desfavorable para la causa de los Reyes: tenían en su contra dos monarcas tan poderosos como ellos, que amenazaban cada uno por su frontera, y dentro de Castilla centros de resistencia y oposición, que podían estorbar e impedir los movimientos de las tropas leales. Mas la situación política les era sumamente favorable: el pueblo en masa estaba con ellos y dispuesto a los mayores sacrificios para darles el triunfo y debía-se esto precisamente a la condición de sus enemigos. El pueblo deseaba ser gobernado en justicia, vivía cansado de tanta política, de tanta inmoralidad y quería un gobierno fuerte y austero que redujera

la nobleza a su papel y le obligara a respetar las leyes de la moral y de la nación. Y el pueblo vió en doña Isabel antes de casarse y en ella y don Fernando, después de casados, dos monarcas que lo serían de verdad, y les ayudó con todas sus fuerzas, lo mismo en los pueblos de realengo que en los de señorío, pues uno de los factores que más contribuyeron al triunfo en la guerra de sucesión, que ahora empezaba, fueron las sublevaciones contra los señores partidarios, últimamente, de la Beltraneja, los mismos que iniciaron desheredarla de la Corona de Castilla. Al Marqués de Villena, el más poderoso, el más intrigante y cabeza del movimiento, esas sublevaciones y la guerra que le hicieron desde el reino de Valencia, lo anularon por completo.

A este entusiasmo no podían oponer otro los adversarios, que peleaban por intereses personales; y careciendo de todo ideal defendieron materialmente y con las armas en la mano lo que ayer atacaron con los mismos medios; su lealtad la ponían todos en duda, no inspiraban confianza a nadie y ellos mismos desconfiaban entre sí, pensando que el enemigo de hoy sería el amigo mañana y al revés; el Rey de Portugal era el más impregnado de esta desconfianza y por eso llevó la campaña tan desastrosamente.

Era este soberano el enemigo más terrible por ser el aspirante al trono; el de Francia quería invadir Navarra y anexionársela y nada le importaba quién ciñera la corona de Castilla; a esta pretensión francesa subordinó el lusitano su plan de campaña y así entró en Castilla, primero por Badajoz desde Arronches y luego retrocedió internándose en su reino para volver a invadir Castilla por Alburquerque llegando hasta Plasencia, donde se proclamó Rey como esposo de su sobrina doña Juana, la hija

de su hermana, la mujer de don Enrique, y desde donde esta señora lanzó un manifiesto al pueblo castellano, exponiéndole sus derechos al trono ocupado por doña Isabel. Desde Plasencia se corrió don Alonso de Portugal al Duero, apoderándose de Toro y Zamora y amenazando Valladolid y Medina del Campo, residencia ordinaria de los Reyes y base de las operaciones militares.

Los cronistas se maravillan de esa conducta del portugués; los nobles andaluces eran en su mayor parte devotos suyos y fácilmente hubiera podido llegar a Sevilla y a los fuertes del Guadalquivir y frontera de Aragón, y no se explican por qué don Alonso desistió de llevar la guerra por esta tierra y prefirió remontar el Duero, en cuya cuenca estaba la mayor fuerza de doña Isabel. Atribuyen el cambio de frente a insinuaciones del Duque de Arévalo, pero se hace difícil creer que un magnate tuviera influencia para inducirle a un cambio de plan; hay que ver en ello la diplomacia o Estado mayor de los ultrapirenaicos laborando por su interés en perjuicio de su aliado engañándole con la codicia de apoderarse de Burgos, cabeza de Castilla, cuyo castillo se mantenía por él; el plan de los franceses consistía en unir su ejército al de Portugal precisamente en esta ciudad, facilitando a ellos la invasión de Navarra; y para secundar este plan desistió el Portugués de su primer propósito y adoptó el segundo.

El invasor llevó la campaña con suma lentitud; a ello le obligaron dos motivos: la inacción francesa, que no pudo vencer la resistencia de Fuenterrabía, y la defección y apatía de los nobles castellanos que le reconocían como Rey, contra los cuales se levantaron muchos de sus vasallos o de propia voluntad o a instigación de los partidarios

de doña Isabel y de los cuales él desconfiaba, pues como le seguían pensando en el interés y no en el derecho de doña Juana, temía que si el interés les aconsejaba que pasasen al bando enemigo no vacilarían en hacerlo; no podía creer en la sinceridad de los hombres que en Avila depusieron con vilipendio a don Enrique y lo deshonraron, y con él a su mujer e hija, y proclamaron Rey a don Alfonso y luego, por muerte de éste, a su hermana Isabel en los Toros de Guisando; y los más poderosos de sus auxiliares eran de éstos.

Don Fernando, en cambio, dándose cuenta del plan enemigo, trazóse otro para desbaratarlo y vencer, consistente en mantener un ejército fuerte dispuesto en todo momento a ofrecer combate a su adversario, pues comprendió que la guerra iniciada no era de conquista sino de batallas campales y que en una de éstas había de decidirse.

Pero dándose cuenta de la importancia que daba a su rival la posesión del castillo de Burgos, más que estratégica, política, fué a ponerle sitio personalmente; y cuenta el cronista Valera que en esta operación arriesgó temerariamente su vida en un acto, gracias al cual los suyos tomaron una iglesia aneja al castillo, desde la cual causaban los sitiados grandes daños a los sitiadores. Refiere el cronista que excitado don Fernando por la muerte de dos caballeros de su tierra "con gran furor tomó el dardón en el brazo e fué a muy grand priesa a se meter al combate sin nigrun recelo, donde muchos tiros de pólvora e de ballestas e piedras venían, así de lo alto de la fortaleza como de la iglesia, que era cosa maravillosa; e los que cerca del Rey estaban, puestas las rodillas humildemente le suplicaban que no pusiese a tanto peligro su persona, en cuya salud estaba la esperanza de todos estos reinos. E con

todo eso el Rey no dejó con gran furor de pasar adelante. Entonces todos le siguieron e tan valientemente pelearon, que los que primero estaban muy esforzados, visto el esfuerzo del Rey, tan grand temor concibieron que desampararon la iglesia, dejando en ella todas las armas e artillerías e se subieron a la fortaleza. E luego la iglesia fué tomada y ocupada por gentes del Rey”.

Mas no conviniéndole ni queriendo abandonar la línea del Duero y siendo largo el sitio llamó a su hermano bastardo don Alonso de Aragón, muy experimentado en guerras por haber asistido a la de Cataluña desde su principio, lo puso al frente de las tropas de la Hermandad y le encomendó continuar el sitio, yendo él a situarse a Valladolid a fin de observar los movimientos del Portugués y presentarle batalla si la ocasión se ofrecía.

El estrecho cerco que mantuvo don Alonso sobre aquella fortaleza y la imposibilidad de ser socorrida por el ejército francés detenido ante Fuenterrabía, así como por el de Portugal que no se atrevió a dar batalla a don Fernando, obligó al alcaide del castillo de Burgos a pedir plazo para rendirse. Don Alonso antes de aceptar consultó a la Reina, la cual le ordenó que aceptara; y en efecto, el 12 de enero de 1476 partió de Valladolid esta señora “e se vino a la cibdad de Burgos, donde entró con muy gran nieve e turbación de tiempo, pero con todo fué recibida con tan gran pompa e tanta alegría e cantos que fué cosa maravillosa” (Valera).

La estrategia de don Fernando en la campaña del Duero inutilizó las ventajas que al rey de Portugal daba la posición de Toro, donde estaba más que como señor como cercado; pensando hacerle evacuar esta plaza salió de Valladolid con su ejército, fuerte de dos mil quinientos hombres de ar-

mas, ocho mil quinientos jinetes y treinta mil peones, en dirección a la misma; en el camino dieron vista a un castillejo levantado en la orilla opuesta a la que la tropa remontaba, desde el cual lanzaron insultos e injurias a los soldados; un cuerpo de vizcaínos no pudiendo sufrir las injurias se metió en el río y atacó el castillejo con ánimo de asaltarle; el combate fué duro: "tanta sangre se derramó, dice Valera, que el río iba teñido della, e como ya estoviesen muchos feridos e al Rey pareciese que el combate aflojaba, metióse por el río sin ningún temor, esforzando su gente; el esfuerzo suyo tanto valió que con gran furor en la fortaleza entró por fuerza de armas e todos presos los que en ella estaban, fueron enforcados por mandado del Rey de las almenas más altas de aquella fortaleza".

Como se dejaba atrás la fortaleza de Castronuño, defendida por un alcaide enérgico y valiente, se deliberó si convenía seguir adelante hasta dar vista a Toro y presentar batalla al Portugués o ir a sitiar Castronuño; y se acordó seguir adelante y durante la marcha llegó la noticia de que el alcaide de Zamora, por intrigas del Marqués de Villena, se había declarado por el Rey de Portugal: "no se puede creer, dice Valera, cuan gran infortunio pareció a todos los que al Rey don Fernando verdaderamente seguían esta pérdida de Zamora, pero él con gran corazón lo encobrió, no dejando de fazer cosa alguna de lo que debía" y aunque afligido de grandes cuidados "lleno de esperanza" aceleró su camino creyendo que "la costumbre de los portugueses, ligeramente los podría provocar a batalla". Era esto en julio de 1475.

No fué así: don Alfonso de Portugal se mantuvo detrás de las murallas de Toro; don Fernando, no yendo preparado para un sitio en regla y no

pudiendo sostener un ejército tan numeroso que había equipado a costa del tesoro de Enrique IV, que el Cabrera y la Bobadilla franquearon a doña Isabel, juntó en consejo los principales nobles para decidir qué debía hacerse; el consejo de guerra se reunió en una ermita, duró mucho tiempo, y sucedió un caso que demuestra el espíritu del pueblo respecto de los nobles y del Rey. Las tropas vizcaínas, alarmadas por la tardanza en resolver el asunto que en aquél se discutía, creyeron que los nobles habían secuestrado al Rey y amotinados subieron hacia la ermita con ánimo de asaltarla, libertar al monarca y degollar a los nobles; sólo se calmaron cuando vieron aparecer en la puerta a don Fernando y asegurarles que estaba en absoluta libertad; el Consejo decidió retirarse porque las comunicaciones eran inseguras con Valladolid y Medina del Campo, bases de las operaciones; pero esto fué también motivo de disgusto para el ejército popular; “la gente de los comunes de pie e de caballo, dice Hernando del Pulgar, que allí vinieron, que eran en gran número, cuando sopieron que los caballeros aconsejaban al Rey que alzase el real e le fazían volver sin haber fecho ninguna cosa, no mirando las causas que le costreñían a lo hacer... decían que el Rey venía allí engañado e que los caballeros que con él estaban lo querían prender... que le aconsejaban mal... que no contentos con las divisiones e guerras pasadas, agora de nuevo querían tener formas de dilación, porque esta forma de división del Rey de Portugal durase en el reino a fin de ganar con el un Rey o con el otro por acrescentar sus Estados e amenguar e destruir de todo punto el Estado real.” Y llegaron a decírselo al Rey mismo, no tan en secreto que no lo supieran los caballeros “e sobre esto ovo gran escándalo en el real... e de tal

manera iba creciendo que toda la hueste estuvo en punto de se perder"; y no se perdió "por ser el Rey home de buen ingenio e condición amigable" y "fabló con los principales de aquellos comunes las causas que le movían de alzar el real e con buena razón satisfizo al buen deseo de los comunes e a la inocencia de los caballeros e a la concordia de los unos e de los otros".

Para salir airoso de esta situación un tanto comprometida militarmente, ideó don Fernando el medio heroico de desafiar personalmente al Rey de Portugal; éste exigió condiciones que no se referían al peligro, pero que honrosamente no podía su adversario aceptar y le fué forzoso volver a Valladolid no vencido, más bien vencedor, pero sin haber alcanzado ninguna ventaja y haber perdido prestigio y gastado en balde sumas cuantiosas.

La guerra casi no era tal, pues no se combatía; el Rey portugués manteníase en las villas adquiridas y el marido de doña Isabel veíase obligado a permanecer inactivo, en el otoño por dar tiempo a las gentes a las operaciones de la siembra y en el invierno por los rigores de la estación; mas al iniciarse la primavera decidió reanudar la guerra, no dejarla hasta concluirla, y, sin importarle dejar atrás las fortalezas de Castronuño y Toro que podían interceptarle las comunicaciones con Valladolid y Medina, se adelantó hasta Zamora para ponerle sitio, en realidad con el propósito de hacer salir de Toro a su enemigo.

En efecto, éste se creyó obligado a ir en socorro de aquélla ciudad y fué a ella siguiendo la orilla del río opuesta a la que remontaba don Fernando pero teniendo en su flanco el ejército de don Alonso de Aragón; llegado a Zamora se encerró dentro de sus murallas; aquí acudió el Príncipe de Por

tugal en ayuda de su padre con un lucido escuadrón de caballeros, y, considerando ambos que Zamora podía resistir por sí y que ellos estarían más seguros en Toro, decidieron salir de aquella y refugiarse en ésta, y con gran sigilo y muy de mañana levantaron el campo y emprendieron la marcha.

Cuando don Fernando se enteró de esta verdadera fuga, el enemigo estaba ya lejos; caminaba además por la misma orilla que siguió a la venida, y aunque el puente estaba en su poder era estrecho para que por él pasara pronto el numeroso ejército que llevaba; la tropa se lanzó a él atropellada y esto fué causa de más retraso; ya en la otra orilla fué menester ordenar de nuevo el ejército y para dar alcance a los fugitivos abandonar la artillería y no perder tiempo en comer.

La lentitud perdió al Rey de Portugal; a mitad de camino lo alcanzó un cuerpo de caballería que inquietó su retaguardia y tanto la molestó que el portugués decidió hacer alto en una estrechura y aceptar allí la batalla; llegó entretanto el grueso del ejército con don Fernando, y aunque era muy tarde, pues ya casi se ponía el sol, aceptó el combate, a pesar de contar con menos tropas y llevarlas cansadas y hambrientas.

El primero en acometer fué el Príncipe de Portugal y lo hizo con tal furia y denuedo que desbarató y puso en fuga a los castellanos varias veces; entonces don Fernando, según Diego de Valera, "mandó sonar las trompetas e con gran osadía fué ferir en la gruesa batalla del Rey de Portugal e aunque la suya fuera mucho menor no se pudieron sostener los portugueses e de la primera entrada muchos dellos cayeron". El choque mayor fué el de los cuerpos mandados por los Reyes; el del Príncipe de Portugal quedó intacto casi, y en buen or-

den se retiró a Toro; pero el de su padre quedó aniquilado y el propio Rey salió huyendo y, a monte través, corrió a refugiarse en Castronuño, que le ofrecía más seguridad que Toro. La derrota no fué mayor por haber sobrevenido una noche oscurísima y lluviosa, en la cual no podían reconocerse los amigos; don Fernando permaneció en el campo de batalla hasta el alba acompañado de muy pocos. Se dió esta batalla el viernes 1 de marzo de 1476.

La guerra no estaba terminada porque la batalla de Toro no destruyó tanto al ejército enemigo que lo obligase a pedir la paz, pero fué una batalla decisiva; por tal la tuvieron en Castilla los amigos de los Reyes, los enemigos y los indiferentes; "habidas estas victorias tantas por el Rey don Fernando e por la Reina doña Isabel su mujer, luego ovo muchas vueltas en los corazones de los hombres e gran esfuerzo en los de su parcialidad, muy gran tristeza e desmayo en sus contrarios; e los que de palabra se les habían ofrecido de hecho les venían a servir; los que esperaban en viva quien vence impedidos de los cruzados de don Alfonso con todas sus fuerzas se les presentaban e servían".

El Rey de Portugal abandonó Castilla y se fué a su reino con excusa de reorganizar su ejército y pasar luego a Francia a solicitar de este Rey una más extensa y eficaz colaboración en la guerra contra Castilla; muchos de sus súbditos venidos con él se retiraron a sus casas y muchos nobles de Castilla le abandonaron pasándose al bando del triunfador; someter a los recalcitrantes era cuestión de tiempo y de energía. Fernando e Isabel eran Reyes indiscutibles del reino de Enrique IV. Y el mérito de este triunfo recordó en su testamento la Reina Católica que correspondía a don Fernando, en la cláusula en que recomienda a su hija y yerno

que respeten a su padre y suegro como están obligados por ser hijos “e también porque es mucha razón que su señoría sea servido e acatado e honrado más que otro padre, así por ser tan excelente Rey e Príncipe e dotado e insiguído de tales e tantas virtudes, como por lo mucho que ha fecho e trabajado su real persona en cobrar estos dichos mis reinos que tan enagenados estaban al tiempo que yo en ellos subcedí y en obviar los grandes males e dampnos e guerras que con tantas turbaciones e movimientos había en ellos”.

Y para decir esto no le faltaban motivos; si se comparan los medios y recursos de que disponía ella y los de su rival, la Beltraneja, échase de ver que superaban los de ésta a los suyos; pero los hombres que a cada una defendían no eran de iguales condiciones. Don Fernando organizó perfectamente la resistencia y con menos medios se mantuvo siempre superior a su adversario; impidió que se juntaran las fuerzas de Francia y Portugal; promovió sublevaciones y ataques en los estados de los nobles contrarios para obligarles a defenderlos y disminuyó así las fuerzas rivales; intimidó al Portugués, le hizo concebir sospechas acerca de sus auxiliares castellanos, vió claro el problema estratégico y el político interior, y, cuando fué menester arriesgar la vida, la arriesgó. Entre la causa de doña Isabel y la de doña Juana hay esta diferencia: la primera tuvo a su lado, como defensor, un hombre; la segunda estuvo sola.

La causa de esta infeliz quedó definitivamente sentenciada en Toro; siguió defendiéndola el Rey de Portugal, pero más por tener bandera con la cual venir a vengar su derrota que por afecto hacia ella; y aunque pedía con tesón al Papa, con la ayuda de Francia, que le concediera la dispensa ne-

cesaria para elevarla a su trono, su intención no era casarse; concediósela el Pontífice en 3 de febrero de 1477, once meses después de lo de Toro, y no hizo uso de ella. La pobre doña Juana sufrió un nuevo pero ya último desdén; la corona huía una vez más de su cabeza; su destino se formalizó tres años después en el tratado que ajustaron personalmente la Reina Católica y su tía doña Beatriz, hermana de su madre, donde se pactaron cosas indignas para ella y se la condenó a verdadera prisión o en un claustro o en un castillo durante el resto de su vida; prefirió lo primero y profesó en un convento de clarisas de Coimbra, tomando el velo prieto de esta religión en presencia de enviados de los Reyes y de grandes de Castilla, "con gran humildad y paciencia", dice Zurita, en el mes de noviembre de 1480.

Ahora, según el P. Flórez, comenzó a reinar legítimamente doña Isabel, porque el ilustre agustino creía inicuo el apodo de Beltraneja por tenerla como hija legítima de Enrique IV. Si lo fué o no lo fué, Dios únicamente lo sabe; la Historia sólo puede presentar la gran tragedia de esta pobre joven, que si nació del amor sufrió desgracias tremendas e inauditas; si del vicio, ella, inocente, pagó pecados que no eran suyos; la tragedia aumenta en horror si se considera que fué doña Isabel, niña de once años, la que tuvo en la pila a la recién nacida hija de doña Juana. ¿Quién hubiera previsto la rivalidad por el trono que había de nacer entre las dos?

La guerra de sucesión había terminado; quedaban focos de rebeldía aislados cuya sumisión se debía encomendar al tiempo, pero el núcleo principal estaba aniquilado; los Reyes podían ya, libres de esa preocupación, dedicarse al otro problema de restablecer la paz y el orden en su reino.

La labor era más que difícil, larga, por la extensión del mal y lo arraigado de la costumbre de "tiranizar" el país, como entonces llamaban al asaltar pueblos, someterles al pago de contribuciones, robar caminantes, asesinar personas y demás felonías propias de un estado de indisciplina social; pero había cesado la excusa que daba bandera a los forajidos o ladrones en cuadrilla; habían desaparecido los partidos a cuya sombra y en cuyo nombre aquellos delitos se cometían; los ladrones y asesinos y tiranizadores de pueblos no tenían ya valedores poderosos ni en el poder, y abandonados a sus propias fuerzas y detestados y combatidos por las gentes pacíficas, su aniquilamiento era seguro; mas eran tantos y vivían tan esparcidos, que no era posible hacerlos desaparecer en breve plazo.

Este era, sin embargo, para el pueblo, para el estado llano de Castilla, el problema importante, vital, porque de su resolución dependía el orden y de éste su vida, su hacienda y su honra; y ese pueblo veía no el problema en toda su amplitud, es decir, nacionalmente, como debían verlo los Reyes, sino que cada población lo veía y lo miraba localizado en su término; el pueblo quería que este problema de la tranquilidad fuese resuelto de un golpe, pero inmediatamente; cosa imposible.

También para la Reina y los suyos este problema era el urgente, el que más convenía resolver, era casi el único que se les presentaba; mas para don Fernando había otro menos ruidoso y aun menos espeluznante, pero más grave y más trascendental, que era el de las fronteras de Aragón por oriente y occidente en Rosellón y en Navarra.

A Castilla y a los castellanós del Duero, menos aún a los del Tajo y menos aún a los del Guadal-

quivir, que Francia pusiera el pie en este lado del Pirineo, nada les importaba; en su aislamiento geográfico y acostumbrados a mirar como extranjeros a navarros y aragoneses, veíanse a sí mismos únicamente; sus tradiciones históricas de tiempo inmemorial los había unido a Francia; mas don Fernando era hijo del Rey de Aragón y heredero suyo y este problema de fronteras era para él importantísimo y en alto grado trascendental; su venida a Castilla no le había hecho olvidar su reino; al contrario, había ensanchado su horizonte geográfico y no veía ya ni Castilla ni Aragón, sino España encerrada en límites naturales, uno de los cuales eran los Pirineos.

Para él, más importante que acabar con las fechorías del alcaide de Castronuño y Cantalapiedra o rendir Trujillo o atraerse de nuevo al Arzobispo de Toledo o someter al Marqués de Villena, era impedir que Francia invadiese Navarra y se apoderase definitivamente del Rosellón.

Por esto, inmediatamente después de la batalla de Toro corrió a socorrer Fuenterrabía, sitiada por franceses, y en Bilbao armó una escuadra y esto solo bastó para que el sitiador levantara el sitio; se aseguró después de que los navarros no entregarían Pamplona al Rey francés, y, como este asunto interesaba por igual a su padre y al reino de Aragón, concertó verse con él en Vitoria, pues no se habían visto desde que salió de Barcelona a la muerte de Enrique IV y ¡habían pasado tantas cosas agradables para el viejo Rey!

Motivaron la visita causas políticas, pero hubo seguramente un impulso mayor de los afectos y del cariño filial: sabía el hijo la ilusión del padre por verlo Rey de Castilla, lo que había trabaja-

do por conseguirlo y ya lo era; y lo era por ser marido de la Reina propietaria y haber ganado el reino en lucha armada: don Fernando quiso que su padre se recreara contemplando en él la realización de los ensueños de toda su vida.

Tal vez tenga más de retórica que de cierta la descripción que de la primera entrevista hace Hernando del Pulgar, pero es muy verosímil. Juan II no permitió que su hijo le besara las manos ni le acompañara a su alojamiento sino acompañarlo él, llevándolo a su derecha. "Vos, fijo, que sois señor principal de la casa de Castilla, donde yo vengo, sois aquel a quien todos los que venimos de aquella casa somos obligados de acatar e servir como a nuestro señor e pariente mayor; e las honras que yo os debo en este caso, han mayor lugar que la obediencia filial que vos me debéis como a padre; por tanto tornad a cabalgar, yo me iré con vos en vuestra posada porque así lo quiere la razón."

Unos veinte días permanecieron en Vitoria tratando asuntos políticos con Aragón, Navarra, Castilla y Francia, y como si el tiempo fuera poco para tanto asunto o el mutuo cariño no les permitiera separarse tan pronto, citáronse en Tudela, a donde cada uno fué por diferente camino. De lo que trataron se vislumbró muy poco; hablaron de la pacificación de Navarra, con vistas al porvenir de este reino, de las pretensiones de Francia, pero sobre todo debieron tratar de la situación interna de Castilla.

Preciábase don Juan de conocer mejor que su hijo los hombres y las cosas de Castilla, y por lo mismo que el mayor problema político que él veía, era el de asegurar la corona de aquel reino en la cabeza de su heredero, temblaba de sólo pensar en

que pudiera perderla. Y uno de los incidentes de la lucha por la sucesión que más le amargaba era la defección, que a última hora, en el momento en que habían de hablar las armas, hizo el Prelado de Toledo pasándose al bando de la Beltraneja y combatiendo por ella. Don Juan no temía el poder material del Arzobispo; le atormentaba que las gentes pudieran tachar a su hijo y nuera de ingratos, con quien tanto bien les había hecho, suponiendo que muchos y muy grandes motivos le habrían dado para un cambio tan rotundo. Don Fernando no daba importancia al poder material del Prelado ni temía la maledicencia, por ser tan conocido el carácter bullicioso y veleidoso de éste, pero convenía con su padre en que era preciso atraérselo por las buenas, dándole satisfacción en lo que se pudiese dignamente, olvidando lo posterior en gracia de lo anterior. Don Fernando consideraba que si desde el primer momento don Alonso Carrillo hubiera favorecido el partido de doña Juana, doña Isabel probablemente no sería Reina.

Mientras don Fernando resolvía estos asuntos, escribe Zurita, que estando la Reina en Segovia apaciguando una sublevación de la ciudad contra el alcaide Cabrera, le llegó la noticia de la toma de Toro por sorpresa y que inmediatamente fué allá con el Cardenal de España, el Conde de Benavente y otros, y que no sólo recuperó la ciudad, sino también la fortaleza; y que logrado esto "sin holgar un momento, mandó cargar toda la artillería sobre Castronuño; pues ya no quedaba en aquellos reinos cosa de importancia. después del alcázar de Trujillo, fuera de aquella cueva de ladrones", que "despedido el Rey de Castilla del Rey su padre tomó el camino de Burgos para irse donde la Reina estaba" y que "esto era en sazón que

estaban los Reyes en alguna manera discordes y desavenidos y dada la condición de la Reina era menester mucho tiento y cordura". La noticia la tomó seguramente el veracísimo analista de un documento, probablemente de una carta íntima del hijo al padre.

La discordia y desavenencia se manifestó en la ausencia de doña Isabel de Vitoria; se planeó que iría con su marido y su hija Isabel y no fué; Juan II murió sin conocerla ni conocer sus nietos Isabel y Juan; sin duda la dominaban los antiguos enemigos del Infante, amigos antiguos de don Alvaro de Luna y el Marqués de Villena. La causa de la desavenencia no la indica el analista aragonés, pero se deduce de los hechos subsiguientes que fué el distinto modo de apreciar la situación de Castilla y el procedimiento para dominarla.

Para la Reina debía sobreponerse a todo la pacificación del país; ni el sitio de Fuenterrabía por tropas de Francia; ni el peligro de que Navarra fuese ocupada por franceses, ni la piedad filial, valían más ni tanto que el sometimiento de aquella cueva de ladrones llamada Castronuño, la rendición de las plazas donde aún ondeaba la bandera de Portugal o del alcázar de Trujillo, que se defendía en el nombre del Marqués de Villena; esto como inmediato y a la vista; que Andalucía estaba en no menor turbación y no menos necesitada de una acción real enérgica. Don Fernando dió más importancia a las cuestiones que su mujer despreciaba y, dejándola, fué a Bilbao a equipar la escuadra, que con sólo su nombre libertó Fuenterrabía, se acercó a Navarra para cerciorarse de que Pamplona seguiría independiente y no sería francesa, y luego fué a Vitoria a verse con su padre.

Respecto de la conducta que debía observar con el Arzobispo de Toledo, existía igual discrepancia: don Fernando se inclinaba a transigir, a dar satisfacción al ya anciano Prelado: doña Isabel quería la sumisión espontánea y el reconocimiento pleno de su condición legítima de Reina, sin que precedieran entrevistas, ni ofrecimientos, ni componendas; conservaba vivo en la memoria el desaire que le hizo aquél cuando yendo ella a visitarle y a comer con él al iniciarse la guerra de sucesión, se negó a recibirla en su villa de Alcalá; desde entonces, según Hernando del Pulgar, “no curó más dél”; y efectivamente, no curó ni permitió que nadie curase, y una entrevista del Prelado con el Rey de Aragón, procurada por éste, no se celebró por haber escrito don Fernando a su padre que desistiera, “porque la Reina su mujer tomaría gran sospecha y aquello haría mucho daño a las cosas de este reino”.

Por mirar el asunto desde el punto de vista de su carácter, los dos obraban rectamente: el marido pensando que los antiguos merecimientos debían perdonar los agravios modernos; la mujer por estimar que poder que transige es poder muerto, porque de transacción en transacción viene a perderse del todo. Firme cada cual en su opinión, hallándose en Madrid juntos marido y mujer, procuró don Fernando verse con el Arzobispo, pero por causas ignoradas no celebraron la entrevista; el Prelado se negó a venir a Madrid, se negó también a recibirle en Alcalá y fué a refugiarse en su villa de Ucedo; convinieron en verse en pleno campo, yendo los dos con poco acompañamiento, pero dice Alonso de Palencia, que al llegar el Rey al Palacio del Pardo, le avisaron que no pasara adelante, porque el Arzobispo abrigaba muy peligro-

sas intenciones para su seguridad, pues se proponía recibirle tanto más tumultuosamente cuanto más de paz y con menos compañía se dignaba él ir a visitarle. “Yo más creo, dice Zurita — arriesgando una opinión, él, tan cauto —, que la Reina no dió lugar a las vistas.”

A pesar de estas diferencias se realizaron las dos operaciones militares más urgentes y precisas: la de Trujillo y la de Castronuño; presenciando la primera estuvo la Reina; dirigiendo la segunda, el Rey. No fué peligrosa la de la ciudad extremeña; el alcaide del alcázar manteníase a la defensiva, porque mejor defensor de los intereses del Marqués de Villena, de quien era vasallo y por quien tenía la fortaleza, negábase a entregarla aún instado por su señor con el pretexto o excusa, que parece que no fué sino convencimiento, de que rendido él, los Reyes quitarían a su señor los pocos bienes que aún conservaba. La de la villa de orillas del Duero, Castronuño, fué de mayor peligro y mucho más difícil; a la fortaleza del lugar uníase el valor y pericia militar de su alcaide Pedro de Mendaña o de Abendaña, que ambos apellidos le dan los cronistas, el cual, hijo de un pobre artesano zurrador, se levantó por sus cualidades a la categoría de jefe militar de primer orden: “fué uno de los hombres que la guerra crió..., triunfó tanto y creció tanto desde allí (Castronuño), que todas las tierras de las comarcas le temían e habían miedo en demasiada manera; grueso e poderoso verdugo para aquella tierra allegaba cada vez que quería quinientos e seiscientos de a caballo e peones cuantos quería con que sojuzgaba a Medina del Campo e a Valladolid e a Toro e a Salamanca e a todas sus tierras, que nunca le faltaron en aquellos tiempos otros de su condición; e algunos

caballeros de los grandes lo habían en dicha tenerlo por amigo e otros le querían mal e les pesaba de tan gran subida como había subido de por sí de tan baja suerte e por haber rapiñado. E el Duque de Alba, que entonces era don García de Toledo, se puso un tiempo a lo castigar e con la mala disposición del tiempo de guerras e vueltas no pudo ca lo halló mucho poderoso para entonces; con él tenía siete fortalezas muy cerca unas de otras ribera de Duero". Este tal se puso de parte de la Beltraneja y del Rey de Portugal, "porque los Reyes no le confirmaron e dieron lo que tenía furtado e robado, por venir a reinar e cobrar e sojuzgar lo que habían perdido e no a ser sujetos de nadie, e entraban a ser temidos e no a temer".

Ya el Rey había enviado con tropas de la Hermandad su hermano el Conde de Ribagorza, pero la mala voluntad de nobles y eclesiásticos descendientes del gravamen que pesaba sobre ellos por causa de aquella milicia, paralizaron las operaciones; pero, decidido a tomar todos los refugios de Abendaña, puso sitio a Cantalapiedra, que capituló, y luego a Castronuño, que también se dió con condiciones en el verano de 1477; desapareció así "aquella peste tan largo tiempo arraigada en las entrañas del reino; y a fin de hacer más grata a las gentes la desaparición de los ladrones, mandó arrasar la fortaleza de Castronuño...; en gran número acudieron las gentes a derribarla y en su afán parecían ensañarse con las mismas piedras".

Los Reyes no habían estado aún en Andalucía y Andalucía exigía su presencia; los grandes señores de ella vivían de hecho independientes y ajenos a las luchas políticas de los castellanos; unas cuantas familias, rivales unas veces, aliadas otras, dominaban el país, incluso las ciudades; era pre-

ciso dominarlas para terminar el estado aquel de anarquía y disolución.

Sin duda tenían decidido ambos el ir, pero no acordado si juntos o separados y en este caso si él primero y ella después, o al revés; el estado de la tierra indicaba que don Fernando fuese antes que doña Isabel: los nobles en armas, algunas fortalezas alzadas contra el poder constituido con varias excusas, el campo lleno de bandas de ladrones, las ciudades dominadas por partidos, los moros a la vista y amenazadores; el ir allá una mujer, aunque Reina, era imprudencia manifiesta, dado el estado anárquico del país y las costumbres nobiliarias y aun populares. Y sin embargo la Reina, acabado lo de Trujillo, sin esperar a que don Fernando diese fin a lo de Castronuño para ir juntos a Sevilla, marchó a esta ciudad, julio de 1477, acompañada de un numerosísimo cortejo de damas, prelados y nobles y de una fuerte escolta; fué recibida en Sevilla con gran pompa y entusiasmo; inmediatamente le entregó el Duque de Medinasiona las Atarazanas y el Alcázar de Triana, que tenía usurpados, e inmediatamente también sentóse en su tribunal para administrar justicia. Todos los cronistas afirman a una la severidad de sus sentencias y el terror y espanto que produjeron. Don Fernando entró por fin en Sevilla el 13 de septiembre y, según refiere Palencia, se usó con él una estratagema que prueba bien el odio e inquina que los cortesanos le profesaban: se detuvo en una casa de los arrabales de la ciudad para entrar al día siguiente muy temprano, dado el tiempo y el clima del país; “y como numeroso gentío, dice Palencia, le aguardaba impaciente desde las primeras horas de la mañana, algunos

hombres astutos hallaron medio de engañarle, aprovechando las horas en que la fuerza del calor le había obligado a retirarse a sus casas, para aconsejar al Rey la entrada en la ciudad y la visita a la catedral en hora tan inoportuna como la de la siesta y por consiguiente con reducida concurrencia". Es decir, se procuró que su entrada fuese deslucida, que en las calles no fuese aclamado y que el pueblo empezase a concebir odio o desafecto hacia él. "Como todo esto parece presagio de lo que después sucedió, me ha parecido conveniente referirlo por menor", escribe el cronista.

Lo que sucedió después y ahí se alude, es la inhibición total de don Fernando en los asuntos del gobierno; su actuación se redujo "a ciertas audiencias públicas, a que los Reyes oían las quejas del pueblo, como lo hacía la Reina antes de llegar él, sentándose los sábados en el trono a escuchar las reclamaciones de las gentes contra los atropellos y vejámenes de los malvados. Mas este aparatoso tribunal de justicia produjo escaso resultado, porque las numerosas exacciones aumentaron, e ilícitamente se sacaba a diario el trigo de los trojes sin hacer caso alguno de las protestas de los vecinos contra la extracción de víveres para el extranjero, prohibida por las antiguas ordenanzas, y más en año tan estéril que amenazaba a los andaluces con el hambre".

Asómbrase el cronista de esta inacción de don Fernando; refiere él que como consejero y confidente suyo salió de Sevilla, donde estaba, para ir a encontrarle al camino e instruirle del estado de Andalucía y del carácter de los andaluces; que le oyó y formó propósito de poner remedio a los males y encauzar el gobierno por las normas de la

verdadera justicia; pero esos propósitos se desvanecieron en cuanto llegó a Sevilla, con gran sorpresa de los sevillanos que esperaban su llegada para que los gobernara un hombre, pues ya veían "de cuán poco les había servido el gobierno de una mujer". Pero don Fernando "quedó desconocido por completo hasta para sus íntimos, desde su llegada a Andalucía, donde su conducta cambió desfavorablemente y, sin cuidarse para nada de aquellas prendas que en tan gran Príncipe se admiraban, como sumido en sueño provocado por filtro venenoso, no ejecutaba nada de lo que su mente concebía".

El cronista no se explica la causa de esta mudanza de don Fernando, pero frases esparcidas por los capítulos de los libros XXIX y XXX dan idea de ella. Cuenta en el octavo del primero que, como después al Rey, habló a la Reina, cuando ésta se dirigía a Sevilla, para informarle del estado de la ciudad y del país y que ella se dignó oír su opinión: "ciertamente, dice, aunque eran bien notorias las virtudes de tan excelsa Reina, temía yo sin embargo el fácil triunfo de las seducciones de los aduladores sobre el ánimo femenino al verla rodeada de muchos de los cortesanos del Rey don Enrique, esclavos de las más bajas pasiones e investidos de aquellos mismos cargos públicos en cuyo desempeño se habían portado antes tan inicua-mente. Por lo cual o debían quitarles todos los medios de hacer daño o, proponiéndose imponerles castigos, aterrorizarlos con la amenaza del que merecían, a pesar de la dificultad de perder los malos hábitos". La Reina después de esto "llamó a todos los oficiales de palacio y les amonestó extensamente prometiéndoles mercedes o conminándoles con

el real desagrado con arreglo a su conducta. Todos contestaron con la mayor sumisión; mas al cabo triunfó la innata maldad arraigada en sus corazonas, contra la esperanza de la Reina, muy persuadida del cumplimiento por parte de todos ellos de cuantos consejos les había dado”.

La verdad de lo aquí firmado por Palencia la declara la experiencia de todos los tiempos: un cambio de régimen o de personas en las alturas del Estado supone trastornos mas no cambios fundamentales en el modo de gobernar, porque el Estado lo constituye propiamente lo que hoy se llama burocracia, y ésta permanece y pasa de un régimen a otro y sobrevive a los caídos. Doña Isabel hubo de aceptar los hombres secundarios del tiempo de su hermano; avezados a sus costumbres, no las cambiaron y continuó el mal gobierno.

A las quejas que producía en los sevillanos “la corrupción de los oficiales de la corte, que contra los consejos de la Reina y so color de administrar justicia se lanzaron a arrebatar el dinero de los ciudadanos”, se unió el descontento por la concesión de licencia de exportar trigo hecha por la Reina al Almirante don Alfonso Enriquez, el cual la trasladó, mediante su derecho, a mercaderes que lo exportaron a Cataluña e Italia, “contra las promesas de la Reina de no permitir la venta de alimentos destinados a los ciudadanos... el natural bondadoso de la Reina se inclinaba a mirar por el bien de los vasallos, pero los falaces consejos del Almirante y el lucro que la mayor parte de los cortesanos sacaban de aquella perniciosa corruptela la impedían perseverar en sus buenos propósitos”.

Entre los habitantes de la ciudad y los venidos de fuera en la corte se creó una rivalidad que de-

generaba muchas veces en insultos y riñas, rivalidad de la que supo sacar partido el Duque de Medinasidonia para presentarse casi como el salvador del pueblo; tal vez por sus intrigas con los adláteres de doña Isabel logró que ésta mandase publicar "antes de la llegada de don Fernando", un indulto general, "a fin de compensar con este acto de clemencia los anteriores rigores de los jueces". A todos estos criminales — vuelve a decir el cronista, "que antes de llegar don Fernando y por clemencia de la Reina habían regresado a la ciudad" —, el Duque los atrajo a su causa proporcionándoles guarida en los alrededores de su domicilio, y a los reos de delitos atroces, exceptuados del perdón general, les aseguró el asilo.

Las gentes sensatas esperaban que el Rey al llegar a Sevilla quitaría estos abusos y establecería buenas prácticas de gobierno; la misma doña Isabel le aguardaba impaciente, entre otros motivos, por el muy poderoso de librarse del peso de tantos y tan graves asuntos, pues harto había advertido cuán engañada la tenían las astutas artes de los que la rodeaban, bien seguros por su parte de que por oídas podía juzgar de todo, pero de muy poco por sus propios ojos. Por el contrario, al Rey le sería muy fácil comprobar por su vista cuanto llegase a sus oídos. Todo esto obligó a la Reina a escribir a don Fernando llamándole con urgencia y él se apresuró a obedecerla.

Duque y cortesanos se confabularon para desprestigiar al Rey y anularle; la primera manifestación de su intriga fué lo sucedido en su recibimiento; después, sin darle tiempo ni para enterarse de las cosas, comenzaron a desacreditarle acusándole de apático y descuidado. "Desde el primer

día, dice Palencia, empezaron los sevillanos a perder las esperanzas concebidas"; el mismo cronista cuenta quiénes propagaron este descrédito y en qué lo hacían consistir; el Duque de Medinasidonia "encargó a varios agentes suyos que día y noche recorriesen las casas censurando la vana esperanza largo tiempo puesta en la presencia de un hombre tan descuidado para proveer a las subsistencias del pueblo, y que más bien había acrecentado los males, ya consintiendo los pasados, ya perdonando los presentes".

Es evidente lo calumnioso de estas especies: don Fernando no era cómplice de la mala administración de justicia, no había concedido él la licencia de exportar trigo, no había dado el indulto; las tres cuestiones eran obra de la Reina y era ésta la que debía enmendar el daño; pero el pueblo sevillano que no entendía los tiquismiquis de la política y relegaba a la mujer al hogar, veía en él la personificación del poder y de la autoridad y, azuzado de los próceres andaluces, a él acusaba "por la esperanza de ganarse a un tiempo su adhesión y el favor de las autoridades". El no había intervenido en nada y, sin embargo, en un motín provocado por la rivalidad entre sevillanos y los que desde Castilla habían ido a Sevilla con la corte, los amotinados, "hombres de mala conducta, merecedores de la horca, lanzaron injuriosas expresiones en oprobio de los Reyes", dice en un párrafo, pero en la misma página afirma que las insolentes frases fueron lanzadas contra el Rey. Se le acusaba de negligente por no haber corregido los abusos.

Pero ¿podía corregirlos?; era menester, para esto, desautorizar a la Reina, y le estaba vedado; doña Isabel era la soberana y el poder lo tenía él

por delegación, no por derecho propio: Hernando del Pulgar comentando los pactos de Segovia y queriendo cohonestarlos escribe: "e quando era necesario que el Rey fuese a proveer en unas partes e la Reina en otras, aunque estaban apartados nunca se falló que el uno diese mandamiento que derogase a la posición que el otro oviese dado". Este respeto mutuo es muy explicable y por él se explica la conducta de ahora de don Fernando.

Pero el pueblo no se avenía a esa abstención del marido en el gobierno de su casa (y el reino era entonces patrimonial y familiar) y veía con asombro la sumisión del varón a la hembra, a lo cual le azuzaban los nobles, los cuales a su vez inducían a la Reina a que no abdicara su poder ni dejara el gobierno.

El mismo cronista Palencia proporciona la prueba: don Fernando iba, según él, dispuesto a enmendar lo hecho; pero una vez en Sevilla no hizo nada y "el pueblo cambió las alabanzas en acusaciones diciendo que el Rey estaba supeditado, no sólo a su mujer, sino a la voluntad de sus consejeros y que en vano habían puesto sus esperanzas en un Rey falto de la propia". Bien se da a entender ahí que detenía a don Fernando la voluntad de la Reina y para más confirmarlo dice más adelante: "continuó la corrupción de los jueces, no había norma para el premio ni para el castigo y si algo se ejecutaba en Andalucía digno de alabanza, más bien parecía deberse a iniciativa de la Reina". Y vuelve a decir al narrar el viaje de los Reyes a Jerez: "echaban en cara al Rey el no haber remediado nada por su iniciativa, el que en todo se prefiriese a la Reina y siempre se indicase su nombre a la cabeza de las Cortes y provisiones".

Alentadores de esas murmuraciones eran los nobles y cortesanos que utilizaban ese medio de desacreditar al Rey tachándole de débil y demasiado complaciente con su mujer, y por otra parte ponderaban el valer de la Reina y sus dotes de gobierno; esto mueve al cronista citado a la siguiente reflexión: "la ambición de los tiranos llega al desenfreno y a la impudencia cuando no se avergüenzan de emplear a un tiempo y para el mismo fin la alabanza y la censura. Así muchos de los Grandes de Castilla y de León, corrompidos por larga tiranía, trabajan por sublimar excesivamente a la Reina con el propósito de que no estuviese supeditada al marido y de que la discordia de los cónyuges socavase los cimientos del trono".

Socavar los cimientos del trono, acción entonces equivalente a socavar los cimientos del orden social, era el propósito de los nobles, porque en rigor Castilla pasaba por un período constituyente de su historia. Tratábase de si había de seguir rigiendo aquella constitución aristocrática y militar que ponía en manos de jefes audaces y ambiciosos los destinos del país, como en los reinados de Juan II y Enrique IV, o si había de establecerse un gobierno estable, justo y enérgico que redujera esa nobleza a sus debidos límites y librase a los pueblos de la tiranía de sus señores. Este era el problema que se ventilaba en Andalucía ahora; el mismo que Castilla había ventilado antes en la guerra con el portugués y que dió en Toro la victoria a don Fernando. La nobleza en pleno, lo mismo los adictos a doña Isabel que sus contrarios, laboraban y trabajaban por conservar aquel estado de privilegio; y si unos habían tomado antes partido por la Beltraneja y otros por doña Isabel, no fué ninguno llevado por el noble deseo de ponerse al lado de la legitimidad,

sino pensando en él y en su lucro. Y todos vieron el enemigo en don Fernando antes del triunfo, y lo vieron mejor después de éste. Su táctica se dirigió a lo que casi estaban consiguiendo: a su anulación; sublimar a la Reina para que ésta reinase y convertir a don Fernando en Rey consorte, en simple marido de la soberana, sin otra misión que la de dar herederos al trono.

Tres grandes casas dominaban el país andaluz: la de Aguilar en Córdoba, la de Guzmán en Sevilla, la de Ponce de León en Cádiz; éstos eran los verdaderos señores de Andalucía; los dos últimos vivían, más que enemistados, en guerra y los dos, osados y poderosos, mantenían el país en perpetua perturbación. Supo don Enrique de Guzmán, duque de Medinasidonia, atraerse a los altos cortesanos y a la misma Reina, entregándole Triana y las Atarazanas, si bien lo hizo por temor a que, llegado el Rey a Sevilla, lo forzase a devolverlas, y por la esperanza de obtener otras villas en premio; arrepintiéndose de lo que hizo cuando vió que don Fernando no gobernaba ni tampoco influía en la gobernación, y se dedicó a promover tumultos en Sevilla y a favorecer fuera de ella a los forajidos, principalmente a un caballero veinticuatro de esta ciudad, Fernando Arias de Saavedra, alcaide de Utrera.

Aprovechando esta situación de favor cortesano procuró la ruina de su enemigo, el de Cádiz, dando contra él quejas y denuncias respecto de su conducta en los años anteriores, reinando Enrique IV y al subir al trono doña Isabel; de sus amistades más o menos declaradas con el Rey de Portugal y su desafecto más o menos encubierto hacia los Reyes. Pero el de Cádiz, si no más caballero, más caballeresco, que el de Medinasidonia, más audaz y de más talento, hombre verdaderamente

extraordinario según demostró años después en la guerra de Granada, es decir, apenas fué sometido a disciplina, supo deshacer la intriga y más aún, supo ganar la voluntad de los Reyes. Y una noche, de riguroso incógnito, pues a consecuencia de una pelea con tropas del Duque había salido de Sevilla siete años antes y no podía entrar en ella, se presentó en el Alcázar y pidió ver a doña Isabel.

Sólo Alonso de Palencia insinúa que esta visita de don Rodrigo Ponce de León no fué tan espontánea ni tan por sorpresa como indican los otros; según aquél la Reina envió quién sondease su ánimo antes también de la llegada de don Fernando a Sevilla, y esto es de creer, así como lo es que la venida de Ponce fué preparada. No es lógico lo que escribe Hernando del Pulgar, que "la Reina... considerando que el Marqués no había venido a le fazer la reverencia que debía, concibió alguna indignación contra él. Como esto vino a la noticia del Marqués, acordó venir a la Reina con un servidor. E una noche, estando la Reina retraída en su cámara, el Marqués entró e le dijo estas palabras..." Bernáldez, el Cura de los Palacios, refiere el hecho de modo distinto: "El Marqués, desde que supo que el Rey don Fernando entró en Sevilla, luego tomó consigo algunos de los suyos y una noche con tres de a caballo dió al postigo del Alcázar que sale al campo y dijeron al Rey e a la Reina como el Marqués de Cádiz estaba al postigo y que les venía a besar las manos y mandáronle abrir y entró por el dicho postigo y hallólos ambos solos y besóles las manos y abrazáronle el Rey e la Reina y recibieronle con mucho placer, maravillándose mucho de su venida porque había sido así y sin les de ella avisar".

Alonso de Palencia, mejor informado y con más afición a consignar causas íntimas de los sucesos,

cuenta, y en esto coincide con Bernáldez, que la visita del Marqués a los Reyes fué después de ir don Fernando a Sevilla y que movió al visitante más que el afecto a los Reyes, el miedo al cambio de los tiempos, el ver perdida la causa del Rey de Portugal y además "que los gaditanos en su anhelo de recobrar la libertad enviaban al Rey secretos mensajeros para buscar medios de librarse cuanto antes del pesado yugo del Marqués. Y presintiendo la ruina que le amenazaba y aconsejado por el doctor Andrés de Villalón, fiel intermediario de don Fernando, optó por oponer al temor la osadía. Marchó a Alcalá de Guadaira... y sabiéndolo únicamente el doctor citado, don Juan de Guzmán, señor de Teba, que le acompañó en el camino, y Pedro de Avellaneda, se dirigió a media noche a los arrabales de Sevilla y allí esperó a que el último participase al Rey que todos los asuntos pendientes con él podían arreglarse pronto y bien si se dignaba oírle a solas".

Indudablemente esta narración es mucho más verosímil que la del Cura de los Palacios y muchísimo más que la del Pulgar; la entrevista fué preparada por don Fernando y se celebró con éste y a éste se sometió primeramente el Marqués, quien recordó al Rey los servicios de su padre, don Juan Ponce, al suyo, por el cual, le dijo, érale más grata la casa de los Ponce que la de los Guzmán; las causas de su conducta anterior expuestas por el Marqués son las verdaderas: la necesidad de defenderse del Duque le obligó a buscar aliados, a fortificarse en sus villas y a tomar las del Rey para más seguridad; ahora "estaba pronto a obrar cual convenía a un súbdito leal y a nadie cedería en celo por cumplir cuanto le ordenasen, una vez convencido de haber ganado con su arrepentimiento el

perdón de los yerros pasados, a los cuales le había arrastrado la condición de los tiempos". Los Reyes quedaron tan complacidos de la visita, que prometieron visitar al Marqués en Jerez.

Fué este hecho obra de la sagaz diplomacia de don Fernando y un golpe decisivo a la influencia del de Medinasidonia en Sevilla; la preponderancia que hasta entonces había disfrutado pasaba en este instante a su rival; por esto dice el propio cronista, que, aunque se procuró mantener secreta la entrevista, se hizo pública, y "cuantos conocían a fondo al Marqués y los que preferían los escándalos a la tranquilidad, diéronse a despertar sospechas en el ánimo de don Fernando; pero así él como la Reina se mantuvieron firmes".

El mismo Alonso de Palencia cuenta que los Reyes, cumpliendo su promesa, se embarcaron en Sevilla en una galera de Gutierre de Nava y por el río llegaron a Sanlúcar, villa del Duque, que les dió hospedaje; aquí les instó a que no aceptaran el que el Marqués les ofrecía en Rota, pero se negaron a este desaire, dejándole resentido y quejoso; en Rota el Marqués hospedó espléndidamente a los Monarcas y a los cortesanos "cosa de que no se había cuidado el Duque" —, dice, casi a modo de queja, el cronista —; seguramente que esta esplendidez aumentó mucho su influencia y disminuyó también la de su enemigo.

La nobleza de Andalucía estaba, pues, dominada y era éste el primer paso para la pacificación del país; la plebe, sin embargo, no viendo el problema en su totalidad, sino localizado en su pueblo y término, y deseosa de verlo resuelto totalmente, murmuraba, y la estancia de los Reyes, sobre todo la del Rey, en Jerez debió de serle muy desagradable; los jerezanos querían que el Marqués fuese

expulsado de su villa, que quitase la guarnición de la fortaleza, que indemnizara a ciertos vecinos cuyas casas habían derribado para ampliar las fortificaciones, que fuesen castigados atropellos cometidos por él contra ciudadanos; y los pactos o promesas hechos al denunciado en la noche de la entrevista impedía a los Reyes satisfacción al pueblo; por esto dice Palencia "que los muchachos cantaban lúgubres canciones, en las que decían que el Rey había ganado las fortalezas, pero había perdido los corazones de sus vasallos".

Disgustados y molestos entraron en Jerez: Alonso de Palencia refiere que algunos de la villa oyendo acusaciones contra don Fernando por su apatía y por no remediar los males presentes, lo disculpaban diciendo que "en su presencia al entrar por la puerta de Santiago, don Fernando y doña Isabel, el Rey había recibido mal las aclamaciones del pueblo ¡Vivan los Reyes! y volviéndose a la Reina le había dicho cuán molestas les eran a todos semejantes aclamaciones, a lo que doña Isabel había contestado que con razón, porque también a ella desagradaban". Y según el cronista, éstos que excusaban al Rey eran los enemigos del Marqués, al paso que los amigos de éste escarnecían su nombre delante del pueblo.

Otra vez en Sevilla los Reyes, don Fernando comenzó a mostrarse quién era; la adhesión del de Cádiz y de los de Casa Aguilar había casi anulado la influencia que en Sevilla ejercía el de Medinaceli; sin ruido ni derogaciones públicas de privilegios se restableció la justicia y el orden y para más afianzarlo pensó seriamente don Fernando en la instauración de la Santa Hermandad en aquella región.

Muy probablemente este deseo del Rey fué el motivo que indujo a los cortesanos a persuadir a la Reina de la conveniencia de ir a Sevilla ella antes que su marido y sin esperar a que éste se desligara de los sitios de Castronuño y demás fortalezas de Pedro de Abendaña. Don Fernando había enviado ya a aquella ciudad a procurar aquella instauración al cronista Palencia, miembro del consejo director de la institución, y al doctor Antonio Rodríguez de Lillo, precisamente a consecuencia de las rivalidades entre el Duque y el Marqués, no queriendo ponerse al lado de ninguno ni aun para los efectos de vencer al uno con el apoyo del otro. "Juzgó más práctico, dice Palencia, recurrir a la Hermandad popular por creer fundadamente que la voluntad de los pueblos a causa de las prolongadas vejaciones y daños recibidos de los tiranos se mostraría propicia a cualquier expediente eficaz para su defensa." Llegados estos comisionados a Sevilla, el de Medinasidonia demostró el gran miedo que le inspiraba la Hermandad en la saña con que prohibió la propaganda de los comisionados y el odio que procuró recayese sobre ella de parte de los conversos (la lucha religiosa turbaba ya la ciudad), a los cuales "hizo ver que equivaldría a su exterminio y que debían resistirla con tesón, pues de ello dependía conservar o perder sus vidas, su honra y su hacienda".

A los comisionados para este fin les fué forzoso salir de Sevilla; el doctor Lillo se refugió en Carmona y Alonso de Palencia en Córdoba, donde otro mensajero del Rey enviado para lo mismo había encontrado otro Duque de Medinasidonia en la persona de don Alonso de Aguilar.

Pero don Fernando veía en la instauración de la Hermandad la salvación de Andalucía y el predo-

minio de la autoridad real sobre la de los nobles, y no cejó, y así poco después fueron enviados a Sevilla tres nuevos comisionados, los cuales tuvieron la suerte de no hallar en la ciudad al Duque, pero sus secuaces le avisaron y vino y se mostró tan enemigo de la Hermandad como la vez primera, y se valió, asimismo, de los conversos, a los cuales hizo creer, en lo cual no iba descaminado, "que cualquier reunión de la masa popular sería en su daño". Dos de los tres comisionados salieron por fuerza de Sevilla esta vez, pero quedó el cronista cuyos partidarios se armaron para defenderle, y el temor de un choque hizo que el Duque consintiera el establecimiento del ejército popular, pero con el firme empeño de desacreditarlo y corromperlo, como lo hizo secundado por todos.

Así estaba el asunto de la Hermandad en Andalucía en el tiempo en que los Reyes tenían determinado ir a ella; muy probablemente a esta situación obedeció el consejo del cronista Palencia al Rey de que fuera antes que la Reina y quizá también lo que instigó a los consejeros de la Reina a que fuese ella antes que su marido. El que se adelantara implantaría su política; por eso la Hermandad no podía ser grata a quienes rodeaban a doña Isabel, educados en la corte de Enrique IV y acostumbrados a sus prácticas. La Hermandad, ejército permanente, era instrumento poderosísimo en manos del Rey y con él era segura la ruina del predominio militar de los nobles.

De acuerdo el Duque con los cortesanos se atrajo la voluntad de la Reina entregándole lo que tenía usurpado dentro de la ciudad, suprema aspiración de doña Isabel, y el asunto de la Hermandad se relegó a un segundo término y se aplazó indefinidamente por parecer no ser ya necesario. Como en los

cuatro primeros meses del año 1475, después de los pactos de Segovia, don Fernando se inhibió de gobernar, dejó que gobernara su mujer y quienes la aconsejaban y al fin hubo que concederle poderes absolutos, aunque fueron delegados y no nacidos de su condición real, así ahora en Sevilla volvió la inhibición y dejó que hicieran, bien cierto de que al fin triunfaría y su decidido propósito sería cumplido. No ignoraba que su fama y su nombre padecían, que la multitud no comprendía ni su sacrificio ni su política, pero esto a él no le importó nunca, porque prefirió las buenas obras a las aduladoras palabras.

De vuelta a Sevilla con mayor prestigio y más seguro de poder imponerse por la adhesión del Marqués de Cádiz, encontró en un Fernán Arias de Saavedra un nuevo Pedro de Abendaña y en Utrera otro Castronuño; pero al propio tiempo se le presentó otro problema relacionado con la Hermandad: el tiempo fijado para su vida expiraba en el mes de mayo y para que se prorrogase era precisa su presencia en la asamblea: hubo en el consejo real pareceres muy diversos y opuestos; querían unos que don Fernando no levantara el cerco que tenía puesto a Utrera, entendían otros que debía procurar la prórroga de la Hermandad; él se decidió por esto último, a todas luces más importante que lo primero.

Pero antes de dejar Andalucía proveyó el Maestrazgo de Santiago, cuya administración tenía, en la persona del Comendador de León, don Alvaro de Cárdenas. Este nombramiento dió pábulo a nuevas habilllas y cabildeos de las relaciones políticas entre marido y mujer. Las Ordenes militares habían envejecido, los maestrazgos se habían hecho cargos políticos, y los maestros, olvidando la misión de

su instituto, se mezclaban en las revueltas como personas privadas, utilizando los enormes recursos de rentas y vasallos de que disponían. Era la de Santiago la más poderosa y considerada preeminente; el haber sido investido de ese honor fué uno de los hechos que más enemigos procuró a don Alvaro de Luna; el no haber investido Enrique IV al Marqués de Villena fué la causa de su deshonra y la de su mujer, y del desheredamiento de su hija; al morir Enrique IV titulábase Maestre el Comendador Mayor de León; temerosa doña Isabel de que reunidos los trece electores nombraran un Maestre que no fuera éste, acudió a Uclés y consiguió que se encomendara la administración del cargo supremo de la orden a su propio marido; las esperanzas que fundaron en esta atribución los Reyes no respondieron a las realidades; la Orden, rigiéndose por sí misma, podía dar más al Estado de lo que daba incorporada a la corona, y don Fernando pensando ya en la guerra con Granada decidió desprenderse de la administración y nombrar Maestre efectivo. Eran muchos los aspirantes y todos alegaban servicios políticos anteriores, ninguno derecho o aptitud; el que más lo ambicionaba era el Duque de Medinaceli; don Fernando acordó nombrar al único con derecho: al Comendador Mayor de León, don Alvaro de Cárdenas, que era primo de don Gutierre de Cárdenas, el hombre de más confianza de doña Isabel. No se había mostrado el Comendador muy ferviente partidario, ni ferviente siquiera, de la Reina, pues se había inclinado al bando de la Beltraneja y del rey de Portugal; mas no tuvo en cuenta estas circunstancias; don Alvaro de Cárdenas tenía el derecho y era apto: esto lo promovió al cargo y no el favor; claro que la Reina, influida por el primo, aprobó gozosa el nombramiento, y todos cre-

yeron que había sido hecho por ella y que él se había doblegado una vez más a la voluntad de su mujer; pero, según Palencia, fué él y no ésta quien decidió el nombramiento sin preocuparse del disgusto del Duque de Medinasidonia ni de la ira del de Alba, quien por esta razón pidió permiso para salir de la Corte y retirarse a sus tierras de Castilla.

El problema religioso

Hay en el reinado de los Reyes Católicos dos hechos de orden aparentemente religioso, en su esencia eminentemente políticos, en íntima relación entre sí por los sujetos que los motivaron: el establecimiento de la Inquisición y la expulsión de los judíos. La primera se creó contra los que a pesar de su conversión al catolicismo conservaban prácticas judías: contra los judaizantes; la segunda se decretó contra los que persistían en su religión mosaica.

No es pertinente en un libro de corta extensión y que por su naturaleza no ha de narrar lo sucedido en vida del Rey a quien está dedicado, referir a la menuda los hechos que motivaron la creación del Tribunal del Santo Oficio y luego el decreto de expulsión de los judíos; en cambio, el espíritu de la Biblioteca de que éste forma parte exige tratar ampliamente de las causas que movieron a dichos Reyes a tomar determinaciones tan graves contra los hijos de Israel y de tanta trascendencia para la vida nacional española.

La idea de fundar un tribunal que juzgase los delitos contra la fe católica fué inspirada a doña Isabel y también a don Fernando por el con-

fesor de ambos, Fray Tomás de Torquemada, prior del Monasterio de Santa Cruz de Segovia, de la orden de Santo Domingo; dicese que había sido confesor de la Reina en vida de sus hermanos Enrique y Alfonso, cuando nadie esperaba que llegase a reinar y que entonces la conjuró para que cuando Dios la ensalzara a la dignidad real procurase por la pureza de la fe, persiguiendo la herejía.

Para este confesor suyo obtuvieron las bulas de Inquisidor General con facultad de nombrar otros en todos los reinos de su dominio en el año 1483.

La palabra Inquisición suena hoy odiosa a los oídos de casi todos los hombres; hasta los católicos cuando quieren presentar un tribunal muy severo, una información muy estrecha o una persecución terrible, hablan de la Inquisición. Pero el historiador ha de preguntarse si este significado es consecuencia de lo que fué aquel Tribunal o es efecto de la fama que han divulgado sobre él sus enemigos. Y ha de responderse a sí mismo que lo último es la verdad.

El Tribunal del Santo Oficio es conocido por lo que se ha dicho de él y no por lo que era; se ha declamado mucho contra su procedimiento, contra las penas que aplicaba, contra los abusos que se dice cometían los Inquisidores, pero se ha estudiado muy poco su organización, sus fines y se ha olvidado por completo el mirarlo según las ideas del tiempo en que se creó, único modo de verlo bien y de juzgarlo.

Es indicio muy fuerte de ser la fama de la Institución la que inspira los juicios y no el conocimiento de la Institución misma, el que siendo sus fundadores los Reyes Católicos, nadie culpe a doña Isabel ni a su marido ni a su nieto Carlos V

y que todas las censuras recaigan sobre Felipe II, el Rey más combatido por franceses, ingleses y flamencos; y que, habiendo habido inquisición y más severa que en España en países protestantes, en Ginebra, mientras la gobernó Calvino, nadie hable de ésta ni la condene, antes se tenga como hecho propio del tiempo; es, pues, la fama; es que las gentes creen que es la verdad lo que todos dicen y no lo que lo es realmente.

La Inquisición tuvo muchos contradictores individuales, pero fué apoyada por el pueblo, por la masa social; en Aragón y Cataluña se opusieron a ella por su leguleyismo las clases directoras, petrificadas en unos fueros arcaicos, inaplicables a la vida; pero fué implantada sin protestas de la nación; en Castilla fué vista con agrado, y aunque fué decayendo a medida que avanzaron los tiempos, todavía en el reinado de Carlos III un auto de fe era manifestación de catolicismo y de adhesión al Tribunal de parte de todas las clases sociales.

Zurita, que trata de su fundación en el cap. 49 del libro XX de sus Anales y escribía reinando Felipe II, lo alaba con entusiasmo: "el (bien) que estos reinos de España han recibido de haberse introducido en ellos este Santo Oficio con la orden que se guarda en la prosecución de las causas de la fe, con asistencia de los prelados que son los jueces ordinarios y con el secreto de cárceles y no declararse los nombres de los testigos ni exigir la Sede apostólica que por vía de apelación ni en otra manera le lleven las causas a Roma, antes se determinen en sus recursos por los inquisidores generales y por el consejo de la Santa y General Inquisición, ha sido tal y tan universal que nos manifiesta que como por inspiración divina fue-

ron alumbrados aquellos Principes y aquel Santo varón”.

Jerónimo Zurita, pues, uno de los hombres más sabios de su tiempo en ciencias sociales, elogiaba el procedimiento de la Inquisición, justamente lo que más se condena en ella; y es que para él, hombre sensato y de gran experiencia y conocimiento de los hombres, no hay más garantía de los ciudadanos contra el poder ni de los juzgados contra los jueces que la honradez del individuo que manda o juzga según buena conciencia, por nadie imperada desde el exterior.

El propio historiador atribuye a la Inquisición el bien de que gozaba España en su tiempo por estar libre de los males que padecían otras naciones europeas; “diversos reinos y provincias que florecieron en la devoción y religión de la fe, debajo de la Sede apostólica, están fuera de ella y padecen por nuestros pecados tantas turbaciones y guerras, que han llegado al profundo de todo mal y miseria y se hallan en peor estado que si fuesen infieles y viven entre sí en diversas sectas, en perpetua disensión y confusión, los hijos contra los padres y hermanos contra hermanos y las mujeres contra sus maridos, y así van perdiendo el beneficio de la paz (que resulta de la justicia) y toda policía y gobierno civil”.

Esto era lo que se avecinaba, si no existía ya en España, cuando los Reyes establecieron este Tribunal; en sus reinos vivían dos pueblos de religión diferente y en pugna; dos pueblos que se odiaban y cuyas relaciones tenían un pasado de persecución sangrienta en unos momentos, de animadversión y repugnancia siempre. Los judíos, gentes sin patria, establecidos en otras sedentarias y dedicados a trabajos sedentarios principalmente,

dedicáronse al comercio, se sirvieron para ello de su propia dispersión que les daba socios y fautores de su fe y de su raza en todos los lugares del mundo conocido; y como no es la ganancia, sino la codicia, el móvil que les empujaba a traficar y la codicia no repara en medios, explotaron a los habitantes y suscitaron por esto contra sí el odio de aquellos entre quienes vivían.

Tal vez los verdaderos judíos del tiempo de Tito heredaron donde vinieron a establecerse odios antiguos de otros pueblos de su misma raza y lengua, aunque de distinta religión. Palestina es un país interior pobre y, sin embargo, escuadras de Salomón navegaban por el Mediterráneo y llegaban hasta Tarsis, última tierra de occidente. La historia conoce al pueblo fenicio, habla de sus largas navegaciones, de sus numerosas factorías, de sus guerras con los naturales; después la Historia deja de hablar de ellos por ver aniquilado su Estado; y los pueblos sobreviven a las organizaciones políticas; pasados siglos, la Historia vuelve a encontrar en las tierras mediterráneas, costeras e interiores, una casta de gentes que llama judíos, procedentes de las tierras donde moraban los fenicios y de donde partían las escuadras de Salomón, gentes como aquéllos, extrañas al país y como ellos dedicadas al comercio y al tráfico.

Esos núcleos semitas debieron facilitar la propagación del Cristianismo y luego la dispersión judaica; pero la convivencia no fusionó a los recién llegados con los habitantes indígenas; el conservar los emigrados sus creencias los apartó de ellos y los recalcitrantes siguieron viviendo según su ley, ajenos a los demás y suscitando el odio que suscita, entre quienes tienen arraigo en la tierra, todo advenedizo o trashumante.

Los Reyes Católicos encontraron su reino en un estado religioso muy delicado; el siglo anterior había sido de sangrienta persecución contra los judíos, en Andalucía principalmente; de aquí se había propagado al interior de Castilla y a la Corona de Aragón. Los esfuerzos del Papa de Aviñón Benedicto XIII para librarlos de la violencia y tratar de atraerlos por la convicción atenuaron el odio, no lo extinguieron; muchos se habían convertido más por miedo que por convencimiento, y su conversión no les había librado del odio, tal vez lo había aumentado porque, ricos y, por consiguiente, poderosos, favorecían y fomentaban las revueltas y eran enemigos de la paz y sosiego públicos.

El Cura de los Palacios describe así la Sociedad judaica de su tiempo, en la cual incluye a los conversos: "eran traidores y comilones, que nunca perdieron el comer a costumbre judaica de manjarejos e olletas de adefina, manjarejos de cebollas e ajos refritos con aceite e la carne guisada con aceite, ca la echaban en lugar de tocino e de grosura por escusar el tocino; y el aceite con la carne es cosa que hace muy mal oler el resuello e así sus casas e puertas hedían muy mal a aquellos manjarejos; e ellos eso mesmo tenían el olcr de los judíos por causa de los manjares y de no ser batizados... no creían dar a Dios galardón por virginidad e castidad. Todo su hecho era crecer e multiplicar, y comúnmente por la mejor parte eran gentes logreras y de muchas artes y engaños, porque todos vivían de oficios holgados y en comprar y vender no tenían conciencia para con los cristianos. Nunca quisieron tomar oficios de arar ni cavar, ni andar por los campos criando ganados, ni lo enseñaron a sus hijos, salvo oficios de pobla-

dos y de estar asentados ganando de comer con poco trabajo”.

Eran dos pueblos que se repelían mutuamente y además irreconciliables; permitir que los odios se perpetuaran era permitir que se mantuvieran vivas las causas de discordia social y que fructificaran los gérmenes de guerra civil; era dar ocasión a la ruina del Estado que los Reyes tenían tanto empeño en fundar, pues las ideas de religión, patria y nación, por ser las tres espirituales y tener su asiento en la conciencia, viven estrechamente unidas y se completan.

Los hombres muévense siempre a impulsos del espíritu; aun los más materialistas van tras un ideal, grosero e innoble, pero ideal y, por eso, del espíritu; la comunidad de ideales es precisa para la convivencia pacífica de los hombres; gentes de la misma idealidad conviven aunque sean de distinta raza o lengua; los de ideales diferentes se rechazan, aunque sean de la misma raza y lengua; por esto, que es sentido aunque no percibido, a todos sus actos buscan los hombres motivos de orden espiritual y hasta para las guerras más injustas quieren hallarse motivos de esa índole.

Y esto porque la razón y la cultura juegan en la vida de las sociedades papel muy secundario; el impulso que las mueve es el sentimiento de su bien y de su mal y él mismo les marca el camino que deben seguir para llegar al logro de uno y huir del otro; pero el bien que buscan y anhelan no es un bien particular de cada uno, sino un bien supremo, que lo resumen todas en su Dios, en alcanzarlo e identificarse con él. La creencia en uno común, y por lo tanto en un mismo culto, supone la del mismo sumo bien, la de las mismas

aspiraciones y la de los mismos medios para lograrlo; la unidad en los ideales trae en la vida y las costumbres una marcha al unísono; por esta unión tan estrecha entre la religión y la vida social y política todos los partidos incluyen la religión en sus programas, y si unos la defienden, otros la combaten; el Estado es una sociedad a cuyos asociados debe unir el espíritu; y si ese vínculo se afloja, el Estado se debilita; si se anula, el Estado perece o, para mantenerse, ha de buscar un apoyo en la fuerza, y la fuerza no es eterna: los Estados no pueden prescindir de la Religión, porque es prescindir del aglutinante social, y menos combatirla, porque al hacerlo se combate a sí mismo.

Los Reyes Católicos vieron en 1481 que el pueblo que ellos querían unificar y mantener en paz estaba, si no dividido ya por las creencias, en camino de serlo; y que un grupo fuerte, más que por su número, por su riqueza y por su proselitismo, comenzaba a intervenir activamente en la vida política, favoreciendo todas las revueltas, amparando a todos los revoltosos y a corromper la religión del otro grupo, que era la de los más, introduciendo prácticas de la 'suya: y ante esta situación podían o cruzarse de brazos y dejar que las ideas siguieran su curso y la sociedad padeciera los estragos de una guerra de religión, si no en los campos de batalla en las calles de la ciudades y las villas populosas, allá donde hubiera judíos o conversos, o destruir ese germen de discordia para que, sin obstruir los caminos del progreso, la sociedad marchara pacífica y tranquilamente por ellos. En el dilema optaron por lo segundo, y con ello libraron a España de las guerras de religión en su propio territorio.

Judíos y moros eran en la Edad Media sociedades políticas distintas entre sí y distintas de la sociedad cristiana; vivían contiguos, pero no juntos; se veían, pero no se trataban; cada uno hacía su vida propia, las relaciones de moros, judíos y cristianos eran puramente individuales y aun se referían a la vida social, pues las carnales estaban prohibidas en tanto que no se abjurase la religión judaica o la mahometana. Esta manera de ser era semejante a la de las ciudades africanas de hoy o a las del extremo oriente con sus barrios europeos y chinos; existían entre los distintos núcleos antipatías y odios, también influencias porque el progreso es indiferente a las razas y a las organizaciones, pero convivían sin pelearse. La supremacía social y política de los cristianos, plena y absoluta, no temía la intromisión de los hombres de las otras religiones en la marcha de su vida y éstos a su vez nada temían en ese aspecto de sus dominadores.

Pero después de las persecuciones de fines del siglo xiv y principios del xv, muchos judíos se hicieron cristianos de nombre, pues en su conciencia conservaron su antigua religión, en realidad las prácticas de su religión solamente, y éstos fueron los peligrosos; contra ellos se dirigió la Inquisición, porque su concepto del bien supremo, es decir, su ideal religioso, era distinto del de los cristianos, y su aparente fervor, unido a la categoría social que les daba la riqueza, era cebo para que gentes indoctas cayeran en los mismos errores religiosos y extendiéndose el error naciera una secta enemiga de la religión practicada y creída por los más. Y era de temer que esos hombres que por su mayor riqueza eran de mayor cultura y por sus trabajos habituales mantenían relacio-

nes con sus correligionarios de otras tierras, se apoderasen de los cargos de la gobernación y dirigiesen el Estado hacia sus fines, como de hecho estaba sucediendo ya, sobre todo en Aragón y en la misma Corte de don Fernando, constituida gran parte de ella por hombres procedentes de la grey judaica.

Y si un converso efectivo y, por eso, buen católico era tan digno como el de mayor abolengo cristiano, una masa de conversos insinceros e hipócritas podía ser un fermento que destruyera los ideales nobles y sustituyera la espiritualidad por el materialismo, llevando los hombres a la lucha social y a la desesperación.

El Mesías esperado por los judíos había de reinar en este mundo; el verdadero Mesías había dicho que su reino no era de este mundo; los judíos ponían su sumo bien aquí, los cristianos en un más allá; este distinto ideal, móvil de cada una de las dos religiones, marcaba una distinta conducta social y humana. Poner el ideal, el sumo bien, en esta vida, cierra el camino a toda esperanza, niega todo consuelo, induce incluso a la ferocidad para conseguirlo; ponerlo en un más allá y en manos de un Dios justiciero, que castigará a los malos, aunque hayan sido aquí poderosos, da esperanza, consuelo y felicidad en este mundo.

Y ese ideal meramente terreno, propio de judíos y de conversos no de corazón, tenía ya partidarios entre los católicos: el cronista Diego de Valera describe así la situación religiosa de España: "la pereza e flogedad e poco cuidado que el Rey don Enrique tuvo en mirar el servicio de Dios ni el bien de sus reinos dieron a los malos suelta licencia de vivir a su libre voluntad. De lo cual se

siguió que no solamente muchos de los convertidos nuevamente a nuestra sancta fe, más algunos de los viejos cristianos desviasen de la verdadera carrera... tomando sinistros caminos los unos públicamente judaizando..., algunos de los otros tomando erróneas opiniones, como fueron los de Durango, e otros que creyeron no haber otra cosa que nacer e morir; algunos que quisieron entender la sacra escritura en otra manera de como la entendieron los santos doctores de la Iglesia”.

Demuestra ese texto que el materialismo negativo de la otra vida y el espíritu que pronto había de inspirar la Reforma se habían infiltrado en la sociedad española y que amenazaban los males de una guerra religiosa con la perversión de las costumbres.

A estos fines respondió la Inquisición y la expulsión de los judíos y también el deseo de reformar las órdenes religiosas, restaurando la observancia de sus Estatutos.

Las sublevaciones de los moriscos en las Alpujarras y Sierra Bermeja fueron motivadas por causas de religión, mas no provocadas por los Reyes, que guardaron fielmente los pactos que concedían a los vencidos el libre ejercicio de su religión y el uso de sus leyes y costumbres.

La conquista de Granada

Aunque Fernando el Católico no hubiera realizado otros hechos dignos de memoria que dar fin a la Reconquista, su fama debería ser imperecedera; los musulmanes se habían refugiado en las asperezas del ángulo Sudeste en tiempo de San Fernando y en los trescientos años transcurridos sólo una vez los españoles cristianos se lanzaron unidos contra el reino de Granada en tiempo de Jaime II, Rey de Aragón; otro Rey de Castilla, Alfonso XI, de no morir tan pronto habría conseguido reducirlos a más estrechos límites. El Reino musulmán de Granada fué desde su fundación un país asilo; a él iban todos los que por miedo a la justicia habían de abandonar su tierra, los aventureros de España y Marruecos; y suelo rico y densamente poblado de gentes que sabían que de ser vencidos perderían la libertad y la de sus familias y sus bienes, combatidos de todas partes, se habían hecho a la guerra y a la sobriedad adquiriendo fama de casi invencibles. Esta fama les servía de escudo y defensa. Granada constituía un ideal castellano, mas pensando serenamente no valía lo que había de costar ganarla. Y en efecto, si los pueblos obrasen en virtud de la reflexión y del raciocinio y no por motivos espirituales, lo práctico y útil hubiera sido prescindir de los motivos religiosos y tradicionales y admitir

el reino de Granada en el concierto de los reinos españoles terminando así la secular lucha.

Pero los pueblos no se guían por la razón práctica sino por el ideal, y la Reconquista, aunque al parecer olvidada, de hecho suspendida, vivía en la conciencia del pueblo castellano y sólo esperaba para manifestarse que un Rey se decidiera a resucitarla.

Era deseo ferviente de los Reyes Católicos esa resurrección; e incitábales a ello la tradición de un lado, el completar la obra de siglos y cumplir la misión que Castilla se había impuesto como razón de su vida; de otro ganar tierra a los mahometanos y disminuir su poder en el Mediterráneo, que estaba amenazado de convertirse en un lago turco. Ya en 1480 pidieron al Rey de Granada el pago de las parias y éste dió una respuesta altanera en sumo grado y los Reyes callaron por no estar preparados para responder según su deseo, pero desde entonces se afianzaron en su propósito de llevar la guerra al territorio granadino, no esperando una ocasión sino procurándola.

Cuenta Palencia que algunos servidores suyos recibieron secreto encargo de buscar esa ocasión y que éstos encomendaron esa misión al Asistente de Sevilla, don Diego de Merlo, hombre muy a propósito para estos encargos; el cual trazó sus planes y pensó en apoderarse de alguna plaza del reino de Granada a fin de satisfacer el deseo de los Reyes; llamó al Marqués de Cádiz "entre los magnates andaluces el primero en las artes de la guerra e poderío, por otra parte eximio caudillo" y con sus fuerzas propias, las de éste y las de otros nobles y concejos atacó la aldea de Villalonga en término de Ronda; la expedición fué un descalabro; sin embargo aun tomaron una torre en el mismo tér-

mino y en represalias de estos ataques los moros sorprendieron Zahara.

Este hecho de armas dolió grandemente al Rey Católico; Zahara la había conquistado su abuelo el de Antequera, al propio tiempo que esta villa de su nombre, y que se perdiera siendo él Rey de Castilla lo consideró doble deshonor; por tanto se afirmó en su empeño de acabar con el reino granadino y de encontrar pretexto para declarar-le la guerra. Este no era fácil de hallar, porque las correrías de moros y cristianos en el país enemigo para ganar botín, ni la sorpresa de una villa, si para su recobro no se asentaba campamento por más de tres días, no se consideraba violaciones de la paz y por tanto declaración de guerra.

Un agente o espía de los muchos que debían pulular en la tierra de Granada para dar noticias a los cristianos, llamado Ortega de Prado, que había servido en la guerra de Cataluña, dió la confidencia de la posibilidad de sorprender Alhama; y aunque la sorpresa era muy arriesgada y la conservación de la villa, si se ganaba, había de constituir una carga sin proporcionar ninguna ventaja estratégica, se emprendió y salió bien.

Don Fernando sabía lo que se proyectaba; no fué esta empresa una de tantas emprendidas por su cuenta y riesgo por nobles aventureros que entraban por el país musulmán a vengar otras entradas; ésta fué proyectada por encargo suyo y con el fin dicho de hallar motivo para una declaración de guerra. Por esto, aunque parecía locura mantenerse en la villa conquistada, los asaltantes decidieron mantenerse en ella; y comunicada la toma al Rey, a la sazón en Medina del Campo, se dirigió inmediatamente a Córdoba y convocó las huestes de Andalucía para correr en auxilio de los

conquistadores; marchó sin escolta ni criados, según Palencia, y recorriendo, según Valera, quince o dieciséis leguas diarias; aun con esta rapidez llegó a Córdoba el 28 de marzo, un mes y un día después del triunfo de los suyos.

Cuando llegó, ya la villa había sido abastecida por los mismos andaluces y sobre todo por el Duque de Medinasidonia, que olvidando antiguas enemistades con el Marqués de Cádiz, sitiado en Alhama, había ido en su socorro, lo había liberado y puesto viveres en la fortaleza para mantenimiento de sus defensores; esto no obstante, creyó preciso y de su obligación dirigir en persona un nuevo avituallamiento de la villa y el 29 de abril siguiente estuvo en Alhama, relevó la guarnición, puso un nuevo alcaide, la abasteció suficientemente y regresó a su tierra pasando por Loja para examinar el terreno y ver si la ciudad era de fácil conquista. La guerra estaba declarada y las hostilidades empezadas por culpa del moro que por más de tres días había sitiado la villa que había sido suya y que ya no lo era.

Quizá ni don Fernando ni doña Isabel se dieron cuenta de la magnitud de lo que emprendían por la potencia del enemigo y confiar demasiado en sus fuerzas; el territorio que había de ser campo de batalla lo conocían muy pocos y esas gentes sin la cultura suficiente para dar idea exacta de lo que era; esto hacía difícil trazar planes de campaña y realizarlos ocasionaba dificultades y peligros inesperados; ese territorio constituido por sierras abruptas estaba sembrado de pueblos fuertes por la naturaleza y por la mano del hombre, que había que ganar casi uno a uno: era menester arrancar de este modo los granos de la granada, según frase atribuída a don Fernando, y tales gra-

nos estaban muy apretados, muy hondos y muy firmes; tenían más fuerzas que los enemigos, pero necesitaban organizarlas para el combate y adiestrarlas para la guerra y mantenerlas llevando los víveres desde muy lejos, abrir camino para los combatientes y los convoyes y guardar esos caminos para no quedar aislados en medio de enemigos. En todo esto pensaron y sobre todo esto dispusieron, pero aún así las primeras campañas no fueron tan fructíferas como esperaban; la realidad no respondió a las previsiones.

Y sin embargo no desmayaron ni menos desistieron; tenían la convicción de ser la tal guerra un deber de su estado real, impuesto por su condición de católicos y de Reyes de España; que esto y el porvenir exterior de los Reinos exigía sacrificios por grandes que fuesen y contaban con un pueblo que sentía como ellos y que como ellos arriesgaría vida y haciendas por salir triunfante y librarse de la desgracia de asilar mahometanos enemigos dentro de territorio que de derecho le pertenecía.

Y se lanzaron a la empresa magna de conquistar Granada con los ojos cerrados para no ver las dificultades, con la convicción de llegar a donde se proponían cuando llegasen, recorriendo el camino necesario por difícil que fuese, creyendo, en su ilusión de católicos y de Reyes, que este camino ni sería tan largo ni tan sembrado de dificultades.

Los dos, marido y mujer, tomaron la empresa con entusiasmo reflexivo; los dos se consagraron por completo al logro de la victoria; pero es imposible desconocer que el peso de la guerra lo llevó él y que a él corresponde el mérito del triunfo. Diego de Valera, nada sospechoso de parcialidad hacia don Fernando, explica así el papel que cada

uno de los Reyes jugó en esta guerra: "Pero ¿qué diremos de los insoportables trabajos e tan grandes peligros como el virtuosísimo Rey nuestro en esta sancta e famosa guerra ha pasado e cada día sin cesar pasa, habiendo en tiempo tan breve ganado la mayor parte del reino de Granada como más largamente en su lugar se dirá? Pues si nuestro magnánimo Rey con alegre cara e todo trabajo e peligro se pone por acrescentar la fe católica, no menos la ilustrísima Reina nuestra, no solamente trabajando en la gobernación de los reinos e en todo lo nescesario e conveniente en la guerra, mas con plegarias e suplicaciones e ayunos e grandes limosnas, con que no menos guerras de creer segund su merecimiento a los moros fizia que el valentísimo Rey con la lanza en la mano."

Para emprender la campaña de 1482 la Reina, según Hernando del Pulgar, "mandó fazer repartimiento por todas las ciudades e villas... de cierto número de pan e vino e ganados e sal e puercos e mandó que lo trojesen la meytad en fin de junio e la otra meytad en julio al real que el Rey había de poner sobre la ciudad de Loja... e para que enviase cada un pueblo al real de sobre Loja cierto número de caballeros e peones. Otrosí mandó traer lombardas e otros muchos tiros de pólvora e fazer los otros aparejos que fueron menester para aquel sitio...; traídos los mantenimientos junta la gente de a pie e de a caballo que la Reina mandó llamar, el Rey partió de la ciudad... e llegó cerca de la cibdad de Loxa e asentó su real entre los olivares que estaban en unos valles e grandes cuesias cerca del río Guadalxenil".

Las cosas no pasaron tan simplistamente como reflere el admirador de doña Isabel: la determinación del objetivo de la campaña y por tanto la cita

de los combatientes y de los recursos no se hizo con la antelación que ahí se indica; en Córdoba mismo se celebró consejo para decidir lo que debía hacer aquel ejército y la mayor parte de los consultados opinaron que debía irse contra Loja por haberse divulgado que contra ésta sería la entrada; opinaban otros, entre ellos el Marqués de Cádiz, que sería más conveniente pensar en la toma de Málaga, porque con ello el Rey sería dueño del mar y con menos trabajo y coste podría ser abastecida y defendida si se ganaba; aun se añadía que si Málaga caía en poder de cristianos quedaban cortadas las comunicaciones del Este de Granada con las tierras de Occidente. Pero don Fernando había formado un plan de ir sobre Loja y como de este mismo parecer habían sido muchos nobles y los maestros de las Ordenes, lo mantuvo a pesar del consejo de Cádiz.

La operación fué un desastre; se asentó el campamento en terreno áspero donde la caballería no podía maniobrar ni los infantes impedir la entrada y salida de la plaza; la única esperanza de triunfo, según Palencia, estaba en ganar los cristianos una altura que dominara la ciudad, y aunque la tomaron "los almogávares, aragoneses y navarros" no sin pérdidas, los moros atacaron por allí furiosamente y en el combate murió el Maestre de Calatrava "e de la muerte del Maestre tan grand desmayo tomó la gente que fué cosa maravillosa".

"Aquella noche, que fué sábado 13 de julio, conoció el Rey que fuera bueno tomar el consejo del Marqués de Cádiz y decidió levantar el sitio al amanecer del domingo y dirigir él mismo la operación; pero el pánico había entrado en la hueste "en larga y desordenada fila, sin que las órdenes del Rey logran contraerla, y sin cui-

darse para nada de la impedimenta emprendió precipitada fuga abandonando hasta las tiendas..., creyendo el Rey que viéndole arrostrar el peligro la vergüenza les haría detenerse, se detuvo él como ofreciéndose por blanco a la nube de saetas y tiros de espingarda. Pocos, sin embargo, le acompañaron en tan peligroso trance, y de éstos unos cuantos, con su adalid Bernardo Francés, cortaron el paso a los jinetes moros y fueron persiguiéndoles hasta la orilla del río..., tal confusión reinaba aquel día entre los nuestros, dice Palencia, que si por acaso un pelotón de trescientos jinetes moros hubiese seguido picando la retaguardia, nos hubiera causado grave y vergonzosa derrota o si Albuñacer hubiera acudido oportunamente”.

Diego de Valera concuerda con el anterior: “el Rey deliberó esa noche de luego el domingo de mañana mandar alzar su real de allí..., él salió a lo alto del almoacen a mandar ordenar las batallas; e luego la gente sin su mandado ni acuerdo derribaron las tiendas e curó de andar cada uno cuanto más pudo sin mirar por las banderas de los señores, de manera que ni los señores fallaban su gente, ni la gente a ellos..., e como el Marqués de Cádiz esto vido, vino a muy grand priesa dando grandes voces maltrayendo a los que fuían viendo a su Rey en campo a tanto peligro..., e allí el Rey mostró tan grand esfuerzo que fué cosa maravillosa... e cosa de mucho maravillar la flaqueza que la gente castellana en esta jornada mostró y es de creer que plugo a N. S. que así fuese, porque el alto corazón y esfuerzo del Rey fuese enteramente por todos reconocido”.

Con menos entusiasmo, pero afirmándolo, reconocen otros cronistas el valor y la serenidad del Rey en esta ocasión.

Estas eran las tropas con las que don Fernando pensaba conquistar Granada, instrumento ineficaz, según demostró y cuyas cualidades no se manifestaban ahora sino que eran las tradicionales: Guzmán el Bueno halló la muerte en una dispersión de los suyos a consecuencia de un pánico; pero lo ahora sucedido fué para don Fernando experiencia que le sirvió para futuras campañas: "e fué escuela al Rey este cerco primero de Loja, en que tomó lición y deprendió ciencia con que después hizo la guerra e con la ayuda de Dios ganó la tierra", dice sentenciosamente y afirmando un hecho el Cura de los Palacios.

Don Fernando se cuidó desde entonces de introducir la disciplina en su gente a fin de hacerla eficaz como instrumento de combate: "cuidaba la seguridad de los reales; no permitía a hombres de armas ni a peones romper el orden de las batallas (formación), ni a los destinados a la tala de los campos que saliesen sin fuerte escolta; a todo proveyó con maduro consejo para evitar un descalabro como el ocurrido el año anterior en Loja". A ejemplo del Rey, los Grandes y el ejército entero observaban la más estricta disciplina, yendo a la aguada con la debida cautela, evitando con las patrullas las sorpresas del enemigo, en fin en todo, "cual cumplía a un ejército perfectamente disciplinado". Así se expresa Alonso de Palencia.

En 1484 hallábanse los Reyes en Aragón y discutíase entre ellos si convenía más que el Rey fuese al Rosellón a recuperarlo de los franceses o si era preferible emprender nueva campaña contra Granada; triunfó este último parecer, y para dar las órdenes de reclutamiento y abastecimiento vino doña Isabel a Córdoba el 15 de mayo y a fin del mes el Rey "con gran alegría de la Reina y no menos alegría de los moradores recelosos del buen éxito

de la guerra de Granada con otro caudillo que no fuese don Fernando por reunir en su persona a una dignidad suprema todas las dotes de un gran general... Don Fernando era universalmente querido y, pasado aquel vértigo, causa del desastre de los nuestros junto a Loja, dirigía los asuntos de la guerra con gran pericia y con la conveniente prudencia, disponía todo a su voluntad con el mayor acierto, y finalmente, creciendo el valor con los años, ventajosamente fortificado con la experiencia, nadie dudaba que había de igualar al padre y al abuelo en la destreza en la guerra y superarlos en gloria militar" (Palencia).

Don Fernando prohibió terminantemente los combates singulares lo mismo de uno a uno como de patrullas o escuadrones; era costumbre en campamentos o en marchas que un tropel de moros desafiara a los cristianos y que otro tropel de éstos saliera a pelearse con ellos; ningún resultado práctico se obtenía con estas victorias, que muchas veces degeneraban en desastres; prohibió igualmente que iniciativas de caudillos dieran ocasión a incursiones en tierra enemiga y mandó bajo penas severísimas que todos estuviesen en el puesto que se les había designado y cumpliendo la misión que se les hubiese encomendado.

De este modo, aquellos hombres que a la primera campaña y en el sitio de Loja maravillaron por su flaqueza al cronista Valera, fueron más tarde los soldados del Gran Capitán y Pedro Navarro y del Duque de Alba y el Marqués de Pescara.

Si en el Ejército introdujo don Fernando estas reformas que hicieron de un montón de hombres, tan prontos al entusiasmo como al pánico, un organismo poderoso, en la táctica y en la estrategia fué un genio no menos reformador.

La indisciplina de los aluviones no consentía ni orden ni formación ni combinaciones tácticas para ganar una batalla; cada cual tenía iniciativas y se erigía en jefe y avanzaba y retrocedía según sus ideas en aquel momento; los jefes supremos no estaban seguros nunca de sus tropas y no solamente quitaba fuerza a la milicia esta indisciplina, sino las rivalidades entre los procedentes de las diversas regiones: en el sitio de Illora, dice Palencia, "turbó la alegría del triunfo un tumulto promovido por la soberbia indisciplina de los asturianos contra los de Sevilla". "Pero no escapó, continúa diciendo el cronista, sin terrible castigo ninguno de los sediciosos, para que no olvidaran los demás la obligación de mantenerse pacíficos en los campamentos y guardar la legítima bravura para pelear con el enemigo." Y por esa disciplina introducida ahora, pudo escribir Anglería en el sitio de Baza, "parece increíble que entre tantas gentes de tan varias regiones, de lenguas diferentes, de costumbres diversas, entre más de ochenta mil peones y quince mil jinetes haya tan absoluta concordia; tanto se respeta al Rey que hasta este presente día no se ha originado entre ellos el menor tumulto".

Don Fernando mató esas rivalidades, estableció jefes ciertos, ordenó las tropas y, obligando a todos a cumplir sus instrucciones, pudo desarrollar sus talentos estratégicos.

Al comenzar su reinado era ya la Reconquista mero recuerdo de un ideal; todos los reyes al subir al trono declaraban solemnemente su propósito de renovar la guerra contra los moros y continuarla hasta su total expulsión; para esto pedían a los pueblos subsidios y servicios y para justificar su empleo invadían el reino de Granada en alguna

incursión o algara o sitiaban alguna villa; pero inmediatamente volvíanse a su reino, a preparar, según decían, nuevas campañas, y la Reconquista caía otra vez en el olvido.

Los moros existían sólo para los andaluces; con éstos vivían en guerra perpetua más semejante al bandidaje que a la lucha de dos ejércitos.

Esta forma de pelear imponía el estado político de los dos reinos; los granadinos eran impotentes para reconquistar nada de lo perdido y los castellanos puros, los del Norte de Sierra Morena, miraban Andalucía como algo aparte de ellos, como una isla aneja a su continente, con problemas propios, que a ellos no les interesaban; los moros granadinos se habían acostumbrado ya a mirar sus relaciones con Andalucía como propias suyas también, independientemente de las del Rey castellano.

Las fronteras daban ocasión a los rebatos y algaras mutuas. La Edad Media había declarado la guerra estado normal entre moros y cristianos mientras no se pactaran treguas entre unos y otros, y aun después de pactadas consentía, como entre cristianos, las represalias, es decir, resarcirse en los súbditos del Poder causante de daños, de cuantos los del otro hubieran padecido. Entre pueblos limítrofes, enemigos por tradición de siempre, separados por fronteras fuertemente guarnecidas y habitadas por guerreros de profesión, los encuentros eran frequentísimos y las alarmas y las batallas incesantes.

Favorecía esta situación lo indeterminado de las fronteras; cada villa situada en ella tenía un término propio, tradicional, antiquísimo, conservado de memoria, pero por su indeterminación puesto siempre en litigio; esto provocaba incidentes de robos de ganados, de cautiverios de pastores o muer-

te de labradores, y las correspondientes incursiones de los damnificados en el término de la villa causante del daño, u otra si la ganancia había de ser mayor o más fácil, y de aquí el estado perpetuo de guerra.

La frecuencia de estos incidentes hacía que los andaluces fueran casi indiferentes a las cuestiones políticas de Castilla y que por esto mismo los castellanos prescindieran de ellos en esas cuestiones y que a las algaradas de los moros no les dieran importancia, considerándolas luchas privadas, no manifestaciones de la lucha secular por la recuperación del territorio.

Hay que decir que en esta manera de ver los castellanos la situación de Andalucía entraban en parte no pequeña la confianza y el miedo; Granada estaba muy lejos de Toledo, de Valladolid, Segovia y Burgos; ninguna de estas ciudades corría peligro; pero a la vez influía el miedo; los moros, gente aguerrida, eran muchos, peleaban a la desesperada como hombres a quienes les iba en la guerra su religión, su vida o su libertad, su hacienda, la de sus mujeres e hijos; dominarlos y vencerlos era empresa arriesgadísima y muy costosa; la fama los presentaba poco menos que invencibles. Castilla, aunque sentía la Reconquista, temía los sacrificios que para realizarla le sería forzoso hacer.

Por sentirla y tenerla como ideal los Reyes la anunciaban al subir al trono y la emprendían, aunque luego o acobardados ante las dificultades o atraídos por disturbios interiores desistieran de continuarla.

Don Fernando y doña Isabel, una vez asegurados en el trono y pacificados en cierto modo sus reinos, concibieron el propósito de conquistar el resto de España ocupado aún por musulmanes; en la mente

del Rey bullía la idea desde que se iniciaron las negociaciones de su matrimonio con la heredera castellana; su padre y él ofrecieron llevarla a cabo si llegaba a reinar, y en todos los pactos posteriores siguió afirmándolo; las dificultades interiores, todas muy arduas, lo entretuvieron los primeros años de su reinado, pero al cesar o atenuarse esas dificultades renació su propósito y resolvió cumplirlo. En cuanto al plan de campaña don Fernando rompió abiertamente con la tradición; ésta, que seguían prácticamente moros y cristianos, inducía a entrar un ejército en el país enemigo hasta donde alcanzaban los víveres que cada cual llevaba, talar, destruir, robar, hacer cautivos, asaltar alguna villa y conservarla, o darle fuego y volverse; las gentes del país invadido si no habían sabido la incursión encerrábanse dentro de sus murallas y contemplaban desde ellas el ejército invasor; pero al volver, cuando ya el botín ganado les hacía ir apresurados para gozar en sus pueblos de las riquezas robadas, caían sobre ellos y recuperaban lo robado y castigaban cruelmente a los robadores; ejemplos de estas entradas fueron en este tiempo el desastre de la Axarquía y la batalla de Lucena, en que cayó prisionero Boabdil. Las campañas organizadas por los Reyes se dirigían a empobrecer a los enemigos destruyendo sus cosechas, quemando sus casas, cautivando sus gentes; creíase que por este medio el hambre y la miseria obligarían a los granadinos a rendirse; la guerra de conquista metódica, reflexiva, sitiando plazas, estaba interrumpida desde Alfonso XI, y a ella había sustituido esa otra.

Don Fernando, quien en su primera campaña y aun en la segunda hizo lo que tradicionalmente veníase haciendo, se convenció de que no llegaría por ese camino al fin deseado; y se afirmó en su

convencimiento después del fracaso sobre Loja. Entrar en tierra de Granada con un ejército muy numeroso pero indisciplinado y formado por aluvión de tropas incoherentes, sin ninguna instrucción militar, sin costumbre de pelear; arruinar una comarca, ganar alguna villa y saquearla y cautivar a sus moradores, no conducía a los propósitos suyos; las otras comarcas subvenían a las necesidades de la arruinada; los mismos perjudicados podían compensarse irrumpiendo durante el invierno en país cristiano y así los sacrificios de hombres y dinero hechos para cada campaña resultaban ineficaces.

Comprendió también que la estrategia que adoptó contra el Rey de Portugal era inaplicable ahora; Granada no tenía ejército, aunque todos sus moradores eran soldados; no se podían reñir grandes batallas que decidieran la guerra; era preciso ocupar el territorio permanentemente y no por invasiones fugaces; decidió, por tanto, prescindir de las talas y emplear sus fuerzas en la conquista efectiva de comarcas; arrancar uno a uno los granos de la granada para ir estrechando el cerco de la capital y disminuir sus medios de defensa.

El primer triunfo de esta nueva táctica fué la conquista de Ronda, lograda no solamente porque el ejército ya no era conglomerado de gentes venidas de todas partes y sin cohesión, sino en virtud de un movimiento estratégico audaz bien calculado y realizado como se había previsto. Salió a campaña haciendo ver que se dirigía a Málaga, pero mandó que una pequeña tropa, aunque escogida, pusiera sitio a Ronda, su verdadero objetivo; los moros viendo el grueso del ejército marchar hacia Málaga creyeron que el amago de sitio era para obligarles a retener allí fuerzas y dejaron desguarnecida la

plaza; presentóse el Rey ante los muros de Málaga, reconoció sus defensas y como si desistiera de combatirla marchó a Loja; era de creer que aquí plantara sus reales para vengar el desastre de la campaña anterior; y cuando los moros estaban más convencidos de que Ronda no corría peligro, cayó sobre ella, que sin defensores ni mantenimientos, totalmente desprevenida, se rindió el 22 de mayo de 1485. Con Ronda capitularon todas las villas de su distrito, incluso Marbella, ciudad marítima que podía ser base de aprovisionamiento por mar del ejército que más tarde sitiase Málaga.

Con ello ganó don Fernando una extensa comarca de gran valor estratégico, porque ponía en su mano los pasos de la Sierra Bermeja, cuya importancia se trasladaba al país cristiano con sus ventajas, quedando los perjuicios para el país musulmán.

La campaña fué durísima; los soldados volvieron a su país extenuados de fatiga, hambre y sed, pero el triunfo obtenido, por ser el primero de resonancia y por la fama de la villa, fué muy celebrado en el país andaluz; se obtuvo por la disciplina que ya don Fernando había impuesto a todos y que por lo desacostumbrada llamó la atención de los cronistas: "puédese bien creer, dice Hernando del Pulgar, por todos aquellos que esta crónica leyeren, que los grandes señores e caballeros e los capitanes que sirvieron al Rey e a la Reina en esta jornada, ovieron singular afición al servicio de Dios e suyo (de los Reyes); lo cual pareció con la gran obediencia que ovieron a los mandamientos que les eran fechos, porque de esta obediencia habida por cada uno en especial procedió gran concordia de todos en general e de la concordia se siguió buen conocimiento e recto consejo

para administrar las cosas que ocurrían. E disponiendo sus personas al trabajo e dando exemplo a las otras gentes que se dispusiesen a lo mismo, se siguió el loable fin que habemos contado”.

En Córdoba, adonde fué a reunirse con su mujer, se le hizo un recibimiento triunfal; “entró, dice el propio cronista, en esta ciudad con todos los caballeros e capitanes que con él habían estado en la guerra e saliéronle a recibir con grande solemnidad todas las dinidades e canónigos e clerecía de la iglesia mayor e de las otras eglesias de la ciudad. Asimismo salieron fuera de la ciudad a le recibir el Príncipe don Juan su fijo y el Cardenal de España e los embajadores de Venecia e Nápoles e de Portugal que se habían quedado con la Reina... e los Prelados e Doctores que estaban en su corte e en su consejo. Otrosí salieron la Justicia e Regidores e caballeros ancianos que habían quedado en la gobernación de la cibdad; e los oficiales de todos los oficios fueron al camino e por toda la cibdad fizieron grandes juegos e alegrías por la victoria que Dios le había dado. El Rey, acompañado de todas estas gentes entró en la cibdad e llevaba delante todos los cristianos que redimió del cautiverio. E fué primero a la Iglesia Mayor a fazer oración e dar gracias a Dios por las victorias que le había dado. E después fué para su Palacio en donde falló a la Reina, que le salió a recibir fasta la puerta del palacio acompañada de muchas dueñas e doncellas... e asimismo las infantas doña Isabel e doña Juana e doña María sus fijas e con ellas las dueñas sus ayas e otras muchas dueñas e doncellas arreadas de paños brocados e de sedas e de otros grandes arreos. E de esta manera fué recebido con grande alegría de todos e fueron fechas por la Reina grandes fiestas en palacio”.

Es curiosa la noticia contenida en ese pasaje respecto de la etiqueta real en este tiempo y del rigor con que doña Isabel la guardaba; prohibía aquélla que los Reyes salieran a recibir a nadie y mandaba que ellos recibiesen a todos en su palacio; doña Isabel, fiel guardadora de sus prerrogativas de Reina, no salió a recibir a su marido ni al camino ni a las puertas de la ciudad ni lo acompañó a la Iglesia a dar gracias a Dios por el triunfo logrado; sino que se quedó en Palacio y tal vez hizo un sacrificio saliendo hasta la puerta; para ella don Fernando era un general victorioso, al cual festejó con fiestas; no era el Rey, su señor, ante quien las etiquetas cesaban o debían cesar.

En la campaña de 1486 conquistó Loja y otras villas y con esta conquista quedaron en su poder las sierras de Priego, Lucena y Parapondo; y como antes el reino granadino había sido estrechado de Oeste a Este, lo fué ahora de Norte a Sur.

Al año siguiente puso sitio a Velez Málaga y Málaga, operaciones decisivas en las cuales hubo de demostrar el Rey su valor personal, sus dotes de mando y su serenidad en los momentos solemnes; en el sitio de la primera estuvo a punto de ocurrir un desastre análogo al de Loja en la primera embestida y que no ocurrió casi de milagro: Pedro Mártir de Anglería, que lo presenció, lo describe así: "El Zagal había salido de Málaga y apareció al ejército sitiador por un collado que dominaba el campamento; al oír los nuestros el clamor y los alaridos de los enemigos comenzaron a perturbarse, moviéronse de un lado a otro en confusión, rompieron las consignas, salieron huídos de sus estancias, no pensaron sino en salvarse huyendo. El Rey montó a caballo y se mezcló entre ellos disimulando su preocupación y mostrando alegría, exhortando a jefes

y soldados a tener buen ánimo, a que hagan frente al enemigo, que no se espanten ni hagan caso de aquellos gritos, que eran los mismos a quienes otras veces habían vencido ya y que eran más débiles que los vencidos anteriormente, pero no le obedecían ni le hacían caso." El desastre, dada esta disposición de las gentes de don Fernando, era seguro; pero los moros, al estar cerca del campo, retrocedieron sin combatir y el ejército se salvó.

Fué éste un caso más de los muchos en que la Providencia mostró su protección a los Reyes Católicos. La razón de esa retirada de los moros fué la sublevación de Granada contra el Zagal y la proclamación de su hermano Abulhacen, cuya noticia le llegó precisamente en aquel momento. El Zagal quiso conservar su ejército intacto para recuperar el trono y ordenó la retirada.

En el sitio de Málaga ocurrió otro hecho casi milagroso: un moro fanático se dejó prender, y una vez preso dijo que había de hacer importantes revelaciones a los Reyes: lleváronle a la tienda de éstos, pero como el Rey dormía y doña Isabel no quiso despertarle, fué conducido a la de doña Beatriz de Bobadilla que en aquel momento estaba hablando con un caballero portugués; creyó el moro que aquéllos eran los Reyes y sacando una espada corta que llevaba oculta tiró un tajo primero a doña Beatriz, la cual lo esquivó agachándose; inmediatamente fué sujeto y muerto.

Al otro año la campaña fué de preparación para el sitio de Baza; don Fernando entró por Vera y dominó algunas plazas de aquella tierra.

La campaña decisiva en todos los aspectos, así en el militar como en el político interior, fué la de Baza. Al reino granadino quedábale únicamente ya como territorio propio el nudo de Sierra Nevada y

sus estribaciones hacia el Este. La capital no contaba más que con los auxilios de aquella ciudad, Guadix y Almería, pero a causa de su situación, de la feracidad de su suelo, número de sus habitantes, condiciones de valor y sobriedad de los mismos, Baza era más fuerte que Granada y tenía por inexpugnable por fuerza de armas y difícilísima de tomar por hambre, pues ni aún prolongando dos años el sitio habían de pasarlo sus defensores.

No obstante tan ciertas y tan enormes dificultades, los Reyes decidieron ponerle sitio con la decisión en ellos acostumbrada y comenzaron los preparativos en el invierno, levantando varios ejércitos, unos de peones trabajadores, otros de combatientes de a pie y de a caballo. A los peritos en el arte de la guerra la operación proyectada les infundió terror, no por los peligros, sino por la duración del sitio y el fracaso posible y aun probable. También los pueblos y sobre todo los de Andalucía sobre los cuales pesaba la guerra casi enteramente, se quejaron y expusieron a los Reyes su aflicción, pero éstos se mostraron inflexibles y convencieron a los quejosos de la necesidad de no interrumpir la campaña y a la vez les hicieron ver que ellos gastaban también sus rentas todas en la guerra y en ésta exponía el Rey su propia persona.

A favorecer esta decisión inquebrantable de poner sitio a Baza como triunfo necesario para el completo de la toma de Granada, contribuyeron dos hechos: la irrupción de unos corsarios berberiscos en las costas de Cádiz y Tarifa, y la llegada de unos embajadores del sultán de los turcos a protestar de la guerra que se hacía a los granadinos por ser mahometanos; amenazaban socorrer a los perseguidos y además perseguir a los cris-

tianos que habitaban en sus dominios, destruir el Santo Sepulcro y dar muerte a sus guardianes. Los Reyes contestaron a esta embajada presentando la Reconquista, no como guerra de religión, sino de recuperación de su patria usurpada por unos conquistadores; afirmando ser aquella guerra, sobre esto, guerra de defensa por la mala fe de los granadinos que no respetando pactos causaban cuantos daños podían a los cristianos limítrofes; en cuanto a las amenazas de destruir el Santo Sepulcro, dijeron que la Santidad del lugar no podrían quitársela, que perderían, persiguiendo a los cristianos, los tributos que les pagaban los peregrinos, y en cuanto a dar muerte a los adoradores de Jesucristo que residían en su imperio, dijéronle que haciéndolo mandarían ellos en represalias hacer otro tanto con los adoradores de Mahoma que residían en sus reinos.

Ambos hechos les excitaron a llevar a cabo cuanto antes el exterminio del reino de Granada como reino independiente para privar de auxiliares dentro de la península a los piratas africanos y evitar posibles intromisiones de los orientales en asuntos de la península con excusa de religión.

Comenzó el sitio en mayo. Antes de llegar a Baza, tomó el castillo de Zújar. La ciudad estaba rodeada de murallas y éstas guarnecidas de torres; un llano de las proximidades perfectamente cultivado, estaba dividido en huertos rodeados de tapias y solía tener cada una su torre; lo cruzaban muchas acequias y brazales, y eso lo hacía impracticable para la caballería y aun para los peones. En este llano estableció don Fernando su campamento, fortificándolo con fosos y estacadas.

La primera escaramuza ocurrida al día siguiente de sentar el campo fué fatal para los cristianos.

Los moros les prepararon una celada y cayeron en ella. Esto dió ocasión a don Fernando para reiterar sus órdenes de no aceptar combate sin su mandato, y para evitar contravenciones dispuso que las tiendas fijadas próximas a las murallas se retirasen a mayor distancia. Ordenó además la tala de los huertos y arboledas, enviando con los taladores fuertes contingentes de a pie y de a caballo en formación de batalla; y estando en esta operación salió contra ellos una tan gran tropa de sitiados, que el Rey mismo hubo de combatir y tres veces fueron vencidos los moros y tres veces se rehicieron y atacaron, haciendo retroceder a los cristianos; al fin se retiraron a sus murallas y por el llanto y los ayes de las mujeres tuvieron conocimiento los de fuera del daño sufrido por los de dentro; consecuencia de este nuevo combate fué la retirada del campo a un lugar más seguro y un aumento de sus defensas.

El sitio se prolongaba demasiado y los sitiados no daban ni señales de desfallecimiento. Don Fernando celebró consejo de guerra y el Marqués de Cádiz fué de opinión resueltamente de levantar el sitio y llevar la tropa a otro lugar menos peligroso o más fácil de combatir. El Marqués se fundaba en hechos patentes: las defensas de la ciudad, el número y valor de sus defensores, la abundancia de víveres, los socorros que podían recibir de Guadix y añadía las dificultades de aprovisionar tantos combatientes y de acopiar los víveres necesarios en la escasez causada por la esterilidad de aquellos años.

El Maestre de Santiago y Comendador Mayor de León, que conocía el modo de pensar del Rey, opinó por permanecer allí hasta la rendición de la ciudad, porque la retirada sería desastrosa; los

de Baza les perseguirían, los considerarían vencidos y si marchaban hacia Guadix serían envueltos y aniquilados. También esto era cierto, pero la estación venía a favorecer a los sitiados: había llegado el otoño y con él las lluvias, nieves, fríos, la crecida de los ríos y torrentes, la imposibilidad de vadearlos y, por consiguiente, la interrupción de las comunicaciones y a todo esto era preciso atender y dar remedio.

A todo se subvino: sobre los ríos se echaron puentes, los pasos peligrosos de los caminos fueron guarnecidos y las tiendas fueron substituidas por abrigos de piedra o por refugios subterráneos; en el circuito de los campamentos se levantaron torres de madera y tierra para entretener a los combatientes; al propio tiempo, para demostrar a todos los del reino que no estaban agotadas las fuerzas cristianas, enviáronse fuertes guerrillas a Guadix y a tierra de Almería, ciudades que obedecían al mismo jefe que Baza. La Reina se presentó en el campo acompañada de una lucidísima Corte y estos preparativos, signo de que no pensaban los Reyes levantar el cerco sino mantenerlo, descorazonaron a los de Baza, y más por descorazonados que por vencidos se rindieron en los primeros días de diciembre, capitulando que entregarían también Guadix y Almería. La victoria fué tan renombrada y el regocijo que causó tan grande, que Alonso de Palencia se cree en el deber al llegar a este punto de declarar su pensamiento y, desechando adulaciones, decir: "que el felicísimo éxito del sitio de Baza, en manera alguna debe atribuirse al extraordinario poder del Rey o aprietos de los enemigos imposibilitados de sufrirlos mayores, sino a que cuando ya iba a verse libre de toda desgracia la intervención del Alto infundió en sus ánimos tan

repentino y profundo terror, que quedaron en absoluto privados de todo recurso para continuar la guerra". Afirma que ya ni los Reyes podían pagar al ejército, ni los pueblos dar más de lo que habían dado.

Consagrada la Mezquita a la Encarnación, marcharon don Fernando y doña Isabel a tomar posesión de Almería; llevó la vanguardia el Conde de Tendilla, el centro el Rey, y en la retaguardia iba la Reina. El paso de la Sierra de Filabres fué sumamente penoso por el frío que hacía más vivo y sensible un viento muy fuerte; desde Purchena pasaron a Tabernas, adonde el Zagal envió al Rey un caballo y le anunció su venida. El Rey envió ciertos caballeros a su encuentro para que lo saludaran en su nombre y no consintió que le besara la mano y le hizo cabalgar de nuevo y ponerse a su lado.

El sitio de Granada fué calculado con la precisión con que había sido calculada toda la guerra y más certeramente por la experiencia adquirida en otras operaciones similares.

Como preparación del sitio, en la primavera de 1490 taló la vega, no dejando en ella ni campo sin devastar, ni árbol en pie, ni casa firme; repitió el estrago en el otoño; al propio tiempo hizo publicar la prohibición terminante de sacar alimentos, caballos y municiones por las fronteras; se prohibió igualmente que transitaran por éstas los alfaqueques o encargados de la redención de cautivos, y, reducida así la ciudad a sus propios recursos en la primavera de 1491, entró en campaña por los valles de las Alpujarras y Sierra Nevada, sorprendiendo a los moros, quienes no esperaban el ataque por ahí, y cogiendo abundante botín.

Aquellas talas y esta entrada eran precisas para debilitar el poder de la capital del reino, la cual, por la fortaleza del lugar, sus defensas, su población y sus recursos podía ofrecer resistencia mucho mayor que Málaga y Baza.

Pedro Mártir de Anglería, testigo presencial, afirma, invocando el testimonio de genoveses, que era Granada en este tiempo la mayor de las ciudades del mundo por su cinturón de murallas fabricadas de piedra y guarnecidas de torres, imposible de expugnar por las armas y de sólo posible rendición por hambre; calcula en unos cien mil los moradores en ella capaces de tomar las armas, y no es número exagerado, pues a principios del siglo XIV calculábanse en doscientos mil sus habitantes y en el transcurso del tiempo más había ganado que perdido.

Don Fernando, siempre prudente, estableció su campamento a cinco millas de los muros para esquivar los saeteros y espingarderos de las murallas; con esto lograba también tener entre la ciudad y él un campo raso donde dar batalla, si los moros la provocaban, fortificó el campamento con fosos y trincheras, estableció una gran vigilancia de día y de noche, las talas o rebatos las dirigió él en persona llevando el ejército en orden y como si fuese a batalla: *nos, quae tentamus, assequimur*, dice ciceroniamente Anglería, *sed sine vulneribus, sine nece*; así conseguía sus propósitos sin derramar sangre, con lo que vencía a los enemigos y ganaba la confianza de los suyos; nunca se le puso el sol fuera del campo atrincherado. Ordenó bajo severísimas penas que nadie abandonara sus banderas, no venir a las manos con los enemigos, no perseguirles si huían, no salirse de su orden; pugnaba esta táctica con las costumbres caballerescas.

cas de la época, que consentían los combates individuales o de unos pocos contra otros tantos, pero era la propia y la eficaz: precisamente en la misma carta en que Anglería da cuenta de la llegada de la Reina, refiere que ante la estancia del Comendador Ribera se presentó una cuadrilla de moros insultándolos y de los insultos pasó a los hechos; Ribera salió contra ellos, los puso en fuga y los persiguió hasta unas alturas muy pobladas de árboles, donde había otros moros emboscados; hubieran muerto todos si otros cristianos, dejando las mesas, pues era la hora del mediodía, no corrieran en su auxilio. La matanza que los granadinos pensaban hacer se hizo en ellos. Mas no terminó aquí la escaramuza; como los vencidos se dejaron sus muertos en el campo pensaron los vencedores que por la noche volverían a recogerlos y les prepararon una emboscada; pero previéndolo los moros se la prepararon a su vez; salieron, en efecto, de la ciudad hacia el lugar del combate y al verse descubiertos volvieron grupas dejándose perseguir hasta un lugar donde otros estaban en acecho, cruzado de acequias, y unos cayeron en ellas, otros fueron muertos, a muchos les mataron el caballo; fué uno de los primeros Gonzalo Fernández de Córdoba, el futuro Gran Capitán, el cual, dice Anglería, con cieño al cuello anduvo por una acequia sin hallar por donde salir, hasta que dió en un lugar donde un bufón de su hermano le ayudó y le entregó su caballo; Gonzalo montó en él y escapó en el instante en que los enemigos llegaban y con sus lanzas mataban al fiel servidor de don Alfonso de Aguilar.

Don Fernando mató esa guerra de guerrillas unas veces fatal a los moros y otras a los cristianos; sometió a disciplina en lo que pudo a los gue-

rrilleros, sujetándolos a sus órdenes y encomendándoles operaciones precisas en armonía con sus planes; él dió unidad a la guerra buscando en cada campaña un objetivo preciso y concreto, que preparaba durante el invierno de modo que al llegar la primavera no tenía sino realizar lo que llevaba en el entendimiento. Tuvo excelentes colaboradores: el Marqués de Cádiz, el Conde de Cabra, el alcaide de los Donceles, los Maestres de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, que murieron algunos en el campo de batalla, valientes, atrevidos, pero guerrilleros; muy conocedores del país y de sus habitantes, pero incapaces de obtener victorias no ya decisivas, sino ni perjudiciales para el reino de Granada en general, y que podían tomar Alhama en compensación de la pérdida de Zahara y vencer en Lucena y ser vencidos en la Axarquía, que en un momento de entusiasmo podían llegar hasta las puertas de la Alhambra y en otro de pánico podían perder lo ganado y ser acuchillados sin que la Reconquista diese un paso adelante.

La Historia no, pero los historiadores sí han sido ingratos con don Fernando al referir su actuación en esos diez años que corren desde 1482 a 1492; sus méritos como organizador, táctico y estratega han sido ignorados; peor aún, ocultos para que se ignoren.

Don Fernando, al emprender la primera campaña, no tenía ejército sino montones de hombres agrupados sin organización ni orden, fáciles a la fuga y propensos a desmandarse para ganar botín y desertar con él para gozarlo en sus casas; don Fernando le dió organización, le impuso la disciplina y de los montones de hombres hizo un ejército a fuerza de energía y de paciencia, arrojando peligros de su persona, manejando la lan-

za como un soldado más, padeciendo fatigas, crueldades del tiempo y las hambres y la sed de las escaseces.

Por eso triunfó; sin esas cualidades la Historia en vez de victorias registraría desastres; contuvo a todos dentro de la órbita que a cada cual correspondía; prohibió las iniciativas particulares; fortificó con fosos y trincheras y estacadas los campamentos, los hizo guardar por fuerzas suficientes, protegió a los encargados de la tala y a los convoyes y a todo acto de guerra salió dispuesto a dar batalla si los enemigos se la ofrecían.

Todos los cronistas alaban su serenidad, previsión y prudencia y se maravillan de sus actos de valor personal que los suyos condenaban por imprudentes; pero a estas cualidades hay que añadir la constancia; año tras año, sin interrupción, continuó la guerra durante diez, y en ese tiempo ganó para España lo que ningún rey había ganado en tan breve espacio de tiempo y en una época en la que nada había preparado tan gran obra; en este concepto es comparable a San Fernando y Jaime I, pero teniendo sobre éstos el mérito de haber luchado en terreno sumamente desventajoso para él, no llano como Sevilla y Valencia, sino montuoso, quebradísimo, erizado de fortalezas defendidas por hombres valientes y desesperados, a los cuales auxiliaban sus correligionarios de Africa, mientras que aquéllos combatieron a una población desmoralizada por la destrucción del imperio almohade y privada de auxilios africanos.

La guerra de Granada se refiere en las historias como fácil y fué en extremo difícil y peligrosísima. Los sitios de Vélez Málaga y Málaga y sobre todo el de Baza son operaciones militares que podrían acreditar de Gran Capitán a quien las realizó, y

en los cuales demostró una serenidad y una constancia, al propio tiempo que una visión del porvenir, que sin ellas la operación hubiera sido un desastre. En más de veinte mil muertos por heridas y enfermedades calcula Alonso de Palencia los que tuvo el ejército delante de Baza; y aquí se vió patente que no el valor de los hombres sino la capacidad del general es lo que da la victoria. Tantas eran las penalidades de las tropas, tanta la resistencia de los enemigos y la confianza de éstos en que el tiempo haría levantar el sitio, que en el campo sitiador hubo pareceres distintos y unos se inclinaban a sostenerse allí a pesar de acercarse el invierno, y otros a retirarse; de estos últimos era el Marqués de Cádiz; de los primeros, el Maestre de Santiago; don Fernando decidió permanecer y las tiendas se sustituyeron por albergues de piedra. Este hecho, precedente del de Santa Fe, descorazonó de tal modo a los defensores de la ciudad que decidieron entregarse; y más aún, convencidos de la firme voluntad del Rey de no cejar ante obstáculos y de saltarlos todos hasta conseguir su propósito, optaron por librarse de los males de una guerra infructuosa de la cual saldrían vencidos y juntamente con Baza entregaron Almería y Guadix.

Los triunfos los mereció don Fernando por su concepción de la guerra, por su visión de la realidad militar, por la organización que dió al ejército y a los servicios auxiliares de sanidad y abastecimiento y por su constancia en la ejecución de los planes concebidos.

Porque el hospital de campaña establecido en Baza y tan ponderado por Anglería, lo llevó don Fernando en todas las campañas según afirma Diego de Valera: "entre las cosas nunca vistas ni oídas que Príncipe tan grande en esta España hiciese" co-

loca como la primera "que mandó poner allí (en el sitio de Velez Málaga y Málaga) un hospital en que había dos grandes alfaneques e quince tiendas en que se pusieron doscientas camas de colchones con todo lo necesario donde los feridos y enfermos eran servidos e curados tan bien como si en sus casa estuvieran. E allí eran visitados de físicos e cirujanos del Rey e les eran dadas todas las melecinas e las otras cosas necesarias muy cumplidamente. El cual hospital mandó siempre traer desde el comienzo de esta guerra".

Más que de las cualidades que adornaron a don Fernando como militar, organizador, táctico y estratega, se habla de las que tuvo como político y diplomático aplicadas a la conquista de Granada; se habla de sus intrigas con los partidos de Granada para desavenirlos más, favoreciendo a unos o a otros; se habla sobre todo de su conducta con Boabdil y se ponderan las consecuencias de esta conducta; y es cierto que con ello favoreció la conquista; pero lo que demostró con ese proceder fué que era hombre de realidades, hombre que sabía ver en el acto el alcance de las cosas y de los hechos, que sabía poner los problemas repentinos en su verdadero punto, y guiado por su serena inteligencia y aguda penetración les daba en el acto también la solución más propia.

Así vió el caso de Boabdil: hecho prisionero por el Conde de Cabra y el Alcaide de los Donceles, don Fernando vió al punto que la retención del prisionero no le traería sino preocupaciones; conservarlo era perpetuar en él la condición de sacrificado a la independencia de Granada y a la religión de Mahoma, y darle libertad con ciertas condiciones, desprestigiarlo a los ojos de los recalitrantes y tal vez crearse un agradecido. No debía

confiar mucho de la fe del moro, pero cualquiera que fuese su proceder, él nada perdía y el otro había perdido mucho. Su habilidad en aprovecharse de las discordias de los granadinos, preséntase casi como causa de su triunfo y poco falta para que se le atribuya haber ocasionado aquéllas; como si el reino de Granada no hubiera estado sometido desde su origen a ese azote de la guerra civil.

En táctica como en organización, los grandes progresos realizados en esta guerra tuvieron su desarrollo después; y así como en la organización del ejército permanente encontró el Rey Católico un cooperador inteligente en Gonzalo de Ayora, en táctica fué Gonzalo Fernández de Córdoba quien llevó a su más alto grado los principios planteados por don Fernando en esta guerra.

No es posible callar el papel que doña Isabel desempeñó en esta guerra; ella se quedó en el reino, pero cerca de las fronteras disponiendo el cumplimiento del plan de aprovisionamiento de la hueste, buscando víveres donde los había y arbitrando recursos para pagarlos, enviando refuerzos y abasteciendo de cuanto era preciso el ejército. No acompañó a su marido en las dos primeras campañas, pero a partir de la de Loja estuvo en todas, menos en la de 1490, por enfermedad que le aquejó y le retuvo en Cazorla; presencié la rendición de todas las plazas sitiadas. Doña Isabel no entraba en campaña al propio tiempo que su marido ni asistía a los sitios desde el primer momento, sino que iba al cuartel real cuando ya los caminos ofrecían seguridad absoluta y la entrega de la plaza era irremediable y estar en el campamento no era peligroso.

Es curioso la distinta manera de escribir los distintos cronistas de su reinado su presencia en

Loja. Alonso de Palencia dice: "la alegre noticia de la rendición de Loja, antes intentada con desgracia, fué de gran consuelo, para la Reina, que intranquila por la suerte del amadísimo consorte, había pasado días y noches en oraciones y ayunos... y esto con tal devoción que para todos los fieles fué inconcuso que en el feliz resultado influyeron no poco las virtudes de la Reina, sus ardientes súplicas al Altísimo y su innata caridad para los que formaban en el ejército cristiano... Rindióse Moclin a don Fernando y la Reina fué a Loja a felicitarle por el triunfo que había obtenido".

Tan propio es esto de una mujer que tiene su marido en una guerra peligrosísima y de una Reina que mira su ejército comprometido en una empresa que ya emprendió y fué vencido, que debe aceptarse el dicho de Palencia como el más verídico.

Diego de Valera da otras noticias dignas también de crédito por acomodarse a los tiempos y a los caracteres de los Reyes: "E como la Reina doña Isabel que en Córdoba estaba, supiese la toma de la dicha ciudad e villa (Loja e Illora), con gran placer que dello ovo envió suplicar al Rey le diese licencia para los venir a ver e le ploguiese enviar al Marqués de Cádiz para que con ella viniese. Lo cual el Rey envió a decir al Marqués de Cádiz para que con ella viniese."

Confirma esta noticia de Valera el Cura de los Palacios que dice: "el viernes que los moros partieron de Illora para Granada, partieron del Real, el Marqués-Duque de Cádiz e el Adelantado de Andalucía con gran caballería a recibir la Reina doña Isabel a la Peña de los Enamorados, que venía a ver el Real y haber parte de la victoria y buena

ventura del Rey su marido". No desdicen del carácter de la Reina las causas de su ida a Loja, expuestas por este cronista.

Hernando del Pulgar, cuyo amor a la Beltraneja y al partido de Portugal no lo abandonó nunca y nunca dejó de demostrarlo rebajando cuanto pudo a don Fernando y ensalzando a doña Isabel por más rebajar al otro, dice: "que estando el Rey en el cerco de Illora envió a rogar muchas veces a la Reina que viniese do él estaba, porque era necesaria su presencia para el consejo de lo que se debía fazer en la guarda e proveimiento de la tierra. La Reina, movida por los ruegos del Rey e por comunicar con él algunas cosas arduas tocantes a la gobernación de sus reinos, vino a la ciudad de Loja".

Esto es lo inverosímil; lejos de ir la Reina a ruegos del Rey, es posible que fuera contra su voluntad; Diego de Valera escribe que el día que doña Isabel entró en Loja, don Fernando estaba en Illora y que al día siguiente yendo la Reina a esta villa, salió el Rey a recibirla como a una legua de camino y describe así la entrevista entre marido y mujer: "llegó el Rey con muchos grandes de Castilla a la recibir e antes que se abrazasen se hicieron cada uno tres reverencias en que la Reina se destocó y quedó con una cofia el rostro descubierto y llegó el Rey a abrazarla y besóla en el rostro y luego el Rey se fué a la infanta su hija y besóla en la boca y santiguóla".

En el sitio de Málaga se libró doña Isabel casi milagrosamente de aquel fanático musulmán que se dejó prender y se fingió traidor a los suyos para asesinar a los Reyes; y en el de Baza entró en el último mes del sitio, pues llegó el 7 de noviembre y la ciudad se rindió el 5 de diciembre. En el sitio

de Granada permaneció desde julio de 1491 y fué ella la que incendió la tienda y con ella el campamento entero.

El sitio más largo y terrible y el único en que hubo comienzos de flaqueza y desfallecimiento fué el de Baza; la tenacidad de don Fernando se vió secundada por la de la Reina, que ahora y no para el descubrimiento de América, empeñó en Valencia un rico collar de balajes y perlas valorado en veinte mil florines, equivalente a ochenta mil duros en oro de nuestra moneda actual; collar que sin duda fué el regalo de boda de don Fernando y que ya entonces estaba empeñado en la misma ciudad para necesidades de la guerra de Cataluña.

Don Fernando y el descubrimiento de América

Es el descubrimiento de América el hecho del reinado de los Reyes Católicos en el que más se ha manifestado el afán desmesurado de anular al marido de doña Isabel, presentándolo como enemigo del descubridor y de la empresa del descubrimiento, y no ya por razones de criterio personal — creer o no creer las promesas del genovés —, sino por motivos innobles; porque cuantos le censuran se expresan no como los incrédulos de lo que Colón afirmaba antes de zarpar, sino como hombres del siglo xx, sabedores de que Colón no mentía, que había otras tierras al otro lado del Atlántico y conocedores además de la trascendencia que para la humanidad ha tenido ese nuevo mundo. Como si don Fernando hubiera sabido todo esto y sabiéndolo se hubiera opuesto a que España lo realizara. La injusticia de este trato es manifiesta; el Rey podía creer o no creer en el genovés como uno de tantos que no creían y no merecer por ello que se le censurase. Es mayor la injusticia porque no fué así. Don Fernando apoyó las pretensiones del navegante genovés.

Importa poco a una historia del Rey don Fernando el Católico la cuestión de la patria de Cristóbal Colón. Pedro Mártir de Anglería que lo conoció y era italiano, lo llama *vir ligur*; para la

Historia, Colón es un hombre sin patria; él dijo solamente que era genovés, pero no nombró nunca el lugar de su nacimiento, ni nunca volvió a él ni a Génova; aparece en Portugal ofreciéndose a su Rey para ir a descubrir tierras o hallar un nuevo camino para las Indias; rechazada su propuesta viene a España y desde el primer momento se ofrece como descubridor con una fe y una seguridad que hace creer ser cierto aquello de que un piloto de Huelva, llamado Antonio Sánchez, arrastrado por vientos del Este arribó a una isla que se supone ser Santo Domingo y que a la vuelta, mal calculado el tiempo de la travesía, se le acabaron los víveres y llegó con sólo ocho hombres a la isla de Madera, hospedándose en casa del futuro descubridor, a quien refirió sus aventuras y dejó sus papeles; muertos los supervivientes del viaje de Sánchez, quedó Colón dueño del secreto y lo explotó en su provecho.

La noticia es verosímil y no es de nuestro tiempo; corría ya en el siglo XVIII y hay hechos que la hacen más que verosímil; que Colón saliera de Lisboa y viniera a España por Huelva, siendo su propósito ir a Sevilla, donde estaban los Reyes; que hablara con tanta seguridad; que marinos de Palos, compatriotas de Sánchez, se le asociaran; que tomara el rumbo más directo para las Antillas, su impaciencia por hallar tierra al estar en los mares de éstas, su confianza en hallarla en el plazo de ocho días, como efectivamente la halló, parecen demostrar que no iba tras lo desconocido y que sabía cuál era el fin de su viaje.

A corroborar esa noticia viene el epígrafe puesto por el Secretario Juan Coloma de su propia mano en el registro de cancillería de Aragón al transcribir las capitulaciones; allí se dice que lo

que sigue se lo dan los Reyes a Colón en satisfacción y enmienda de lo que ha descubierto, no de lo que descubra o descubrirá; y aunque esto se ha dicho que es error del copista o que se copió después del regreso de Colón, no hay razón ninguna que haga sospechar ese error ni esa copia posterior. Colón estaba, pues, tan seguro de hallar tierras en su viaje que las daba por halladas tres meses y medio antes de embarcarse en Palos.

Los años que corren desde 1485, fecha de su venida, hasta 1491 fueron para Colón de gran dureza por las repulsas que sufrió; por de pronto se le mostró hostil el confesor de doña Isabel, Fray Hernando de Talavera, y cuando sus protectores lograron que se formase una Junta que examinase sus proyectos, presidió aquél, y la Junta declaró absurdo lo que proponía.

A pesar de esta repulsa, Colón no se fué de España ni desistió de solicitar auxilio para su empresa; porque aunque se dice que pidió salvoconducto para ir otra vez a Portugal, no utilizó el que le dieron y se quedó en España, dicen que retenido por dos frailes de la Rábida, Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena y quizá esperanzado por la protección de personajes de más alta categoría; pero quiénes fueran estos personajes se ignora; hálbase de la Condesa de Moya y de Alonso de Quintanilla, pero en concreto con pruebas claras ni en indicios que sustituyan las pruebas nada se puede afirmar.

El pensamiento de los Reyes respecto del genovés lo dan como conocido los historiadores; para todos don Fernando era opuesto a la empresa y para todos doña Isabel favorable. En pro de estas afirmaciones no se alegan testimonios; es de esos hechos que son verdad porque todo el mundo los

cree, porque todo el mundo lo dice y cada uno lo dice por haberlo oído decir.

El modo que cada uno de los Católicos cónyuges tuvo de apreciar la empresa de Colón puede deducirse del que tuvieron sus familiares; dícese que protegieron a Colón la Condesa de Moya, doña Beatriz de Bobadilla y el contador Alonso de Quintanilla; le es enemigo Fray Hernando de Talavera, confesor de la Reina; son decisivos y ardorosos partidarios de Colón cuatro hombres: Fray Diego de Deza y don Juan Cabrero; el primero ayo del Príncipe don Juan; el segundo camarero de don Fernando, con quien jugó siendo niño y el que nunca apartó de su lado; Luis de Santángel, escribano de ración, mayordomo de palacio, y Gabriel Sánchez, tesorero general del Reino de Aragón y gran participante de la administración de los recursos de Castilla; interviene en este asunto también el secretario de más confianza del Rey, Juan de Coloma.

¿Es de creer que los cinco hombres que viven alrededor del Rey, que le sirven y gozan de su afecto, le fueran los cinco traidores y que al salir Colón de la Cámara de don Fernando con una negativa de don Fernando ellos le dijeran que no hiciera caso y que insistiera en su demanda? ¿Es creíble que esos hombres a quienes el Rey confiaba su propia persona, la educación de su hijo, sus secretos, el manejo de su casa y el de los tesoros del Estado, pensarán de distinto modo que él y que lo manifestaran?

Lejos de creer esto es de creer que los cinco protegían a Colón, porque el Rey lo protegía contrarrestando la influencia contraria al mismo.

Esto lo corroboran hechos ciertos; de nadie se sabe que procurase convencer a don Fernando de

la conveniencia de favorecer al genovés; al revés la Reina: cuando todo se cree perdido, uno de esos hombres acude a ella, le suplica, le insta y cuando ella dice sí, la obra del descubrimiento se decide.

De esto sácase el argumento de que se debió a ella, a ella sola; y es verdad, a ella sola en cuanto ella sola era el obstáculo a que se realizara, pues los demás venían en ello; si nadie trata de convencer a don Fernando debió de ser por estar convencido; si se procura convencer a la Reina es por no estarlo. Fray Bartolomé de las Casas lo consignó en su Historia: terminantemente afirma que la Reina juzgaba la empresa de Colón, como las Juntas, imposible; en el discurso que este historiador pone en boca de Santángel, dirigido a la Reina, habla a ella, no a ella y a él, y dos veces la exhorta a que no tenga este negocio por dificultoso e imposible. Nada dice del Rey.

¿Y no resultaría del todo incomprensible el acto de Santángel si fuese verdad que la Reina veía bien lo propuesto por Colón y su marido mal? ¿No le hubiera dicho enojada que había de convencer a don Fernando y no a ella?

Pudiera decirse que no era necesario el consentimiento de éste por ser el negocio exclusivo de Castilla y corresponder por tanto su decisión a la Reina exclusivamente; mas contra esto se levanta el hecho documental de estar registradas las capitulaciones de Colón con los Reyes, el título de almirante de aquél y la credencial que lo acreditaba como enviado suyo en las tierras donde arribase, en la cancillería de Aragón y refrendados los documentos por el secretario aragonés Juan de Coloma.

La conducta de cada cónyuge es fácilmente explicable; el tiempo era de fiebre descubridora;

que a pesar de la guerra con Granada dieran oídos a Colón los Reyes, los cortesanos y los nobles y que el pueblo se interesara por él demuestra que el asunto apasionaba; pero refiriéndose a los españoles en general y especialmente a los andaluces y a los que rodeaban a Colón, que eran los de la Corte, dice el padre Las Casas: "todos a una voz decían que era locura y vanidad y a cada paso burlaban y escarnecían dello". Doña Isabel resistíase a dar el consentimiento por miedo a caer en ridículo protegiendo la empresa de un loco. Este juicio de las gentes tenía su apoyo en la experiencia de los marinos; los portugueses habían navegado mucho por aquel mar tenebroso y no habían hallado tierras; una expedición enviada por ellos después de oír a Colón, había vuelto sin descubrir nada; otra expedición, también clandestina, enviada por un Duque castellano, volvió asimismo proclamando que aquel océano no tenía orilla.

Pero los hombres de ciencia de Italia y centro de Europa no pensaban como los marinos prácticos. La obra del Cardenal Pedro de Aylli, *Imago mundi*, las cartas y mapas de Toscanelli, el globo construido por Martín Behaim, ponían las costas occidentales de Asia muy próximas a Europa, estrechaban el Atlántico y suprimían el Pacífico; la discusión estaba entablada entre los teóricos y los prácticos, y puede afirmarse que los primeros eran los mediterráneos y los segundos los atlánticos. Luis de Santángel era hijo de un mercader en grande, que por sus relaciones mereció sin duda que Alfonso V lo nombrara administrador del impuesto que pagaban en Valencia genoveses, venecianos y florentinos; su padre fué comisionado por aquel mismo Rey para concertar un tratado con el Soldán de Egipto. Luis de Santángel tenía mo-

tivos, pues, para estar enterado de oídas, pero de oídas fidedignas, de los asuntos navales relacionados con los descubrimientos. Y Gabriel Sánchez también; aparte de su parentesco y amistad con Santángel, un hermano suyo era armador de una carabela que navegaba desde Valencia a Lisboa y Flandes, y dada la navegación de entonces, toda costera, es seguro que hacía escalas en Génova y que aun se alargaba a Nápoles, Venecia y otros puertos del Mediterráneo. Consta, en efecto, en el registro de cancillería del Archivo de la Corona de Aragón, número 3572 f. 36, un documento de reclamación del Rey Católico al de Inglaterra en fecha de 2 de diciembre de 1493, que una carabela del dicho Alfonso Sánchez, hermano de Gabriel, consignada a Roan fué robada por unos piratas ingleses en la isla que el documento llama de Jacenar y es instructivo conocer la carga que iba en ella: ochocientos quintales de pasas, cincuenta de higos secos, dos cubas de vino, cuarenta costales de arroz, y veinte de almendras; otra carabela de Luis Prieto, vecino de Lisboa, llevaba quinientos noventa y nueve barriles de atún en escabeche consignados desde esa ciudad a Civitavecchia y de aquí a Roma.

Las carabelas no eran, pues, barcos despreciables por su tonelaje dado el tiempo; pero además eran preferidas a las antiguas naves. Hablando Alonso de Palencia de la pujanza de los granadinos en el momento en que comenzaban la guerra de Granada, lamentase de que se les permitiese el libre comercio entre sus costas y las de Africa sin someter sus naves a las reglas del corso; y se lamenta "de otros desaciertos que se cometieron también y uno de los más funestos fué el cambio de la antigua armada de galeras de la dársena de

Sevilla por carabelas, a consecuencia de haber persuadido al Rey del escaso valor de las primeras para la guerra y de las ventajas de las últimas en cuanto a economía y velocidad". He aquí una declaración de la influencia mediterránea en la marina atlántica.

El interés de Gabriel Sánchez por el descubrimiento lo demuestra que la carta de Colón a él dirigida la hizo traducir al latín por un clérigo de apellido aragonés, y la envió inmediatamente a Italia a su hermano Pedro, quizá para que la diera a la stampa; la fecha que le puso Colón es de 14 de marzo y la de la traducción de 27 de abril; fué tan rápida la difusión, que en el resto de aquel año se hicieron nueve ediciones.

Que los genoveses habían navegado por el Atlántico más allá de las Azores y Canarias hacia Occidente pruébalo que sus portulanos del siglo xv señalan la existencia de una tierra a la que llaman Antilla, que no puede ser creación fantástica del cosmógrafo sino recuerdo de un descubrimiento efectivo, pero olvidado; ni Santángel ni Sánchez ni Colón ignoraban esto.

Justifícase, pues, la oposición de la Reina, reflejo de la oposición general de su pueblo; y el favor de don Fernando, consecuencia del sentir de los suyos.

Probaría que Colón recibió de los servidores de don Fernando favores que nunca olvidó, el ser dos de ellos los primeros a quienes comunicó la noticia de su triunfo apenas pudo hacerlo; desde las Azores a Luis de Santángel y desde Lisboa a Gabriel Sánchez, envió sendas cartas en las que anunciaba a la humanidad por mediación de estos hombres, valenciano el uno y zaragozano el otro, la existencia de un nuevo mundo; de este modo

asociaba sus nombres a su empresa y a su gloria. Cartas como éstas, llenas de triunfante alegría por las esperanzas satisfechas y los pensamientos convertidos en realidades, escribense únicamente a quienes han de sentir la misma triunfante alegría al ver sus esperanzas satisfechas y sus ilusiones realizadas. Grandes favores debió recibir Colón de esos dos hombres cuando tanto los honró y poco creyó agradecer a otros, pues no se acordó de ellos en tan solemne momento.

Cuando la Reina, requerida por Santángel, accedió a proteger a Colón, ofreció tomar dinero prestado sobre sus joyas, a lo cual respondió el valenciano que no era necesario el sacrificio, pues él adelantaría el dinero preciso; éste es el origen de la leyenda del empeño de las joyas por la Reina Católica; es cierto que hubo ofrecimiento, pero que no hubo necesidad de cumplirlo; un escritor ferozmente castellano y ferozmente antiaragonés, sienta esta afirmación: "lo de haber empeñado la Reina sus alhajas para los gastos de Colón es una leyenda desprovista por completo de verdad"; y el mismo dice: "verdad es que de esto había numerosos precedentes, pues era añeja costumbre de los monarcas de la Edad Media el acudir más de una vez a prestamistas judíos y cristianos y a empeñar sus alhajas y aun su corona". Esto es lo cierto: estos empeños eran actos vulgarísimos que no daba mérito a quien lo realizaba.

Hubo, pues, Américas para Castilla gracias a la protección dispensada a Colón por don Fernando y los aragoneses que estaban con él. Y don Fernando creía tener derecho a ellas a pesar de la cláusula del testamento de su mujer que afirma que "por cuanto las islas e tierra firme del mar Océano e islas de Canaria fueron descubiertas e con-

quistadas a costa destos mis reinos e con los naturales dellos e por esto es razón que el trato e provecho dellos se haga e trate e negocie destos mis reinos de Castilla y de León”, pues en su testamento dispone una vez “de la parte que nos cabe y pertenesce de las rentas de las Indias”, y al instituir heredera a su hija Juana, nombra después de citar todos sus reinos y señoríos “la parte a nos pertenesciente en las Indias del mar Océano”.

Culminación

El año 1492 es para los Reyes Católicos el último de una era de felicidad y el primero de otra llena de sinsabores y calamidades familiares, que ponen a prueba la resignación y grandeza de alma de cada uno. Tenían ese año cuarenta y uno ella y cuarenta él; y eran sus hijos cinco, uno varón y cuatro hembras: Juan, Isabel, Juana, María y Catalina; la mayor de éstas, la primera, había casado con el heredero del Rey de Portugal y en el mes de noviembre de 1491, estando los Reyes delante de Granada, murió este yerno de una caída de caballo. Fué esta desgracia la inicial y la menor de cuantas después les acaecieron. Los hijos fueron su tormento; todo les sonrió, no hubo empresa en que fracasaran, públicamente eran los Reyes más grandes de la tierra, pero, familiarmente, desgraciados padres, pues aparte la vida infeliz que los hijos llevaron en su respectivo matrimonio, los vieron crecer enclenques y raquíticos y a los dos mayores, morir antes que ellos; y si estas muertes como padres debían acongojarles al ocurrir y amargarles la existencia mientras de ésta gozaron en adelante, su amargura se agrandaba en cuanto Reyes por ver truncada la dinastía.

Los cinco hijos se criaron al lado de sus padres y bajo la vigilancia inmediata de doña Isabel, que pocas veces, y esto por muy breve tiempo, se

separaba de ellos, especialmente del hijo, en quien, como era natural, tenía puestos los ojos y cuya educación por su alto destino quiso dársela ella misma o por lo menos dirigirla, y la que le dió con la mejor voluntad y guiada por el afecto maternal más intenso no fué la más conveniente a la salud de un niño muy poco robusto. Pedro Mártir de Anglería, que lo vió y trató, dice de él que toda su vida fué de naturaleza enclenque, que debió alimentarse de comidas delicadas y fué criado como enfermo (Epístola CLXXVI), y sin embargo a este niño débil y enfermizo, a quien hubiera convenido una vida activa y de campo, procuró su madre darle una educación renacentista, hacerle un literato y un sabio, según entendían la sabiduría entonces: muchas humanidades, escribir elegantemente el latín, saber música, componer versos, leer historias, etc. El propio Anglería en carta de octubre de 1488, dirigida al Príncipe mismo, escribe: "¡Oh cuán gran Rey se espera que seas, tú, que casi nunca haces vida de niño!", y decíasele respondiendo a una carta de don Juan, escrita en latín, en la cual entre jocoso y serio se lamentaba de que no le escribiera a él como escribía a sus preceptores y preguntándole si era por tenerlo en menos. ¡A los diez años, cuando aun no debía casi haber aprendido a leer, habíanle enseñado latín y le hacían escribir cartas a lo ciceroniano!

La misma instrucción debieron recibir las hijas, pues de doña Juana, dice Vives que con tal aprovechamiento aprendió la latinidad, que respondía de repente en esta lengua a los que en ella le hablaban. Doña Isabel se dejó arrastrar de sus gustos y de la tradición de su casa y familia, pronta a seguir las importaciones extranjeras, pensando que con ello civilizaba a los españoles.

No era esta educación la más adecuada a un príncipe y mucho menos a un niño débil, y así que, casado con la flamenca Margarita, de quien todos alaban la hermosura y robustez, se entregó al matrimonio desenfrenadamente y comenzó a palidecer, a entristecerse y a estar febril, alarmando a los médicos y a su padre, los cuales se propusieron separarlos; pero se opuso la Reina, que no creía que el uso del matrimonio fuese pernicioso, alegando el ejemplo de su marido, a lo cual le respondían que éste fué toda su vida de robustez extraordinaria.

Murió don Juan el 4 de octubre de 1497, estando a la cabecera de su cama únicamente su padre, a quien, refiere Anglería, dirigió frases de consuelo impropias de su edad; “pero no es de extrañar, dice el italiano, había leído muchos volúmenes del divino Aristóteles y otros de diversas ciencias”.

La Infanta Isabel, la primogénita, no fué más robusta que su hermano; por su condición moral, dice Anglería, parecíase a su madre; mas en lo físico diferenciábanse totalmente: “pinguis namque genitrix”; gruesa era doña Isabel, pero la hija tan macilenta y débil que no pudo resistir las angustias del parto y murió en él; el niño que dió a luz nació *heber, tenuis et invalidus*; la debilidad de la madre lo echó al mundo *enervis*; esperaban los Reyes que un régimen de vida adecuado lo fortalecería y de su crianza se encargó su abuela; mas a los dos años, julio de 1500, murió en Granada, quedando así heredera de ambas coronas doña Juana, casada con el Archiduque don Felipe, los cuales vinieron a España a ser aceptados como tales herederos en 1502.

La catástrofe familiar consecuencia de la debilidad fisiológica de los hijos, se presentó ahora

espantosa; el yerno era un atolondrado, que no guardaba a su mujer las consideraciones, ni a sus suegros los respetos debidos; que miraba la tierra donde había de reinar con marcado desdén y todo su empeño era abandonarla, abandonando a la vez su esposa; contra la voluntad de los Reyes salió de España para irse a Flandes sin que súplicas ni ruegos le detuvieran, haciendo además el viaje por tierra de Francia y mostrándose amigo de este Rey, sabiendo, y precisamente por saberlo, que estaba en guerra con el padre de su mujer.

Los dos años siguientes fueron tristísimos para doña Isabel; la hija loca, con un género de locura que debía producirle mayor tristeza, pues consistía en querer ir a juntarse con un marido que no la consideraba como su condición de esposa y su rango de princesa exigían y hasta era capaz de maltratarla. No siendo posible retenerla junto a sí, la Reina la vió partir hacia Laredo, donde debía embarcarse para Flandes, el 1.º de marzo de 1504; el 26 de noviembre de aquel año moría ella en el castillo de la Mota de Medina del Campo. Su muerte inició en don Fernando una serie de disgustos y desengaños.

Su mujer había otorgado testamento el 12 de octubre y el 23 de noviembre un codicilo; en el primero instituía por heredera de todos sus bienes a su hija doña Juana "la cual luego que Dios me llevase se intitule Reina e mando que... cada e quando pluguiese a Dios de me llevar desta presente vida los que allí se hallaren presentes... hayan e resciban e tengan a la dicha Princesa doña Juana por Reina verdadera e señora natural propietaria de los dichos mis reinos e alzen pendones por ella".

En dos cláusulas habla concretamente de su marido: en una dice: "Otro sí por cuanto puede acaescer que al tiempo que N. S. de esta vida presente me llevase la dicha Princesa mi hija no, esté en estos mis reinos o después que a ellos viniese en algún tiempo haya de irse o estar fuera de ellos o estando en ellos no pueda o no quiera entender en la gobernación dellos e para cuando lo tal acaeciese es razón que se dé orden para que haya de quedar e quede la gobernación dellos de manera que sean bien regidos e gobernados en paz e la justicia administrada como se debe; e los Procuradores de los dichos mis reinos en las Cortes de Toledo del año quinientos e dos, que después se continuaron e acabaron en las villas de Madrid e Alcalá de Henares el año de quinientos e tres, por su petición me suplicaron e pidieron por merced que mandase proveer cerca dello y que ellos estaban prestos e aparejados de obedecer e cumplir todo lo que por mi fuese cerca dello mandado...., lo cual yo después ove hablado con algunos perlados e grandes de mis reinos e señoríos e todos fueron conformes e les pareció bien que en qualquiera de los dichos reinos el Rey mi Señor debía regir e gobernar e administrar los dichos mis reinos e señoríos por la dicha Princesa mi fija. Por ende debiendo remediar e proveer como debo e soy obligada para cuando los dichos casos o alguno dellos acaescieren y evitar las diferencias e disensiones que se podrían seguir entre mis súbditos e naturales... e cuanto en mi es proveer a la paz e sosiego e buena gobernación e administración dellos, acatando la grandeza y excelente nobleza y esclarecidas virtudes del Rey mi Señor e la mucha experiencia que en la gobernación dellos ha tenido y tiene en cuanto es servicio de Dios e utilidad e

bien común de ellos que en cualquiera de los dichos casos sean por su Señoría regidos e gobernados: Ordeno e mando que cada e cuando la dicha Princesa mi hija no estuviese en estos mis dichos reinos o después que a ellos viniese en algún tiempo haya de ir y estar fuera de ellos o estando en ellos no quisiere o no pudiere entender en la gobernación e administración dellos, que en cualquiera de los dichos casos, el Rey, mi Señor, rija, administre y gobierne los dichos mis reinos e Señoríos e tenga la administración e gobernación dellos por la dicha Princesa segund dicho es, fasta tanto que el Infante don Carlos, mi nieto, hijo primogénito heredero de los dichos Príncipe e Princesa sea de edad legitima, a lo menos de veinte años cumplidos”.

Demuestra esta cláusula la preocupación de la Reina y del país por el problema de la sucesión cuando por muerte del Príncipe don Juan, de doña Isabel y del hijo de ésta, aquélla recayese en doña Juana y su marido el Archiduque; dos cosas temían los Reyes y el pueblo castellano: la ausencia prolongada y frecuente a que el señorío de Flandes obligaría a los futuros Reyes; y la otra la condición del Archiduque, su conducta tan fuera no sólo de lo cortés sino de la honradez; por estas causas las Cortes de Toledo, las mismas que juraron como herederos a doña Juana y su marido y vieron partir a éste abandonando su mujer encinta y yéndose a Flandes por Francia y contemplaron los flamencos que vinieron y se fueron con él soberbios, atrabiliarios, inmorales y borrachos, vestidos de modo para ellos extravagante, pidieron a la Reina que proveyese para después de sus días; y por esto la Reina en consejo de nobles y prelados instituyó como regente del reino si su

hija no estaba en Castilla o estando no quería o no podía gobernar, a don Fernando, prescindiendo del Archiduque, al cual nombra cuando nombra a su nieto y como padre de éste.

Reina y pueblo notaron ahora el gravísimo error que cometieron al considerar como Rey consorte y no como verdadero Rey al marido de doña Isabel y tratarlo siempre como tal Rey consorte: cierto que no era de prever en 1474 cuando fué jurada aquélla como Reina de Castilla, ni más tarde cuando fueron jurados los hijos Isabel y Juan como sucesores de su madre, que la corona viniese a caer en la cabeza de una incapaz manejada por un atolondrado, a quien a su vez manejaban unos inmorales; pero cuando nació don Juan en 1497 y cuando fué jurado el Príncipe don Miguel en 1498, don Fernando había demostrado ya quién era y por tanto pudo haberse aceptado como Rey, aun en caso de enviudar, por merecer no ser despojado de esa dignidad y por exigirlo el buen gobierno del reino; no se hizo entonces por prejuicios dinásticos y nacionalistas y no lo hizo ahora la Reina por idénticos motivos; pero conocedora de los méritos de su marido, de sus condiciones de gobernante, y convencida de la necesidad de no dejar desamparado su reino en manos de su yerno y de sus flamencos, lo nombró gobernador de Castilla, mas no con la autoridad que gozaba, sino exigiéndole que "antes que comience a usar de la dicha gobernación, ante todas cosas, haya de jurar e jure en presencia de los Prelados e grandes e caballeros e Procuradores de los dichos mis reynos, que ende a la sazón se hallaren, por ante notario público que dello dé testimonio que bien e debidamente regirá e gobernará los dichos mis reynos..., e que los acrecentará..., e que guardará

e conservará el patrimonio real dellos e no enagenará ni consentirá enagenar cosa alguna”.

No había dado motivo don Fernando en sus treinta años de casado y de Rey para que al entregarle la gobernación se tomaran con él tantas precauciones; la moribunda retrotraía la situación a 1475, cuando se firmó la capitulación de Segovia y cediendo a instigaciones de sus servidores íntimos vió en don Fernando un posible enemigo de su reino y de los derechos de ella; en ese momento de testar como en el de la capitulación miró a don Fernando como a colaborador suyo y no, como había sido, la cabeza pensante y ejecutor de las empresas que a ella le aseguraron la realeza y a Castilla le dió Granada; así dice otra cláusula: “que por habernos ayudado S. S. con muchos trabajos e peligro de su real persona a cobrar estos mis reinos, que tan enagenados estaban al tiempo que yo en ellos subcedí y el dicho reino de Granada... y *es razón que Su Señoría sea en algo servido de mí* y de los dichos mis reinos e señoríos, aunque no puede ser tanto como S. S. merece e yo deseo, es mi voluntad e mando que por la obligación e deuda que estos mis reinos deben e son obligados a S. S. por tantos bienes e mercedes que de su Señoría han recibido que demás e allende de los Maestrazgos que S. S. tien e ha de tener por su vida, haya e lleve e le sean dados e pagados cada año para sustentación de su estado real la mitad de lo que rentaren las islas e tierra firme del mar Océano, que fasta agora son descubiertas e de los provechos e derechos justos que en ellos oviese, sacadas las costas e gastos que en ellos se hicieren, así en la administración de la justicia como en la defensa dellos y en las otras cosas necesarias e más diez cuentos de maravedís cada año por toda su

vida situados en las rentas de las alcabalas de los dichos Maestrazgos”.

Esa cláusula debió causar en don Fernando enorme desconsuelo: su mujer a vueltas de elogios lo consideraba como un señor que le había *ayudado* a cobrar sus reinos y el de Granada, al cual despedía y sólo prorrogaba funciones en caso de necesidad y a quien por sus servicios se le señalaba una pensión vitalicia.

Y esto previendo ella que su yerno y por éste su hija no le habían de respetar, mucho menos obedecerle, pues a precaver esa falta de respeto y obediencia va encaminada la recomendación que les hace de “que siempre sean muy obedientes e subyectos al Rey mi Señor, e que no le salgan de la obediencia, dándole e haciéndole dar todo el honor que buenos e obedientes hijos deben dar a un buen padre e sigan sus mandamientos e consejos como dellos se espera que lo harán, de manera que para todo lo que a S. S. toque parezca que yo no hago falta e parezca que soy viva”. Y si esto les recomienda que lo hagan para cumplir el cuarto mandamiento de la ley de Dios, les dice que lo cumplan por egoísmo: “por el bien e provecho dellos e de los dichos reinos..., porque segund la mucha experiencia que S. S. tiene, ellos e los dichos reinos serán en ello mucho aprovechado”; aún más: díceles que deben obedecerle y acatarle por gratitud: “porque es mucha razón que S. S. sea servido e acatado e honrado más que otro padre, por ser tan excelente Rey e Príncipe, dotado e insignido de tales e tantas virtudes como por lo mucho que ha fecho e trabajado en cobrar estos dichos mis reinos que tan enagenados estaban al tiempo que yo en ellos subcedí y en obviar los grandes males e dampnos e guerras que con tantas turbaciones e movi-

mientos había en ellos; e no con menos afrenta de su real persona en ganar el reino de Granada... y en reducir estos reinos a buen regimiento e gobernación e justicia, segund que hoy por la gracia de Dios están”.

No puede escribirse elogio mayor del Rey Católico y no es ésa la única vez en que la Reina se expresa así: en una carta confidencial de su secretario al del Rey se stampa esta frase: “Su Alteza (la Reina) quería seguir siempre en todo el parecer del Rey n. s., porque siempre dice que es el mejor de todos.”

Se adivina a través de esas cláusulas testamentarias de doña Isabel la lucha en su conciencia de dos ideas al otorgar ese testamento: una la realidad inmediata a su muerte, la venida del Archiduque, el destino de don Fernando, la renovación de las turbaciones, la anarquía de los tiempos de su hermano; otra el convencimiento de que sólo don Fernando podría dominar la situación y mantener en paz el reino; mas para lo segundo era preciso no despojarle de la dignidad de Rey y doña Isabel prefirió guardar el principio hereditario, quién sabe si acordándose de Navarra, del Príncipe de Viana y del padre de su marido, si bien los casos aunque análogos eran muy diferentes, pues en Navarra tratábase de un hijo varón y en su juicio, no de una hija loca y de un yerno inmoral y botarate.

La misma zozobra sentían todos: aun vivía doña Isabel, cuando Anglería escribió una carta en la que dice: “varias son las opiniones de los Grandes: piensan unos que muerta la Reina debe llamarse a don Felipe y enviar a don Fernando a su tierra; creen otros, y a mi juicio con más tino, que debe retenerse a don Fernando, y si resistiese

a continuar gobernando rogarle que gobierne y no salga de estos reinos; pero no faltan quienes han enviado ya sus familiares al joven Felipe. Los nobles rugen y afilan sus dientes como jabalíes furiosos" (Epístola CCLXXVII).

Triunfó el partido de la legitimidad y enemigo de la regencia; el propio don Fernando, apenas muerta la Reina, se despojó del título de Rey y tomó el de Gobernador, y él mismo hizo levantar pendones reales por doña Juana y su marido, proclamándolos soberanos de Castilla; ni un solo momento detentó el poder y seguramente no salió de Castilla también en el acto por no abandonarla a los partidos; por conservarla para su hija, cuya herencia era; por verdadero y profundo y sincero amor a Castilla, de donde más que de Aragón se consideraba propio. Por estas razones se resistía a salir de ese reino y procuraba tener en su mano el gobierno y para este fin firmó en Salamanca una concordia con un enviado de su yerno, en la que se cumplía la cláusula testamentaria de doña Isabel, que le encargaba la gobernación.

Mas el Emperador Maximiliano y su hijo el Archiduque estaban de tal modo obsesionados con la idea de reinar en Castilla solos, echando de ella a don Fernando, que no guardaron pactos, ni cortesía ni respeto el yerno al suegro y se aliaron con el Rey de Francia, de quien toleraron afrentas por tenerlo amigo. La situación del Rey aragonés era extraordinariamente apurada; querer sostener su derecho de regente hasta que viniera su hija y continuar ejerciéndolo si ésta se declaraba incapaz, era provocar en Castilla una guerra civil, pues los hijos o nietos de los que fueron enemigos de doña Isabel y partidarios de la Beltraneja recordaban las hazañas de sus padres y abuelos y resucitaban

su enemistad con don Fernando; otros nobles defendían a éste; pero esa guerra no hubiera sido civil; Francia, la incitadora del Emperador y su hijo, habría entrado en ella para conseguir sus fines, ayudada de las fuerzas imperiales; peligraba por tanto la seguridad de Aragón y la independencia de Navarra y corrían gran riesgo de perderse el Rosellón y las conquistas del Gran Capitán en Nápoles. Aquella obra con tanta fatiga, gasto y peligro construída durante treinta años, la veía don Fernando desplomarse porque ¡quién sabe si hasta Granada hubiera resucitado por vivir los habitantes sometidos, mas no conquistados!

El Rey Católico supo romper el cerco en que se le quería encerrar por donde parecía más difícil, por Francia, donde estaba la cabeza directora de la intriga; y tuvo habilidad suficiente para convertir en amigo el enemigo mayor y separarlo de la alianza de su consuegro y yerno; y para más afianzar la alianza contrajo nuevo matrimonio con doña Germana de Foix, sobrina del Rey francés, joven de veintitantos años.

Este segundo matrimonio de don Fernando suscita contra él grandes iras de parte de los panegiristas de doña Isabel, los cuales no comprenden cómo después de haber sido marido de ésta, pudo casarse con otra; y muchos de los irritados aplauden la conducta del Archiduque echando al suegro de Castilla y aliándose con Francia para ir contra éste, cuando esa conducta fué la causa de este segundo enlace. En un acto tan solemne y de tanta sinceridad como la otorgación de un testamento lo declaró él mismo con categóricas frases: "Por las cosas arduas y de grande importancia que se ofrecieron y estaban para suceder después de la muerte de la dicha Serenísima Señora Reina doña

Isabel, que en gloria sea, en los reinos de Castilla y en los otros reinos nuestros por el bien, sosiego y paz de todo, fué conveniente que febiesemos el casamiento que fezimos con la Serenísimá Reina doña Germana, nuestra muy cara e muy amada mujer; lo cual, como hasta aquí se ha visto, ha fecho el fruto y puesto en todos los reinos el reposo y asiento que del dicho casamiento y unión se esperaba, bendito nuestro Señor, *lo que cierto fué el principal fin e fundamento nuestro después de haber pasado ya por otros medios.*”

Airados por este matrimonio su consuegro el Emperador Maximiliano, y su yerno el Archiduque, decidieron que viniera inmediatamente a España el segundo a tomar posesión de la herencia de su mujer, el cual, en efecto, después de un viaje accidentado que puso en peligro su vida y la de doña Juana, pisó tierra española en La Coruña, donde se detuvieron algún tiempo y a donde fueron a saludarlos muchos nobles, entre ellos el Marqués de Villena, que sin duda para restaurar la gloria de sus antepasados se erigió en jefe del partido de don Felipe.

Fué espectáculo vergonzoso el que se dió en la capital gallega por los Grandes de Castilla; allí acudieron a prestar reverencia al nuevo Rey y se vieron desairados y maltratados por flamencos; el Archiduque salía a escondidas de caza y al volver se encerraba con unos cuantos de su confianza para no ver a nadie; la Reina estaba secuestrada y a nadie se permitía verla; y los nobles toleraban todo por no tener otro móvil que el de obtener favores a cambio de su adhesión.

Era natural que don Fernando deseara ver a su hija y que si él para esto hizo un viaje rapidísimo hasta Astorga, quisiera que su yerno saliera

cuanto antes de La Coruña para venir a su encuentro; pero iba demorando este viaje porque tanta maldad contenía el propósito que llevaban quienes le rodeaban e inspiraban, que les daba miedo el momento de la vista. Al fin fué necesario salir y salió precedido de un ejército formado de flamencos y hasta con artillería, retrasando cuanto pudo la marcha para retardar cuanto pudiese el encuentro con el suegro; viéronse al cabo; don Fernando se presentó *inermis*, desarmado y casi solo; don Felipe armado y con una escolta de más de mil flamencos a caballo, los cuales rodearon a don Fernando como para prenderlo; don Fernando, según su costumbre, sonriente, apacible y hasta bromeando con algunos nobles; el Archiduque aparentando enfado, en realidad con vergüenza disimulada bajo la adustez; pero una vez solos hablaron *aspere hostiliterque*, dice Anglería; desde lejos se vió que el yerno gritaba al suegro; separáronse *animis corruptis*; a don Fernando no se le permitió ver a su hija y se le ordenó salir de Castilla y como a un desterrado se le marcó el itinerario de su viaje hasta su Reino. Usando además de avilantez viéndole sin gente y contemplando el número de nobles que iban a calentarse al sol que nacía abandonando al que declinaba, frase de entonces, obligáronle a firmar un documento en el que reconocía la incapacidad de su hija para el gobierno: don Fernando hizo constar que había firmado esto privado de libertad y por su vida.

Aun se vieron en Renedo, suegro y yerno, donde hablaron a solas durante hora y media en la capilla de la iglesia afablemente, amorosamente, pero el atolondrado archiduque hacía más caso de sus flamencos que aspiraban a saquear Castilla y de los nobles que descaradamente hablaban de resu-

citar los tiempos de Enrique IV, que de quien bien lo quería, y lo inclinaron nuevamente a la discordia. Don Fernando siguió su viaje hacia su reino y entró en él en 13 de julio de 1506, marchando desde allí a Zaragoza, donde fué recibido con gran fiesta.

No hay quien apruebe la conducta de Castilla con un hombre que tanto la engrandeció y del que tantos beneficios recibió. Anglería, comentando los pregones que mandaron hacer a sus estados de Astorga y Benavente el Marqués y Conde respectivo ordenando que las villas le cerraran las puertas y ni por dinero le dieran víveres, exclama: "¡horrible de decir y atroz de mirar! ¡el ayer casi omnipotente Fernando ha de ir por pueblos errante y casi solo!"

La abnegación que don Fernando mostró tener ahora no ha sido suficientemente ensalzada, pero ni aun indicada; él, en una representación al Papa cuyo texto trae Zurita y cuyo original se conserva en la Academia de la Historia, seguramente entre los papeles de éste, y del cual lo copió Rodríguez Villa (ob. cit., pág. 163), refiere cuanto hizo desde que murió la Reina, su derecho a gobernar Castilla por el testamento de ésta, sus deseos de paz y de concordia, la imposibilidad de lograrlo, sus vacilaciones respecto de usar las armas para libertar a su hija del secuestro en que la tenía su marido o resignarse a su desgracia, y en fin su conformidad con la voluntad divina, renunciando su derecho y abandonando su hija a la infelicidad, al verse abandonado de todos los nobles y sin ningún movimiento popular que contrarrestase el poder de la nobleza. Don Fernando prefirió sacrificarse él y sacrificar su hija a envolver Castilla en una guerra cuyo triunfo era incierto, pero más posible para él que para el Archiduque si tomaba como bandera

la libertad de la Reina. ¿Qué hubiera hecho la parte sana de Castilla si don Fernando la llamaba para obligar a su yerno a tratar como se merecía a una señora que era su Reina y era la hija de doña Isabel? Probablemente se hubiera puesto a su lado por lo noble del propósito y porque aun don Fernando tenía gran prestigio con todos menos con traidores, desalmados y ambiciosos, como luego se demostró; pero no quiso la guerra por amor a Castilla.

Y por haberse equivocado muy grandemente demostrando no conocer los hombres, quizá porque su alma dolorida se dejó llevar de sugestiones ajenas: los flamencos eran ya odiados por cuantos los habían conocido: "como los tales extranjeros fuesen dados a demasiado comer y beber mucho, desórdenes e delitos cometían". Si los flamencos se habían hecho odiosos por tragones y borrachos y por los desórdenes y delitos consiguientes a sus vicios, cuantos nobles habían ido a servir al nuevo Rey llevaban fines egoístas y don Fernando preveía la formación de partidos, la lucha entre éstos, la impotencia de su yerno para dominarlos y su llamada para que le ayudase a restablecer la paz.

Este fué su error: al día siguiente de una revolución o de un trastorno político que derroca un poder y ensalza otro, fórmase un partido político que se titula de orden y paz y que da la revolución por terminada o el trastorno por concluído; y este partido tiene siempre fuerza suficiente para llevarse las masas y evitar una nueva revolución o la restauración del poder caído. El Archiduque representaba ese poder nuevo: Castilla se resignó con su suerte y aceptó la de la infeliz doña Juana al no dar a su padre medios de redi-

mirla y devolverle la libertad. Para volver don Fernando a Castilla sería precisa una resolución de la Providencia.

Don Fernando, el mismo día que en Tordesillas firmaba una especie de manifiesto al país exponiendo las causas que le movían a dejar el Gobierno y la tierra de Castilla, 1 de julio de 1506, comunicó a su embajador en Roma su propósito de ir a Nápoles, pero con encargo de no publicar la noticia hasta que él se la diese como segura; el 23 confirma ese propósito y fijaba la fecha de su partida. Don Fernando, pues, al verse depuesto y abandonado, en un momento de despecho había firmado aquel documento y decidió expatriarse.

Esta decisión es muy comprensible en aquellos momentos: era un Rey destronado, y aunque conservaba su reino de Aragón, para él no había reinar si no reinaba en Castilla; era un desterrado de la tierra que tanto amaba, un abandonado del pueblo a quien tanto había favorecido; esto como Rey; como hombre contemplaba una hija, la única, incapaz de regir su reino y su propia persona, maltratada por su marido, a la que ahora no le habían dejado ver y era cierto que más adelante tampoco le concederían ese consuelo; sólo llevando el estrago de la guerra a ese país podía deshacer estas injurias y a esto rehusaba recurrir. Los historiadores compadecen a doña Isabel por haber visto su hija en el Castillo de la Mota empeñada en irse a Flandes y saber la suerte que le esperaba; nadie compadece a don Fernando como padre y pocos sienten su desgracia como Rey; en ambos conceptos es digno de compasión.

Al hombre a quien suceden cosas tan trágicas la preocupación no le da vagar para pensar en negocios; y la única manera de librarse de la tortura moral de los pensamientos es sumirse en un mun-

do exterior nuevo para que su contemplación distraiga contra la propia voluntad; y esto hizo don Fernando: quiso alejarse lo más posible de Castilla, y como Aragón estaba muy cerca pensó ir a Nápoles y luego planeó el viaje y lo comunicó a su embajador.

Tan firme era su propósito que desde Zaragoza, sin casi detenerse, marchó a Barcelona y el 4 de septiembre se embarcaba con rumbo a Italia. La región napolitana le atraía por los recuerdos familiares y por la fama; la había conquistado su tío Alfonso; en la conquista había muerto su tío Pedro y su padre había caído prisionero de los genoveses y del Duque de Milán en Ponza; la dinastía era descendiente de la de Aragón y una hermana suya había sido Reina allí; en territorio de Nápoles había desarrollado el Gran Capitán sus grandes dotes militares; la fama publicaba ser esta región la más hermosa de la tierra; si no tenía recuerdos personales, los tenía familiares y muy intensos.

Interés político grande no le llevaba ninguno; la guerra había concluido y los negocios interiores no merecían ese viaje suyo; indudablemente era el afán de olvidar lo recientemente pasado en Castilla el impulso que lo empujaba hacia otras tierras y a un ambiente que no le recordara lo sucedido.

Pero tratándose de Fernando el Católico todo cuanto hizo ha de tener móviles ocultos y tenebrosos; todo ha de ser para mal de algún personaje y de su fama; y así los historiadores por lo común contrarios a él, achacan ese viaje a la envidia y malevolencia que sentía hacia el Gran Capitán.

Las relaciones entre don Fernando y éste después de la muerte de doña Isabel, aunque cordiales, se resintieron un tanto; don Fernando supo que don Gonzalo era requerido por sus enemigos para que se pasara a su bando. ¿Puede extrañar a nadie que el Rey quisiera saber de cierto las intenciones de su vasallo? El propio don Antonio Rodríguez Villa, el más conocedor de la época, escribe que "sabía el Rey don Fernando que el Rey de Romanos y su hijo don Felipe procuraban no sólo excluírle del reino de Castilla, sino echarle del reino de Nápoles" y temía con sobrada razón que dada la influencia de Gonzalo Fernández de Córdoba en este Estado si llegaban a inclinarse a su partido, fácilmente conseguirían su intento. Y pues lo temía con sobrada razón y el tiempo era como era ¿qué pecado cometía reclamando y queriendo salir de dudas?

A don Fernando llegaban de todas partes noticias siniestras respecto a las intenciones de don Gonzalo; y una de las causas de que sintiera recelos era la conducta de éste quedándose en Nápoles y no regresando a España por motivos fútiles; en vida de doña Isabel había pedido ser relevado por vejez y achaques; murió la Reina y no vino; se movieron en Castilla aquellas novedades, él le requirió que viniera y tampoco obedeció; al propio tiempo llegaban al Rey las noticias de las intrigas; dícese que retrasaba su viaje para no intervenir en la política de acá, pero esta irresolución daba cuerpo a las sospechas; cuando el Gran Capitán afirmó la lealtad a don Fernando, éste le dió "francas y leales explicaciones", es frase de Rodríguez Villa y ésta era su situación de ánimo al embarcarse para Nápoles; al tiempo que él se embarca-

ba salía de Nápoles el Gran Capitán para irle al encuentro.

Grandemente honra a dos personajes de tan opuesto carácter el haberse comprendido y el tolerarse mutuamente los defectos que les diferenciaban, reconociéndose mutuamente las virtudes; la política y la diplomacia se empeñaron en enemistarlos y distanciarlos y no lo consiguieron; don Fernando trató siempre a don Gonzalo con el honor que merecía y don Gonzalo fué siempre leal a don Fernando; las crónicas del Gran Capitán dicen que las gentes afirmaban que don Fernando no iría a Nápoles y que publicaba su viaje para que el Gran Capitán viniese a España, y, al verlo embarcado, decían que iba para traerlo; el 23 de julio autorizaba que publicaran el viaje, el 4 de septiembre lo emprendía; no hubo tiempo para esas habladurías antes del embarque; ni había motivo para ellas según esas crónicas; el autor de la que el señor Rodríguez Villa, su editor, llama manuscrito y tiene por la más autorizada, dice que las acusaciones al Gran Capitán por las riquezas acumuladas "turbaban en gran manera el ánimo del Rey, aunque él en lo público tenía lo por mentira y así lo platicaba; y otras veces decía que aunque esto fuese verdad y mucho más, todo se había de sufrir a un vasallo tan excelente hombre".

No hubo, pues, para ese viaje de don Fernando a Nápoles otros motivos que esos puramente humanos.

La carta en que le comunicaban la muerte del Archiduque su yerno lo encontró en Portafé el 8 de octubre, catorce días después del suceso; de modo que a no salir tan precipitadamente le habría sorprendido aquella muerte en España; iba firmada por Cisneros, el Condestable de Castilla,

don Pedro de Ayala, todos los que se tenían por muy obligados a su servicio y aun algunos que le habían deservido, y era muy larga, juzgando por el extracto que hace de ella Zurita, y contenía ruegos y súplicas y a la vez casi exigencias; porque le decían que le pertenecía de derecho la administración y gobierno de los reinos de Castilla y que voluntad era de doña Juana que tuviera aquella y éste y “que cumpliese con aquel reino y le pagase lo mucho que le debía, pues sabía cuán bien le sirvió en el tiempo que había reinado y cuánta gloria y fama alcanzó su nombre con la sangre y sudor de los castellanos, así en la conquista de los infieles como en las otras guerras, de manera que afirmaban que sería gran ingratitud que no tuviese memoria de tanto sacrificio. Suplicábanle todos que se acordase que ganó aquellos reinos y los acrecentó con tanto trabajo y no dejase ahora perderlos; y que si tuvo también muchos desagradecidos no tenía culpa el pueblo por lo que hacían particulares..., finalmente le suplicaban que hubiese piedad de aquellos reinos que estaban en grandísima aventura y no se dijese en el mundo que por culpa de S. A. se perdía España otra vez..., que por enojo de las cosas pasadas no debía dejar de venir, sino acordarse de la obligación que tenía de remediar a la Reina su hija y a todo aquel reino por la honra y acrecentamiento de Estado que con él ganó y cuanto deservicio de Dios sería permitir los daños y males que se seguirían de su ausencia estando en su mano de lo remediar”. Extraña misiva ésta, en la que los ingratos acusaban de ingratitud a quien padeció la suya; los beneficiados echaban en cara a su bienhechor los beneficios de él recibidos, llamándose ellos los bienhechores, y los que consin-

tieron que el padre ni siquiera viese a su hija le recordaban los deberes de la paternidad.

La carta contenía súplicas y también recriminaciones, éstas sin duda previendo que no fueran atendidas aquéllas; todos los firmantes de la misma lo conocían y no ignoraban su carácter, su firmeza en las decisiones tomadas, su disgusto por lo sucedido y quizá su resolución firme de no volver a la tierra que así lo había tratado. Es muy natural que al salir de Castilla de aquel modo pensara y aun hablase de nunca más volver a ella, pues no podía sospechar que su yerno muriese tan joven y que lo llamaran a él como a un salvador quienes de tal manera lo despedían. Esta muerte le relevó de todas sus promesas y deshizo todos sus planes; sin embargo estaba todo tan próximo, que es muy probable que las súplicas y recriminaciones más le produjeran ira que compasión y le incitaran más a seguir adelante que a retroceder; había recorrido además casi la mitad del camino hasta Nápoles, lo aguardaban aquí y no creyó prudente ni lo era defraudar las ilusiones de los napolitanos de ver a su Rey y tenerlo entre ellos. Es seguro que estos motivos y no otros empujaron su nave hacia Nápoles, los cuales como más fuertes que los políticos vencieron y lo determinaron a continuar el viaje.

Segundo Gobierno del Rey Católico

Como esperaba, fué llamado a Castilla al morir su yerno y la única venganza que tomó fué hacerse de rogar; hasta julio del año siguiente, casi un año después de desaparecido el Archiduque, no pisó tierra española; y en derechura desde Valencia fué a Castilla a verse con su hija y a encargarse del Gobierno. Su vuelta fué recibida no con manifestaciones de júbilo porque las circunstancias eran tristísimas, pero sí con júbilo interno; y si no lo acogieron en todas partes con palmas, en todas partes al saber su llegada lanzaron los pechos ese ¡ah! de satisfacción que cada cual siente al saberse libre de un riesgo. La unanimidad con que fué admitido, el que sus enemigos callasen y los flamencos y alemanes del séquito del yerno saliesen de España avergonzados y silenciosos, es el más pleno reconocimiento que la historia de todos los Reyes presenta de los méritos de un gobernante, porque le llamó y le hizo volver no un partido ni unos personajes alzados con el mando, sino la conciencia nacional, que lo proclamaba el único capaz de salvar Castilla de su ruina. En aquellos momentos sólo él tenía autoridad para imponerse y hacerse respetar y ninguno le negaba esa autoridad y ese respeto: su propia hija, la Reina propietaria, recordando sin duda frases de su madre, se obstinó en no hacer nada por sí, sino remi-

tirlo todo a la venida de su padre; todos los buenos, acompañándola en esta idea, esperaban su salvación de la venida de don Fernando.

No fué, pues, difícil a la Junta de notables, presidida por Cisneros, que se hizo cargo del gobierno el mismo día que murió don Felipe, acordar la llamada del Rey, padre de doña Juana, sin hacer caso de la oposición de los Duques de Benavente y Nájera; si éstos opusieron resistencia a firmar un compromiso por el que se obligaban a mantener la paz y a ir contra quien la turbase, el testamento de doña Isabel entraba en pleno vigor impuesto por las circunstancias.

Entró en Castilla, dice Zurita, "con gran aparato de corte" como en satisfacción y venganza de la salida que hizo casi no un año antes, y se dirigió a Tordesillas, donde le esperaba su hija, aquella hija tan parecida a su abuela paterna doña Juana Enríquez, que él la llamaba mi madre y doña Isabel mi suegra, aunque la infeliz había heredado la perturbación mental de la materna, la locura de doña Isabel de Portugal. La entrevista entre padre e hija, que fué presenciada por una gran multitud de nobles y caballeros que acudieron a rendir homenaje al Rey y movidos por la curiosidad de presenciar aquélla, se desarrolló muy tiernamente. Don Fernando al verla se descubrió, doña Juana se echó hacia atrás el capirote que llevaba sobre las tocas e hizo ademán de echarse a los pies de su padre; éste para impedirlo se inclinó tanto que tocó con la rodilla en tierra y abrazándola la levantó, quedando algún tiempo abrazados, en pie y llorando; sin soltarse entraron en una habitación donde conversaron largo rato.

Todo el mundo debía esperar qué haría el Rey con los que le fueron traidores; era de temer que

quisiera castigarlos o por lo menos demostrarles su desagrado; don Fernando perdonó a todos porque olvidó todo; para él no había pasado nada, nadie había faltado a su deber y todos habían cumplido el suyo; hasta procuró atraerse, perdonándolo, a don Juan Manuel, fautor de las intrigas y de los verdaderos delitos de alta traición que ocasionaron los sucesos anteriores. Don Fernando quiso pasar la esponja sobre todo lo sucedido y volver a reinar como si no hubiese habido aquella triste solución de continuidad.

Y entronizó su gobierno siguiendo la misma política en el interior y en el exterior, apoyando en éste las empresas de Africa ya referidas. Maravilla la actividad que desplegó en todos esos aspectos de la vida nacional, atendiendo a todos, disponiéndolos todos y ejecutando muchos por sí mismo. Una de sus mayores preocupaciones fué devolver la paz a Castilla, matando las ambiciones de los nobles, sujetándolos a su poder y extirpando los odios existentes entre ellos, causa de grandes males para el reino y reorganizar la justicia tan deshecha durante el gobierno de Felipe.

En esta lucha el episodio más interesante es el del Marqués de Priego, que sería uno de tantos y aun vulgar si no mediara la circunstancia de ser este personaje sobrino de don Gonzalo Fernández de Córdoba y haberse interpuesto por este motivo la calumnia entre el Rey y su fama.

El tal Marqués se había enseñoreado de Córdoba y como tal señor, aunque por abuso de poder, cometió un grave desacato contra el Corregidor puesto por el Rey en aquella ciudad, dicese que si con motivo de un acto de los inquisidores; enterado don Fernando le mandó que saliese de Córdoba y el de Priego desobedeció; entonces le en-

vió el Rey un alcalde de Corte a reiterarle la orden, y el requerido negóse otra vez a obedecer y aun tomó preso al mensajero real, lo llevó detenido al castillo de Montilla y siguió viviendo en Córdoba, poniendo al soberano en el trance de sufrir aquella afrenta o de ir a castigarla.

Este acto del Marqués no era un hecho aislado, un acto personal "de un señor joven e inconsiderado", como dice un autor moderno, feroz enemigo de don Fernando; fué una manifestación del espíritu sedicioso que dominaba a los nobles andaluces y más aún del espíritu de independencia de los mismos. Lo dice Zurita, cuyo testimonio vale por el mismo documento: "don Pedro Hernández de Córdoba, Marqués de Priego, confiando en algunos Grandes que estaban entre sí muy unidos con quien él se había confederado, no cesaba de dar a conocer la parte que él era en Andalucía para deservir al Rey. Mayormente que él estaba muy aliado con el Conde de Cabra y los dos mostraban estar muy desdeñados porque el Rey había hecho poco caso dellos, pues no pensaban ser menos poderosos en las cosas de aquella Provincia por sus Estados y amigos que lo eran los Grandes de Castilla, a quien el Rey gratificaba y hizo merced para asentar su venida" (Zurita, VIII, 20).

Que ésta es la verdad lo prueba la nota que pone el señor Rodríguez Villa en la pág. 437 de su *Doña Juana la Loca*. Ya es significativo que ese historiador que en el prólogo que puso al tomo de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, dedicado a las Crónicas del Gran Capitán, llenó de improperios a don Fernando por actos contrarios a éste, no mencionaba el castigo del Marqués de Priego, y, en el libro *Doña Juana la Loca*, le dedica cabalmente tres líneas: "cuando el Rey don Fernan-

do salió de Burgos para Andalucía a fines de julio de 1508 con objeto de castigar la rebeldía del Marqués de Priego..." (pág. 435). "Sosegada Andalucía (pág. 437)—y aquí viene la nota—, no queremos dejar de consignar el hecho siguiente que prueba cuán difícil le fué al Rey Católico sosegar las alteraciones de Andalucía por las estrechas confederaciones que unían entre sí a los más de los Grandes de aquel reino. En carta cifrada del Arzobispo de Sevilla al Rey don Fernando (Sevilla, 4 de agosto de 1509), le dice aquel Prelado que el Duque de Arcos deseaba entrar en confederación con él y que le había respondido que estaba conforme con ello si lo hiciese también con el Conde de Tendilla y otros caballeros con quienes él estaba confederado" (Colección Salazar, A. 13, f. 31). He ahí el documento que dió a Zurita la noticia consignada en sus Anales.

Esta oposición entre los nobles andaluces y castellanos viene confirmada indirectamente por Gonzalo de Ayora, capitán de la guarda personal del Rey, cordobés de nacimiento, contemporáneo y testigo presencial de los hechos: como su relato es inédito, es conveniente transcribirlo: "El Rey don Fernando y doña Isabel cuando estuvieron en paz mandaron que ningún Grande ni caballero que tuviese oficio de justicia usase dél ni pusiese teniente, sino que ellos como Reyes y señores proveyesen justicia en las ciudades y villas: y que tales caballeros si tenían alguna renta con el oficio gozasen della, pero no usasen del tal oficio; el Marqués de Priego fué aconsejado usase de su oficio y como el Rey lo supo le escribió dejase la vara y no pusiese teniente; el Marqués no lo quiso hacer y le escribió al Rey dando sus excusas. El Rey envió a Córdoba al alcalde Herrera para que qui-

tase la vara al Marqués y pusiese al que iba nombrado; llegó el alcalde, pero el Marqués, mal aconsejado, envió preso al alcalde a Montilla. Como esto supo el Rey partió de Burgos a Andalucía y llegando a Venta de Palacios, que es el puerto, temiendo que el Marqués se haría fuerte en Córdoba dijo al Nuncio del Papa que iba con él: Vámonos a Jaén, no nos pierda la vergüenza el Marqués de Priego; y respondió Hernando de Vega, Comendador Mayor de Castilla: Señor, a Córdoba o a Aragón. Con este parecer fué el Rey a Córdoba y en entrando huyeron doce caballeros regidores que habían sido en la prisión de Herrera y fuéronse a Portugal. Hizo el Rey averiguación del exceso y se dió sentencia que se derribase la fortaleza de Montilla, donde había estado el alcalde preso, y al Marqués en destierro de toda Andalucía y que le perdonaba la vida por los servicios de su padre y del Gran Capitán su tío. Derribóse la fortaleza en el mes de abril de 1511. Dióse sentencia de muerte y perdimiento de bienes a los que fueron en prender al alcalde; al escribano que hizo la carta para que llevasen preso al alcalde le cortaron el dedo pulgar sin bastar los ruegos de muchos y del Gran Capitán; a otros azotaron y a dos ahorcaron. Dada la sentencia, el Marqués se vino a Toledo y algunos días después, a ruegos de la Reina Germana, permitió el Rey que el Marqués viniese a la Corte y entrase en Palacio" (Biblioteca Nacional. Ms. G. 69. Signatura moderna, 1779, f. I).

La condición de cordobés del cronista aumenta grandemente la autoridad que le da el ser contemporáneo y testigo presencial de la conducta del Rey. De su relato se deduce que el Marqués se había hecho dueño de la administración de justicia en Córdoba, y esto significaba entonces dominio

absoluto de la ciudad; que esto lo hizo durante el interregno de los dos gobiernos de don Fernando y que éste, al empezar el segundo, restableció el estado en que lo dejó al salir de Castilla: que contra esto se sublevó el de Priego, el cual, amonestado por el Rey, se limitó a enviar una carta dando excusas, pero sin salir de Córdoba; y que reiterada la orden por el Rey mediante el alcalde Herrera, el Marqués lo llevó preso al castillo de Montilla: el dominio de Córdoba lo confiesa implícitamente la Crónica del Gran Capitán que el señor Rodríguez Villa llama manuscrito, y tiene por la más verídica y exacta de todas, la cual dice que el Rey mandó a este Marqués y a otros señores "que se saliesen de la ciudad y *la dejasen libre y se fuesen a sus tierras*". El atropello a la justicia cometido por el Marqués en Córdoba lo calla para que no resulte atropellado el sobrino del biografiado; pero la frase subrayada indica que el municipio cordobés estaba sojuzgado por la familia Aguilar, cuyo representante por el nacimiento era el de Priego y por la fama el Gran Capitán.

Don Fernando, aunque resuelto a castigar al Marqués, según el relato de Ayora, quiso e intentó evitar mayores males procurando que el rebelde no lo resistiera dentro de Córdoba; mas al decírselo al Nuncio del Papa que lo acompañaba, el Comendador de Castilla le dijo esa frase lapidaria: o a Córdoba o a su reino de Aragón, es decir, o a restablecer la disciplina social o a perderlo todo; y esto se lo dijo el que ejercía el supremo mando de la orden de Santiago. El Rey, pues, veía la necesidad de castigar, mas procuraba usar de la mayor benevolencia.

La Crónica manuscrita del Gran Capitán, afirma que su sobrino fué a verlo cuando volvió de

Nápoles y "vió cómo su tío había sido castigado por el Rey a no le dar el Maestrazgo de Santiago, con cuya promesa lo había traído de Nápoles y... se volvió a Córdoba muy descontento". Ningún otro historiador menciona esa causa, pero esa especie es la que más ha prosperado, siendo ella uno de los argumentos mayores contra la buena fama del Rey Católico, hasta el punto de llegar algún historiador erudito a presentar como causa de aquel enérgico proceder de don Fernando contra el de Priego su afán de vejar al conquistador de Nápoles. Era natural que éste intercediese por su sobrino y que para mejor lograr el perdón solicitara el apoyo de otros personajes; sábese que solicitó el de Cisneros y que le fué negado con toda decisión; el castigo fué llevado a cabo sin contemplación a nadie y Andalucía quedó en paz y sosegada.

Mas para demostrar a Gonzalo de Córdoba que contra él no iba nada, como para compensarle de la demolición del castillo de Montilla, donde había nacido, le dió la tenencia de Loja, donde se retiró sin ir a la Corte el resto de su vida.

En general, toda la nobleza, así castellana como andaluza, se sintió mucho de esta conducta del Rey y todos los nobles a una procuraron salvar al Marqués, como uno de los suyos; pero don Fernando se mostró inflexible y llevó adelante sus planes hasta realizarlos por completo, contrariando su natural bondadoso, pues creía que debía proceder así para sentar su autoridad y así procedió. Zurita da la razón de esa conducta: el Rey sabía que poder que transige, es poder muerto, "que si la justicia una vez perdía su autoridad los pueblos serían mal regidos...", que la ofensa de la justicia era mal que tocaba a todos y la

autoridad general provecho de todos". Principio de gobierno cuya inobservancia conduce los pueblos a la ruina.

Nadie vió en esa conducta de don Fernando agresión al Gran Capitán, aunque todos, por no haber nunca visto castigo tan ejemplar de un noble tan poderoso y tan bien emparentado, lo vieron con asombro; el Gran Capitán sí lo vió como agresión a él y sus crónicas así lo manifiestan, relacionándolo con la incumplida promesa del Maestrazgo de Santiago, hecha en Nápoles como cebo para traerle a España.

Son realmente dos hechos distintos esa promesa y el acto de rebeldía del Marqués, pero los relacionan las crónicas uniendo este acto del sobrino con el disgusto que le produjo el menosprecio del mérito del tío al no investirle del cargo que apetecía y que se le había prometido.

Es cierto, porque lo dice Zurita, que en Nápoles prometió don Fernando a don Gonzalo el Maestrazgo de Santiago, no para entonces, sino para cuando estuviera en España, para lo cual propuso al Papa cierto procedimiento que asegurase el cargo a la persona del Gran Capitán y no produjera trastornos en la Orden. Don Fernando y éste no ignoraban que la nominación de Maestre de Santiago venía siendo desde más de un siglo motivo de discordia entre sus miembros y de guerras civiles en el reino; para evitar sin duda complicaciones, propuso al Papa renunciar él a la administración del cargo, no ahora, sino al estar en Castilla, en manos de uno de estos tres Prelados: los Arzobispos de Sevilla y Toledo y Obispo de Palencia, o en los tres como comisionados de S. S., y que a uno de estos Prelados o a los tres diese poder el Papa de nombrar Maestre a don Gonzalo; pero

esto en el momento en que al Rey pareciese oportuno, por temer que al conocerse en Castilla su resignación, el Prior y los trece, cumpliendo los estatutos, procediesen a elección definitiva y que turbasen la Orden y estableciesen en ella un cisma.

El Papa aceptó todo menos lo del aplazamiento y el Rey se excusó de aceptarlo de otro modo del que él proponía, y "con este color y achaque se fué dilatando, no sin gran sospecha que el Rey usó con esto de artificio por traer al Gran Capitán consigo y tenerlo prendado hasta tener asegurada su entrada en Castilla".

Si el Rey Católico hizo la promesa con propósito de no cumplirla y la manera en que propuso al Papa el nombramiento del Gran Capitán fué un artificio, es una hipótesis que tanto puede tener de verdadera como de calumniosa; la historia de la Orden da fe de que los temores de don Fernando no eran infundados; las precauciones, por tanto, para evitar la repetición de hechos desagradables estaban muy en su punto.

La conjetura de que fué artificio para sacarle de Italia parece hacerla cierta el hecho de que una vez en España no cumplió lo prometido; pero examinados los hechos de los dos, Rey y vasallo, esa aparente verdad no lo es. Los motivos que da Zurita para que le fuese ofrecido el Maestrazgo de Santiago son que decíase que trataba de concertarse con el Rey de Francia y "allende de las pláticas que fué muy público que tenía con el Rey de Romanos (padre del Hermoso) y con la señoría de Venecia, avisaban de continuo que tenía muy secreta inteligencia con el Papa... y que deliberaba aceptar el cargo de capitán general de la Iglesia". Venidos los dos a España, el Gran Capitán o por lo de su sobrino o por lo del Maestrazgo o por am-

bas cosas, no andaba muy contento del Rey y reanudó esas negociaciones con el Papa si es que las había roto: se lo denunció al secretario del Rey, el sobrino y secretario del mismísimo Cardenal Cisneros, con autorización o mandato de éste, Fray Francisco, en carta que publica el señor Rodríguez Villa en su libro *Doña Juana la Loca* (pág. 453) y de la cual es este párrafo: "Ansi mismo aviso a V. Merced para que avise a S. A. si acaso esto no sabe quel sobredicho Grand Capitán trae cierta contratación con S. S., procurando ser gonfalonero y capitán de la Iglesia y habrá cuarenta días que hizo sobre ello correo y está agora cada día esperando la respuesta y diz que le da el Papa cincuenta mil ducados en el dicho oficio. Esto supe de persona que está en su misma casa, que es mucho mi amigo y me lo dijo en muy grand secreto. Y porque sé que sabe s. m. de la manera que éste está y cuanto podría deservir teniendo el dicho cargo, así por su reputación tan grande como por tener allá estado y saber las cosas de acá acordé de lo escribir a V. M. y hacérselo saber y aun al Cardenal le pareció que lo debía así hacer para que V. M. avise a su Alteza".

El Rey no podía negar crédito a una denuncia de tal origen; y no hubiera obrado justamente dándole para desviarlo de aquel camino, lo que el Gran Capitán pretendía, el Maestrazgo de Santiago y el perdón del de Priego. Esto hubiera sido claudicar y poner la realeza a los pies de su vasallo.

Pero ¿y los servicios de este personaje?, dicen sus entusiastas, que por serlo han de ser detractores del Rey; don Gonzalo Fernández de Córdoba en efecto prestó grandes servicios a la Corona, pero fué remunerado por ellos con munificencia real: toda su vida vivió a lo príncipe, emulando

la pompa real y aun superándola, sin tener fortuna personal, pues la heredada la derrochó apenas recibida; su prodigalidad fué famosa y pudo soportarla juntamente con su lujo; además del título de Gran Capitán obtuvo los de Duque de Terranova y de Sesa con la villa de este nombre; se los dió don Fernando, pues están registrados ambos títulos en la cancillería de Aragón; y, en Castilla, la villa de Loja. Si vivió retirado de la Corte en sus últimos años fué por su voluntad, por no avenirse con el Rey — don Gonzalo sabía quién era — y muy probablemente tampoco con los nobles, sus iguales.

Al morir doña Isabel quiso don Fernando que viniera a Castilla el Gran Capitán, porque él había pedido venir, e insistió en que viniera, aun después de cerciorado de su lealtad, para que su prestigio afianzara su autoridad de regente y porque vale más sacar a los hombres de los peligros de caer que confiar en que no caerán. Por esta razón lo trajo a España con él, pero, además, para ser verdadero Rey de Nápoles, pues hasta entonces lo había sido su conquistador.

Política internacional de Fernando el Católico

Desde 1469 en que salió de Aragón para ir a Castilla a efectuar su matrimonio con Isabel, hasta 1516 en que murió, pasaron cuarenta y cinco años y durante ellos apenas cinco vivió en su reino de Aragón; amó más vivir en Castilla y residir en este reino que en el suyo y prefirió reinar en él a reinar en el heredado de su padre; para él no había reinar sino reinando en el de su mujer.

Era natural: sus progenitores eran los dos castellanos, se habían casado con fines de política castellana; en Castilla tenían sus afectos familiares presentes y los del abolengo, sus intereses y sus aspiraciones; el padre y la madre le hablarían de su patria como de la tierra de sus mayores, y de su dinastía, la más noble y más poderosa de la tierra: el desdichado Enrique IV, según su crónica, vivía en esta ilusión, olvidado de la madre de su tercer abuelo Enrique de Trastámara.

A esto, bastante para que mirase como inferiores sus dominios propios, uníase, por lo menos en la madre, el estado de insurrección de Navarra y Cataluña mientras ella vivía; no podía serle grata la vida en un país que rechazaba a su marido y con éste a ella y a su hijo.

Si ya entró en Castilla con estas ideas, una vez allí se afirmó en las mismas; a sus ilusiones cumplidas se juntaban las de su mujer; luego

hubo casi de conquistar reino tan anhelado y más tarde asegurárselo y trabajar para mantenerlo en paz, y con todo esto fué creyéndolo cada vez más suyo y se fué distanciando del propio. Su vida entera dedicó a Castilla para gobernarla en justicia y para engrandecerla; para ella conquistó Granada, utilizando cuando pudo los recursos y los hombres de Aragón; consintió que las tierras descubiertas por Colón fuesen declaradas de la soberanía de Castilla; últimamente le anexó Navarra, contrariando la Geografía y la tradición; en favor de Aragón directamente no hizo nada.

Y, caso muy digno de ser notado: los castellanos de su tiempo no lo amaron: reconocieron su buen gobierno, pero, mientras vivió doña Isabel, lo atribuyeron a ésta, consintieron aquella expatriación ignominiosa y forzada, prefiriendo el mando de un extranjero al suyo; y si al morir el yerno, lo llamaron y lo acataron, no fué por afecto, mas por considerarlo el único capaz de impedir que volvieran los terribles tiempos del reinado anterior; los castellanos posteriores lo tratan aún peor; no hay una historia de su reinado que no contenga diatribas contra su persona y su fama y una negación de sus méritos reales y positivos.

Al revés en Aragón: no hizo nada por él, apenas lo visitó y todas sus visitas fueron interesadas; y, sin embargo, los aragoneses lo amaron y lo siguen amando y lo tienen aún por uno de sus grandes monarcas, quizá por el más grande de todos. El intento de asesinarlo realizado en Barcelona por el loco Cañamás, nada obsta a esta afirmación; antes el universal dolor y los ardientes deseos de que se salvara son prueba de ese amor.

Y es que entre su reinado y los de su padre y tío media el abismo que entre su gobierno y el

reinado de su antecesor Enrique IV. Fernando mantuvo en paz sus Estados y consecuencia de la misma fué un florecimiento aragonés que levantó este reino a una altura nunca después superada. Y Aragón lo recuerda.

Vióse entonces en este reino cuánto la vida política de un estado influye en su prosperidad: una de las fuentes más copiosas de bienestar que don Fernando abrió a su reino fué su ausencia; tenían los aragoneses un refrán que decía: "Rey tengamos y no lo veamos", aludiendo al impuesto de cenas equivalente a los yantares de Castilla, y a Fernando apenas lo vieron; pero no fué el no exigirse esa exacción la causa de la prosperidad, sino el entrometerse el Rey en la vida social sólo para extirpar de ella gérmenes morbosos, no para regularla y encauzarla.

Pudo ser esto por consentirlo la robusta constitución política aragonesa, fundada aun entonces en la tradición y no en leyes; los municipios eran fuertes y la nobleza no era militar al modo de la castellana, sino cortesana como hizo don Fernando a la de Castilla; nobles, ciudadanos y pueblo seguían caminos distintos, pero paralelos y conducentes al mismo fin. El papel del Rey era el del observador que espía la marcha para que nadie salga de su ruta, papel propio de los gobiernos centrales. Don Fernando limitó a este papel el ejercicio de la soberanía; dejó libre a la ciudad para que desarrollara sus iniciativas sin trabas, pero cuando alguien se extralimitó de sus funciones o perturbó la paz cayó sobre él implacable y castigó como merecía el delito.

Signo de la riqueza existente en Aragón y de su hegemonía mercantil en España es el haber sido en este tiempo moneda tipo o patrón, al cual se

referían todas, el florín; y prueba del comercio que mantenía con la Europa central el haber sido una ciudad de la Corona de Aragón, dúdase cuál sea, pero una de ellas, la primera de la península que conoció la imprenta. Los puertos de Barcelona y Valencia eran mundiales y mantenían intensas relaciones mercantiles con Oriente e Italia; sus naves pasaban al Atlántico, llegaban a Inglaterra, Holanda y ciudades Hanseáticas.

Y, hecho digno de ser notado también: don Fernando por sus afectos e inclinaciones y por sus propósitos quiso ser un Rey castellano y, sin embargo, si por su alejamiento de Aragón, que le impidió ocuparse de negocios menudos introduciendo causas de perturbación en la vida política interna del reino, fué un buen Rey, por su política exterior fué el monarca que con más fervor desarrolló la más conveniente a este reino y que puede llamarse sin reserva alguna política mediterránea, porque todas sus empresas y guerras, todas sus alianzas, tienden a un fin: al dominio del Mediterráneo occidental.

Esta idea le lleva a luchar con Francia, esta lucha le inspira los matrimonios de sus hijos, la misma le mueve a enviar un ejército a Italia y sus escuadras al Norte de Africa, política enteramente aragonesa, continuación de la que desde Pedro el Grande venían practicando los Reyes de Aragón, con más o menos intensidad, y que con él alcanza su máximo desarrollo.

Como a sus antecesores, lo empujaron hacia esa práctica las ambiciones francesas empeñadas en los siglos XII y XIII en llegar al Pirineo y anexarse los territorios situados al Norte de la cordillera, vasallos de los Reyes de Aragón, de Navarra y de los Condes de Barcelona; logrado esto en tiempo de

Jaime I, en rebasar los Pirineos estableciéndose en la vertiente española con la anexión del Rosellón en Oriente y de Navarra en Occidente, encerrando así entre territorios franceses la parte ístmica o continental de la Península, que, de no oponerse tan tenazmente don Fernando, o de ser derrotado, quién sabe qué suerte habría corrido.

La tenacidad con que Juan II de Aragón defendió su corona de Navarra, tanto fué debida a su orgullo de no descender de categoría como a su miedo de que abandonada por él y en manos de su hijo, el de Viana, por matrimonios posteriores viniese a ser una posesión de Francia como ya lo fué en el siglo XIII. Don Fernando carecía de todo derecho a ese reino, pero su porvenir fué la obsesión de su vida por la misma razón; por eso vigiló la política navarra como si fuese propia, hasta que lo fué.

Mayores luchas hubo de sostener en cuanto al Rosellón, pero también logró recuperarlo: la unidad nacional le debe eso y la conquista de Granada.

La conquista de Nápoles es un episodio de su lucha con Francia, como lo es la de las Vísperas sicilianas en tiempo de Pedro III; se traslada el campo de batalla, pero los beligerantes son los mismos que en el Rosellón; y en ambos episodios se toma pretexto de vínculos familiares. Nápoles en manos francesas amenazaba Sicilia y constituía un peligro para la marina española; la costa italiana del mar Tirreno corría riesgo de ser toda francesa y a impedirlo fué el Rey Católico aliándose con potencias italianas y enviando sus ejércitos a partes de esa península que no tiene ánimo de anexarse, porque, anexadas, habían de ser carga pesadísima y posesión de mero nombre.

A Castilla directamente esta política no le interesaba; nunca este reino había intentado nada contra Navarra ni se había interesado jamás por el porvenir español o francés del mismo; había sido siempre admiradora de Francia y constantemente había sufrido su influencia.

Hubo sin embargo una causa de decidirse ahora también por esa política antifrancesa: la amistad y alianza de Portugal con Francia y el peligro que esto suponía para la tranquila posesión del reino por doña Isabel. Alonso V, el vencido en Toro, no comprendió que el Rey ultrapirenaico lo echaba contra Castilla no por reconocerle derechos, sino para que pelease por él y le ayudase contra su enemigo, el aragonés; y se lanzó a la aventura de la guerra tan desdichada para él; murió este monarca, y su hijo don Juan, hombre de carácter duro y severo, no quiso presenciar la profesión religiosa de la Beltraneja y en su odio a doña Isabel persiguió cruelmente a los miembros de su familia afectos por parentesco a la Reina de Castilla, hasta el punto de mandar dar muerte al Duque de Braganza y matar él con sus propias manos al de Visco, hijo de doña Beatriz, hermana de la madre de doña Isabel. Este odio le llevó a mantener la Beltraneja, aun después de la profesión, fuera de su convento, con gran fausto de casa, y a pensar en casarla con el Rey de Navarra, Francisco Febo. En todos estos manejos intervenía el Rey de Francia, quien a su vez intrigaba con la Corte pontificia para poner obstáculos a los Reyes en su política interior. Por intrigas de aquel Rey había concedido el Papa la dispensa de matrimonio del Rey de Portugal con la Beltraneja y por el mismo tiempo, cuando aun no había reconocido a los Reyes,

dió poder de legado suyo al Arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo.

Estos incidentes movían a doña Isabel a ver en Francia un enemigo suyo y de su reino, a mirar con simpatía la política exterior de su marido y a secundarla como propia suya.

Esa política decidió también el matrimonio de los hijos de los Reyes. El propósito de anular los derechos de la Beltraneja motivó el de la primogénita Isabel con el primogénito de Portugal: era posible que de este enlace naciera un Príncipe que reuniera en su cabeza las coronas de su madre y la de su padre; pero viviendo el Príncipe don Juan lo posible no era lo probable ni menos aun lo seguro.

Mas, aunque se ajustó este matrimonio, pronto vino al ánimo de los Reyes el arrepentimiento de haberlo concertado; la Princesa era la primera entre sus iguales; vinieron solicitudes de su mano de parte de más altos Príncipes de Europa, y los padres de la Princesa fueron tentados de la vanidad; el Rey de Portugal era poco para ella y ellos, y en 1484 trabajaron por que aquel matrimonio se realizara no con doña Isabel, sino con doña Juana; esto demuestra que al pactarlo no se tuvo en cuenta la posible unión de los Reinos españoles; la tentativa disgustó al portugués, que hizo cuestión de honor casar su primogénito con la primogénita de Castilla, y del disgusto nació la persecución de la casa de Braganza.

Dos causas fueron determinantes de los matrimonios de los hijos de los Reyes: la vanidad excitada por la necesidad. Hasta reinar ellos, las casas Reales de Aragón, Castilla y Portugal habian entroncado entre sí; las Reinas extranjeras en cada uno de esos reinos fueron muy pocas; ahora, casada la Reina de Castilla con el Rey de Aragón, las

casas reales se reducían a dos, y siendo cuatro las Princesas castellanas, y obligadas por la etiqueta a casar con Príncipes, era menester buscarlos fuera; un matrimonio en aquel tiempo era prenda de alianza, y la fama del poder de los Reyes hizo que vinieran a solicitar la mano de sus hijas los mayores potentados de Europa; hubo principios de tratados matrimoniales entre el Rey Carlos de Francia y la Infanta Isabel; los hubo entre el Rey de romanos Maximiliano, que envió sus embajadores para este fin en 1488; pero la insistencia de Portugal en que se cumpliera lo pactado obligó a casarla con el heredero de este Reino, y muerto éste al poco tiempo de ser yerno de los Reyes, volvió a casar con el Rey mismo; este segundo enlace se hizo ya con vistas a una posible herencia de Castilla y Aragón, pues el Príncipe don Juan había muerto.

Los matrimonios de los dos hermanos Juana y Juan con los hermanos también Felipe y Margarita fueron hechos con entera satisfacción de los Reyes que los festejaron con pompa inusitada; ¡quién había de decirles el triste fin de aquellos dos hijos!, porque a la satisfacción de emparentar con el emperador de Alemania se unía la de ganar, así lo creían, un aliado poderosísimo contra Francia; a igual fin respondió el matrimonio de la infeliz doña Catalina, primero con un pobre enfermo y luego con el que fué Enrique VIII de Inglaterra. De todos sus hijos sólo fué feliz la menor, María, la Reina de Portugal.

La política mediterránea

Castilla no pudo pensar en guerras de conquista en Africa en tanto que hubo infieles dentro de Granada; para ella los africanos eran correligionarios y auxiliares de los granadinos, enemigos de los cristianos, cuyas costas asolaban con asaltos repentinis que obligaban a los pueblos a una muy activa y perpetua vigilancia.

La guerra contra ellos adoptaba igual táctica de armar sigilosamente una expedición y caer por sorpresa sobre poblados de la costa africana, matar a los hombres, cautivar a sus mujeres y niños y saquear las casas; estos ataques eran incidentes locales, que muchas veces no llegaban a noticia de los cristianos ni a la de los cronistas; Palencia menciona una incursión de éstas, realizada en 1485 por jerezanos y hombres del Puerto.

Conquistada Granada, pensó don Fernando en una guerra más eficaz en el norte africano y pidió al Papa para llevarla a cabo las rentas de los Maestrazgos y las gracias de cruzada durante el tiempo que durase aquélla. El Papa otorgó cuanto se le pedía a los dos, en cuanto Reyes de Castilla, Aragón, Valencia y Sicilia, para la conquista del Africa, pero con la condición de que no se perjudicase con ello a ningún Príncipe cristiano. Y se interpuso Portugal, que alegaba derechos sobre el Reino de Fez, imperio de Marruecos, nacidos de concesión tam-

bién apostólica, reconocidos en el tratado de Alcántara negociado en 1480 por doña Isabel y su tía doña Beatriz, y nuevamente confirmados por el Papa; además, los portugueses dominaban en Ceuta desde 1415, y en Tánger y Arcila desde 1471; de las negociaciones seguidas a consecuencia de la petición de los Reyes resultó que fuesen reconocidos una vez más los derechos de Portugal y que Melilla se segregara del Reino de Fez y se incluyera en el de Tremecén; en el Atlántico fué reconocido el derecho de España al territorio comprendido entre los cabos Nun y Bojador.

En querer llevar la guerra a Africa influían seguramente estímulos de fe, pero también, y en alto grado, intereses nacionales; los turcos en 1481 habían puesto el pie en Otranto a la vista casi de Roma y la cristiandad se había alarmado; todo el Mediterráneo oriental estaba en poder de los sultanes de Constantinopla, que se habían atrevido a enviar embajada al Rey Católico cuando estaba en país granadino, a requerirle que desistiera de la conquista, y ese poder amenazaba su Reino de Sicilia y las costas de Cataluña, Valencia y Baleares; la prosperidad y aun la vida de estas tierras suyas corrían gran riesgo. Don Fernando vió en toda su magnitud el problema del Mediterráneo como su tiempo lo planteaba y quiso prevenirlo en Occidente, convirtiendo este mar desde Sicilia al Estrecho en un mar español.

La conquista de Africa tenía por fin dar seguridad a las costas españolas haciendo imposible las sorpresas de los corsarios berberiscos con la ocupación de sus puertos y, al propio tiempo, privar a los corsarios turcos de refugios y de auxiliares.

Otros negocios no de mayor importancia pero más perentorios, de más relumbrón, guerras de

Italia y expediciones americanas, impidieron realizar esta política por absorber la actividad naval de los Reyes.

Precisamente, como si fuera providencial, sucedió que la primera conquista africana se hizo con la escuadra preparada para la expedición de Colón en 1497, como si fuera aviso de la Providencia de que no en América sino en Africa estaba el verdadero porvenir de España, el camino de su expansión y su verdadero imperio; el Duque de Medinasisdonia hizo ir aquella escuadra a Melilla, nido de piratas abandonado por los moros; realizada la ocupación y guarnecida la plaza, la escuadra zarpó para descubrir más tierras en el mar océano. Nada de lo que descubrieron se conserva para España, Melilla sigue siendo española.

Esta conquista dió alguna seguridad a las costas españolas situadas entre el cabo de Gata y Tarifa, pero no impedía que desde Orán y puertos situados al Oriente de éste, salieran otros corsarios al saqueo de los pueblos y cautiverio de sus habitantes; este daño, sin embargo, no era tan grande como el que los turcos causaban y se preveía que podían causar. Sólo el Rey Católico entre todos los Príncipes de la cristiandad y entre todos los pueblos mediterráneos se dió cuenta del peligro, y, sin requerimiento de nadie, envió una escuadra en auxilio de los venecianos, entendiendo, como dice Zurita, que llevando la guerra a Oriente aseguraba Sicilia y Nápoles y libraba de sus asoladas las costas de la península. Don Fernando (año 1500) veía la necesidad de un Lepanto casi un siglo antes que la necesidad forzara a los cristianos a unirse.

Sólo él tuvo esa gran visión del porvenir y del peligro, para la civilización y la seguridad de los mediterráneos, de los avances turcos, pues los Prín-

cipes italianos andaban en tratos con los Sultanes y se aliaban con ellos; y la misma república de Venecia, mirando más al presente que al porvenir, en sus intereses mercantiles, que son de momento, que a los territoriales, que son perennes, negociaba con el Sultán para que éste procurase entorpecer en la India el comercio de los portugueses.

La guerra contra los turcos fué la gran preocupación de don Fernando; el destruirlos o por lo menos contenerlos en el Mediterráneo oriental fué su obsesión; en esto se adelantó a su tiempo y, naturalmente, fracasó. Pero, sin darse cuenta de su fracaso, insistió en su idea; en 1509 pensaba seriamente en capitanear él mismo una expedición contra los turcos, la tenía planeada y habíala consultado con el Papa y con otros Príncipes, comprendiendo que empresa tan grande no podía realizarla un solo Estado; y en 1511, tan adelantada llevaba la organización, que tenía nombrados los capitanes de las tropas que debían acompañarle y habían llegado a Cádiz compañías inglesas, tomadas a sueldo para este fin. El intento de Francia de resucitar el Gran Cisma de Occidente perturbando a la cristiandad, le obligó a desistir.

Este gran pensamiento no le impidió desarrollar una política netamente africana o de territorialidad, llevando la guerra de conquista a las tierras bereberes y satisfaciendo una aspiración de los andaluces, únicos, dentro de los dominios de Castilla, que sentían la necesidad de conquistarlas.

Por el tiempo en que murió la Reina planeaba el Conde de Tendilla, de acuerdo con los soberanos, desembarcar en Africa con un poderoso ejército y tomar las plazas situadas entre Melilla y Trípoli; las novedades ocurridas en Castilla después de la muerte de la Reina hicieron desistir al Conde; pos-

teriormente unos mercaderes mallorquines confabulados con algunos moros de Tedeliz proponían al Rey entregarle esta plaza; pero reconocida en secreto la ciudad se halló no corresponder su importancia a los cuantiosos gastos que exigía la empresa y se desistió de acometerla; pensóse en cambio ir contra Mazalquivir u Orán; pero como el Rey no tuviese recursos para el equipo de la armada y sostenimiento del ejército, medió Cisneros, que dió al Rey prestados once cuentos de maravedís, y la expedición guiada por el Alcaide de los Donceles, don Diego Fernández de Córdoba, se apoderó de la primera de aquellas dos ciudades en septiembre de 1505. Desde ella hizo entradas en el Reino de Tremecén usando el sistema de guerra de los andaluces contra los moros granadinos, y en una de ellas sufrió un fuerte descalabro en 1507.

Mas no por esto abandonó don Fernando su política africana; anduvo en tratos con un Rey de Túnez, hijo de Tremecén, quien le ofrecía la entrega de las ciudades de la costa reservándose Tremecén y un lugar marítimo; pero estos tratos no tuvieron efecto; también por este tiempo medió en las discordias civiles de Marruecos, dando favor a uno de los que pretendían reinar, quién se reconoció su vasallo y prometió ayudar a la conquista de Orán; con este motivo hizo el Rey Católico armar las galeras de las órdenes militares, de las cuales nombró capitán general al Conde Pedro Navarro.

Por entonces los piratas de la costa de Alhucemas devastaban las costas españolas desde Tarifa al cabo de Gata y los de Orán las de Murcia; Pedro Navarro les cortó la retirada, tomó algunas naves y se apoderó del Peñón de Vélez.

Tanto por piratas como por infieles era necesario castigarles y dar un golpe de efecto, acometien-

do una empresa de resonancia que acobardase a los berberiscos y levantara el ánimo de los españoles, y ese golpe creyeron el Rey y Cisneros que debía darse en Orán, la ciudad más inmediata a España, más rica y potente y donde se fraguaban las piraerías más peligrosas.

No teniendo el Rey medios para la expedición que se juzgaba precisa, los ofreció el Cardenal, quien, a semejanza del Conde de Tendilla, pidió al Rey ser él el organizador de la hueste y de la armada y su director o capitán general, llevando a sus órdenes como técnico militar al Conde Navarro; para ello Rey y Arzobispo firmaron una capitulación según la cual el Rey daba al Prelado todos los poderes necesarios para el armamento de la escuadra y ejército y se obligaba a reintegrarle de los gastos que hiciera, más a declarar sufragáneas de la diócesis de Toledo las iglesias que en Africa se estableciesen, y el Prelado a su vez se obligaba a ir en persona a la conquista y a pagar cuanto la expedición costase y a mantener la plaza dos meses después de conquistada.

Firmada esa capitulación o contrato, don Fernando se desentendió de cuanto con este negocio se relacionara, pues corrió todo por la mano del Cardenal. La expedición no pudo dar un resultado más favorable y más rápido, y sin embargo los panegiristas de Cisneros se ceban en el Rey Católico acusándole de cuantas malicias pueden, como si hubiera hecho formal propósito de que la expedición fracasara.

Hácenle cargo en primer lugar de no haber puesto al frente del ejército al Gran Capitán, como quería Cisneros, sino a Pedro Navarro, de lo cual sacan la consecuencia de que se retrajeron de ir muchos nobles y se debilitó el ejército; y eso de que lo

quería Cisneros no está probado por ningún documento ni por indicios, sino por dichos de quien ya no conoció al Cardenal y escribió su elogio y no una historia. Pudo ser que se pensara en don Gonzalo, pero no es seguro que se pensara; la empresa no era tan grande que requiriera el empleo del mayor prestigio militar del tiempo; la magnitud se la dió a la empresa la presencia de Cisneros; sin él hubiera sido como la de Bugía o Mazalquivir; la campaña que iba a emprenderse no era ni similar a las de Italia por no ser lucha de dos ejércitos organizados y disciplinados, sino choque violento de dos masas humanas en las que vencía ni siquiera el más numeroso, sino el más feroz y valiente; se desarrollaba en un terreno cuyo clima exigía condiciones especiales en los soldados y en los jefes; la derrota del Alcaide de los Donceles dos años antes entre Tremecén y Orán, la del Duque de Alba en los Gelves un año después, demostraban que el clima era un factor con el cual había de contar un caudillo, y en este punto Pedro Navarro, soldado en Nápoles, jefe de guerrillas, capitán de naves, acostumbrado a mandar como mandaban los arraeces, de poco o de ningún escrúpulo, era el hombre necesario, el único capaz de guiar una tropa como aquélla; por eso hasta se dice que recomendó su nombramiento el propio don Gonzalo.

Este hombre y Cisneros no se entendieron; los dos querían ser obedecidos con sumisión ciega; Cisneros, ignorante de las cosas militares, recibía órdenes o encargos del general, y él daba órdenes a su vez para que aquéllas fueran cumplidas, y creyendo que equipar un ejército y una escuadra era como organizar una Universidad o imprimir la Poliglota, se desesperaba de los retrasos y creía

dilaciones interesadas cuantas se oponían a la salida de la escuadra. Pedro Navarro, que no podía vivir ocioso, planeaba empresas menores, en tanto que se reunían las naves y tropas de la mayor, y Cisneros se alarmaba, pensando que esto iba contra lo suyo. A su vez, Pedro Navarro, viendo tanto preparativo para lo que él juzgaba que no lo merecía y el secreto que se guardaba, creyó que se le llevaba contra venecianos, cosa que no le placía, no quizá por ser amigo de éstos, sino por temer que el botín no fuese tan grande, y hubo choque entre los dos por esta causa: "Hubo hartío que hacer, dice Zurita, en concertar dos condiciones tan diferentes, queriendo el que toda la vida había sido religioso entender en las cosas de la guerra, y el soldado que por ello de muy bajo lugar había subido a tanta estimación, que formara escrúpulo si fuera contra enemigos tan extranjeros". Prestó el Conde al Cardenal homenaje de ir con él adonde le llevara y el Cardenal le dió seguridad de ir contra moros y no contra cristianos.

No hay una carta del Rey o de Cisneros que dé motivo a ver en la conducta del primero desdén hacia la empresa que el segundo acometía y ¿cómo podía ser que un monarca viera de ese modo desdenoso un acto de guerra de cuyo éxito dependía la vida de muchos hombres, el buen o mal empleo de tantos caudales, el prestigio de su reino y de su nombre y el aumento de su corona?

La única discrepancia entre el Cardenal y el Rey conocida es respecto a si los bastimentos habían de concentrarse en Cartagena o en Mazalquivir; el primero exigió que fueran en Cartagena por creerlos más seguros aquí que en el puerto africano, y, como amenazara con abandonar la empresa, ni se hizo. ¿Hay quién pueda ver en esta discrepan-

cia animadversión del Rey hacia Cisneros y su empresa? ¿Si Mazalquivir había de ser la base de operaciones contra Orán y en ese punto habían de almacenarse las municiones de boca y guerra, era conveniente abastecerlas antes de desembarcar el ejército o al propio tiempo que éste? La respuesta es opinable, pero cualquiera que sea no será hija de la malevolencia.

La armada se hizo a la mar el miércoles 16 de mayo desde el puerto de Cartagena; al día siguiente, jueves, fiesta de la Ascensión, ancló en Mazalquivir; el viernes por la mañana desembarcó el ejército y sin descansar marchó hacia Orán.

Propiamente no hubo batalla sino matanza; formaban el ejército cristiano soldados de Italia, marinos andaluces y murcianos, gentes acostumbradas a resistir y atacar a piratas y a combatir lugares marítimos y tropas de las hermandades, todos aguerridos; eran los moros los habitantes de la ciudad, muy animosos antes de entrar en batalla, pero que apenas dieron vista al enemigo corrieron a encerrarse en la ciudad y en sus casas y en sus mezquitas sin apenas defenderse; los de Navarro asaltaron las murallas, penetraron en el recinto y mataron y saquearon a su antojo; tan rápida fué la acometida y tan fácil el triunfo, que lo achacaron a milagro y muchos tuvieron por cierto que Dios había reiterado el milagro de Josué.

Al día siguiente, sábado, le llevaron la noticia a Cisneros, que aunque salió con la tropa y con cruz alzada, se volvió a Mazalquivir al abrigo de la escuadra, a ruegos, dice, de muchos; el domingo inmediato entró en Orán, consagró la mezquita convirtiéndola en iglesia cristiana y dijo la primera misa; el martes regresaba a su galera y el miércoles se reembarcaba para España tomando tierra

en Cartagena el jueves siguiente. En una semana justa había ido, conquistado Orán y estaba de regreso en España; con más razón que César pudo decir: *veni, vidi, vici*.

Tan rápido viaje tiene explicación en dos causas humanas naturalísimas: una, que la misión de Cisneros había terminado; en tanto que se trató de organizar tenía un papel; ahora eran las armas las que debían hablar y Cisneros no era hombre de armas; otra, el Cardenal debía desear dar a conocer en España el triunfo logrado, y ningún mensajero podía decirlo como él.

El Cardenal dijo que había venido por miedo a los calores, por librarse de la fatiga y por enviar provisiones; que además de estas causas le había obligado a salir cuanto antes de Orán la agresividad soldadesca de Navarro: es más que posible, probable; pero en ninguna manera es culpable el Rey de estos incidentes.

Las cavilosasidades de los amigos de Cisneros han ensombrecido la figura de don Fernando con manchas imaginarias; Zurita expresa de este modo los motivos que pudo tener el Cardenal para su regreso: "ora fuese porque no había otra cosa más señalada en que emplearse o porque crecieron nuevas sospechas no solamente del Conde sino de parte del Rey, temiendo que le quería ocupar en aquella guerra por divertirle de las inteligencias que tenía con algunos de los Grandes de Castilla y que el Conde Pedro Navarro se pondría en otra empresa con la armada y le dejaría encerrado en aquel lugar y se serviría el Rey con tanta costa de su persona y hacienda o, lo que yo más creo, porque entendió que su edad y disposición no sufría tanta fatiga y aun también porque se enviase la posición que se requería para la fortificación y defensa de

aquella ciudad acordó de partirse". El analista aragonés tomó esa noticia seguramente del libro de Alvar Gómez de Castro *De rebus gestis a Francisco Gimenio Cisnerio*.

Este historiador que se dice "el más autorizado de los Cronistas del Cardenal" es el inventor de esos recelos, pero como necesitaba justificarlos inventó lo de unas cartas del Rey a Pedro Navarro interceptadas por aquél; en una "creyó ver algo que excitó sus recelos; en efecto, decía el Rey a Navarro *que procurase detener al Cardenal* mientras hiciese falta para la campaña. Ahora bien, a base de la poca simpatía que hallaba en el Rey y movido de su espíritu bilioso, sospechó que aquél le quería tener alejado con fines inconfesables o para servirse de sus recursos". El historiador moderno de quien se copia lo antecedente, además de admitir lo de la dicha carta, transcribe la interpretación que a ese pasaje de Alvar Gómez da un francés, Flechier, el más popular de los historiadores de Cisneros: "detened a ese pobre viejo que no vuelva tan aprisa a España, conviene usar de su persona y dinero mientras se puede, detenedle si podéis en Orán y preparad alguna otra empresa".

Pues bien, que tales cartas no han existido, púedese afirmar categóricamente; su existencia es una patraña burda que parece increíble que personas sensatas la hayan consignado. Orán se tomó un viernes y era muy de noche cuando la plaza estaba rendida completamente; hasta el sábado siguiente no lo supo Cisneros; admitiendo que ese mismo día al saber la noticia escribiese al Rey o que Navarro desde Orán lo hiciera también, el escrito no podía llegar a manos del destinatario hasta por lo menos cuatro días después si el viaje

por mar fué tan próspero que el domingo llegó a Cartagena la nave que la traía y que el hombre que la llevó desde aquí a donde estaba el Rey, Toledo o Valladolid, empleó sólo dos días en traerla; la carta a Navarro tardó otros cuatro días en llegar a manos de éste; hasta el sábado siguiente no podía leerla el general y el jueves Cisneros desembarcaba en Cartagena. Hoy mismo, con los medios de que disponen los correos marítimos y terrestres es materialmente imposible que una carta llevada en ferrocarril y barco pueda ir no a Orán, sino a Palma de Mallorca y tener respuesta de ella en Madrid desde un sábado al martes siguiente.

Pero es el caso que ese autor moderno que tanto se recrea usando frases durísimas contra don Fernando, declara él mismo cuatro páginas más adelante la inexistencia de esas cartas, pues dice que Cisneros en cuanto pisó tierra española "para llevar a la Corte la *primera* nueva de tan fausto suceso, envió luego con cartas al hijo de su amigo, Diego de Vera, y para mejor informar al Rey escribe esa carta cifrada Almazán, Secretario de éste, y manda a Francisco Ruiz para que de viva voz informe de todo". Según esto, que es la verdad documental, don Fernando no supo la conquista de Orán hasta que Cisneros se la comunicó desde España. ¿Cómo pudo, pues, escribir a Navarro y enviarle la carta a aquella ciudad?

Un tan pronto regreso causó naturalmente asombro como lo causa hoy, por ser extraordinaria hazaña la realizada, y es muy natural que las gentes se lanzaran a conjeturar motivos ocultos, pero nadie entonces vió en don Fernando esos motivos; el propio Cardenal da en sus cartas razones de gran humanidad para justificar su vuelta y no se

muestra quejoso más que de Navarro; vino para librarse de disgustos y fatigas, para proveer a la conquista y tanto como para esto para gozar del triunfo. Y no es esto denigrarle; es tan humano, que quisiera ser él mismo quien trajera la nueva de la victoria que Dios le había dado, que no merece reproche alguno; pero si ni él ni nadie reprochó a don Fernando haber maltratado al Cardenal directa o indirectamente, ¿por qué los posteriores han de reprocharle? Hay que afirmar en este punto como en tantos la injusticia con que es tratado, y el historiador que desapasionadamente lo juzga guiado por testimonios de la época, sólo encuentra esta razón: don Fernando está sobre todos los hombres de su tiempo, aunque sean tan grandes como Cisneros y el Gran Capitán; y los panegiristas de éstos, no pudiendo levantar más a sus héroes, lo achican aun calumniándole, para que así, empuñecido, aquéllos le sobrepujen.

Si Cisneros no se mostró quejoso del Rey, éste sí de Cisneros; el Cardenal, ufano de su victoria, la publicó en todas partes y la hizo saber al Papa desfigurada a su provecho; diciendo o haciendo creer lo que no era del todo cierto, es decir, declarando a medias la verdad, por lo cual el Rey escribió a su embajador en Roma para que dijera al Papa y a los Cardenales la verdad completa, que es la sola verdad. Publicó esa carta un historiador honrado y poco afecto a don Fernando, dándole fe absoluta y para rectificar lo que “equivocadamente se tiene por averiguado, que las gentes de la expedición fueron de cuenta del Cardenal Cisneros”. He aquí el párrafo principal de la tal carta: “Decís que publican ahí (en Roma) algunos que el Cardenal de España ha fecho y faze a su costa los gastos de la guerra de Africa; y lo que del dicho

Cardenal se puede decir con verdad, es que él tiene muy buen deseo para que se haga la guerra contra los infieles y que para el gasto que se fizo con la armada en que él pasó, nos prestó buen golpe de dinero sobre buena prenda para que se lo paguemos del dinero que procediese de la cruzada y décima; y de todo ello no ha gastado un maravedí a su costa; y esto de prestar dinero a los Reyes mayormente para guerras contra los infieles, no es cosa nueva, que siempre lo fizieron las personas que lo podían fazer y después se les pagaba muy bien, que fasta hoy no se les debe un dinero dello; y así se faze con el Cardenal de España. Así que todo el gasto que se ha fecho y se faze y fiziese en la dicha guerra de Africa y agora en sostener a Orán, que es de gran costa, fasta que plaziendo a Dios se gane toda aquella tierra, Nos lo pagamos. Y si S. S. o alguno de los muy reverendos Cardenales tiene concebida otra cosa, informadles de la verdad. Antes para con vos, y esto no debéis de decirlo a nadie, el dicho Cardenal pasó con presupuesto que prestaría el dinero que fuese menester para pagar aquella armada y gente que con él pasó, fasta que la dicha armada y gente se volviese a Castilla, dejando proveído a Orán, porque nos no teníamos dinero para pagarla y pues tenía él buena seguridad nuestra de ser pagado de todo lo que nos prestara para aquello, creímos que lo fiziera así y no lo fizo; antes en tomando a Orán, se vino él luego de Mazalquivir, donde estaba en los jaleos, a Castilla, dejando allá el ejército sin otro remedio; y aunque le pedimos prestado dinero para aquello mismo por fallarnos entonces desprevénido, como habemos dicho, no solamente no nos lo prestó, mas enviónos luego a pedir con gran priesa lo que nos había prestado para el

gasto de aquellos pocos días que tardó en fazer la armada y en pasar y tomar Orán”.

El acierto de nombrar jefe de la escuadra encargada de operar en la costa de Africa, lo revelaron las conquistas posteriores: Pedro Navarro, al año siguiente, se apoderó de Bugía y como consecuencia del asalto se sometieron a España las ciudades de Argel y Túnez y el alcaide de Tremecén hizo sumisión al alcaide de los Donceles; más tarde, el mismo conde Navarro se hizo dueño de Trípoli.

Toda la costa africana desde el Peñón de Vélez a Trípoli pertenecía a España al morir don Fernando.

Pero esta política ¿débese a él exclusivamente? P. M. de Anglería en la carta en que da cuenta de la muerte del Rey y hace su elogio, afirma que desde su niñez no tuvo otro pensamiento que el de combatir a los infieles y que de su voluntad nunca hizo guerra a cristianos; la guerra de Granada la tomó sobre sí como un deber y expuso a peligros grandes su persona para terminarla. Viviendo la Reina Católica no se realizaron conquistas en Berbería y a las hechas en el Océano renunció esta señora en 1480.

Pero el hecho de ser posterior esta expansión a la muerte de la Reina, no impide que los detractores de don Fernando atribuyan a esta señora la iniciativa de aquélla, ya que no pueden presentarla como su ejecutora y para ello invocan su testamento.

Pues bien, sólo en una serie de recomendaciones dirigidas a su hija y a su yerno, menciona la testadora la guerra contra los infieles. En esa cláusula les ruega y les manda que “como católicos Príncipes, tengan mucho cuidado de las cosas de

la honra de Dios e de su santa fe..., e que sean muy obedientes a los mandamientos de la Santa Madre Iglesia e protectores e defensores della, como son obligados, e que no cesen de la conquista de Africa e de pugnar por la fe contra los infieles e que siempre favorezcan mucho las cosas de la Santa Inquisición”; y en otra de un codicilo manda reintregar a la cruzada las rentas concedidas para la conquista de Granada “e para contra los moros de Africa” y que por necesidades perentorias habían sido aplicadas a otros menesteres; hay que forzar mucho el sentido de las palabras para tomar esas cláusulas como un testamento político; ellas no merman en nada la gloria de don Fernando como gobernante conocedor del porvenir de su pueblo.

El acierto de esta conducta lo ha confirmado la posteridad: su nieto Carlos V, a pesar de su extranjerismo y de sus empresas imperiales, hubo de ir contra Túnez y los turcos; su biznieto Felipe II, hubo de distraer fuerzas de sus ejércitos de Flandes para llevarlas a Lepanto; un olvido de esa política hizo que no se continuara y aún que se abandonase Orán; en nuestros días la realidad geográfica se ha impuesto y España ha debido ir al Africa en son de conquista cuando otras potencias dominaban al Mediterráneo; si se hubiera ido en el siglo xvi no hubiera sido necesario ir en el xx, un imperio africano habríase conservado para España y, de perderse algo más, se habría salvado la Religión y la lengua, únicos vestigios que quedan en América de la colonización española.

La sentencia de Guadalupe

Fernando el Católico, apenas residió en su reino propio después de su matrimonio; u obligado por las circunstancias o atraído por su mujer o por el amor a la tierra de sus padres y abuelos, vivió casi siempre en Castilla y sus venidas a los reinos de su Corona fueron pocas y tan rápidas que pueden ser llamadas fugaces; la mayor parte fueron motivadas por la necesidad de jurar los fueros sus hijos para ser admitidos como sucesores.

A pesar de este alejamiento, su tiempo fué de gran prosperidad para Aragón, por eso mismo; es principio inconcuso que desde lejos se puede gobernar bien, no administrar, es decir, que se gobierna mejor de lejos que de cerca si esa distancia evita muchas intromisiones del poder en asuntos menudos o mínimos, agrandándolos y haciéndose odioso.

La preocupación mayor de don Fernando respecto de su reino de Aragón fué, como en Castilla, la paz interior, el reinado de la justicia; el reinado de su padre había sido calamitoso para estos efectos, por consecuencia de la guerra con Castilla, con Navarra y la de los catalanes; aquí también con excusa de los partidos, sobre todo en

las fronteras, los unos robaban a los otros y cometían delitos que por lo común quedaban impunes, pues siempre los criminales hallaban valedores que los amparaban y protegían; la paz con Castilla quitó esa excusa a los delincuentes; las cosas de Navarra procuró don Fernando arreglarlas para que por allí no vinieran daños a sus reinos, y, en vida de su padre, se pacificó Cataluña, con todo lo cual cesó aquel estado anormal que el genio audaz e inquieto de don Juan II había creado.

Quedaban sin embargo causas de bullicios en las ciudades y en los campos, originadas por la legislación que no se adaptaba a las costumbres, es decir, a la evolución que el tiempo había hecho sufrir a éstas. Aragón vivía en un estado social que era distinto del estado legal y esto creaba un estado revolucionario; los ciudadanos y los habitantes no podían vivir con aquellas leyes arcaicas, propias de otra edad, que favorecían intereses no legítimos, según el pensamiento de la época, porque esas leyes no se acomodaban a la vida actual. Las leyes escritas, fijas, inmutables y rígidas coartaban la libertad y los movimientos de los hombres y éstos pugnaban por libertarse de ellas.

Todo aquel siglo había sido de leguleyismo furibundo: los dos Justicias Cerdán, padre e hijo, y Martín Díez de Aux habían compilado fueros y observancias para fijar la legislación, legislando por sí, si bien indirectamente; otros fueristas les imitaron y legislaron también, pues sentaron jurisprudencia al comentar y aclarar los fueros; todos resucitan fueros antiguos, caídos en desuso, a los cuales dieron valor de vigentes; nada escapaba a la ley, todo estaba regulado por ella y cuéntase tradicionalmente que celebrando Cortes en Zaragoza, a don Fernando llegábale un vientecillo frío

por una ventana y llamó al Justicia que asistía a las sesiones y le rogó que hiciese cerrar la ventana si no era contra fuero; caso análogo, pero éste no tradicional, sino probado: celebrábanse también Cortes en Zaragoza y las presidía la Reina, que se hospedaba en el Palacio Arzobispal: doña Isabel solicitó que se abriese una puerta entre dos edificios, a fin de pasar interiormente de uno a otro, y fué menester que las Cortes autorizaran la apertura, no por un mero consentimiento, sino con la solemnidad de una deliberación, de un acuerdo y de la promulgación del fuero correspondiente.

De este leguleyismo se aprovechaban los delincuentes, y Zaragoza era el asilo de todos los forajidos de España; ella y Granada gozaban de ese privilegio, porque con la interpretación de que las libertades aragonesas no recaían sobre los hombres, sino sobre la tierra, por el hecho de vivir aquí amparaban a todo el mundo, natural o alienígena, honrado o criminal.

Don Fernando vió el peligro que esto traía a la paz y los perjuicios que a los municipios aportaba aquel leguleyismo tan fácil de burlar, precisamente aparentando guardarlo muy escrupulosamente; y en Zaragoza, el 2 de noviembre de 1487, adoptó medidas radicalísimas: llamó a los Jurados y Consejos de la ciudad, les pidió las bolsas de los insaculados para los cargos ciudadanos y de grado o por fuerza hizo que resignaran en él el nombramiento de las personas que habían de regir el consejo y le diesen poder para establecer ordenanzas nuevas y revocar las antiguas y vigentes "no embargantes cualesquier fueros, usos y costumbres del reino, aunque hubiesen sido jurados por el Rey". Este poder debía durar tres años y podía

* 14. JIMÉNEZ SOLER: Fernando el Católico. 19.

ejercerlo don Fernando dentro y fuera de Aragón y luego se le prolongó por dos años más.

En el mismo tiempo estableció la Hermandad, a pesar de la oposición de la nobleza, contra la cual iba también, pues como en este reino era permitido desafiar a los enemigos y esto ocasionaba grandes turbaciones, los rivales acogían a cuantos se presentaban y esto daba ocasión a delitos de toda especie.

“Era tan general el daño, dice Zurita, que se requería muy extraordinario remedio y éste no se podía haber sin derogación de las leyes y costumbres; y todos los estados del reino estaban conformes en no mudar nada de lo establecido.” Sin embargo, esta aseveración del concienzudo analista necesita aclaración; en las Cortes aragonesas era precisa la unanimidad para tomar acuerdos y las ciudades principales del reino, Zaragoza a la cabeza, eran contrarias a toda modificación del régimen; también lo eran los grandes señores y muchos del brazo de los caballeros. La causa de la oposición a la Hermandad, el principio aragonés de ser preferible que se salve un criminal a que sea perseguido un inocente; don Fernando se impuso y la Hermandad se estableció y comenzó a funcionar en 1 de diciembre de 1488.

El acontecimiento más interesante de la vida interior de Cataluña en este reinado fué la sentencia de Guadalupe, que puso fin a la discordia entre los payeses de remensa y sus señores.

Era éste un pleito que venía arrastrándose desde el siglo XIII y antes, en unos tiempos exacerbado, en otros tranquilo, pero que a partir del siglo XV había tomado gravísimo carácter, pues los payeses habían tomado las armas para defender su liberación. Como todos los problemas humanos,

por el hecho de ser humanos son universales, este problema es uno de tantos creados por las clases rurales de todo el mundo para lograr la posesión de los derechos de la personalidad.

Don Fernando halló el problema en un estado muy difícil de resolver; los dos bandos se mostraban irreductibles en sus demandas y los dos vivían en guerra armada; pero se propuso resolverlo y, según su costumbre, se hizo dar poder por ambas partes como a Rey y Señor y en virtud de su suprema autoridad y con su firmeza y prudencia, poniéndose de parte de la justicia, que no consentía en su tiempo lo que en otro tiempo había consentido por acomodarse a otras costumbres, puso fin a tan larga como sangrienta querella.

“Cuán grandes fueron el empeño y el tesón del Rey para llevar a término esta empresa, dice don Eduardo de Hinojosa en su libro *El Régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña*, lo revela bien a las claras la carta que escribió en 16 de junio de 1485 a los Consellers de Barcelona, encargándoles y mandándoles que trabajasen para que se firmara por ambas partes el compromiso que ponía el asunto en sus manos y asegurando que estaba firmemente resuelto si esto no se lograba a ayudar y favorecer a la parte que la firmase “porque ni es nuestra voluntad ni es de razón permitir o dar lugar a que por intereses privados ese nuestro Principado llegue a total perdición”. Con razón dice Zurita juzgando esta conducta de don Fernando: “y fué una de las cosas señaladas e que más el Rey señaló su gran valor y prudencia”.

Era de costumbre y ley en los arbitrajes que el árbitro o árbitros se asignaran en la sentencia una gratificación en recompensa a su trabajo y don Fernando por la suya de Guadalupe se asignó

cincuenta mil libras barcelonesas; por este motivo los que ignoran los usos del tiempo y los que creen que el Estado ha tenido siempre la organización de hoy y los que han de hallar mal cuanto hizo don Fernando lo censuran y tratan de menoscabar su mérito. No solamente era objetivo remunerar a los árbitros: era costumbre servir con donativos al Rey siempre que de él se recibía un beneficio, y la cuantía del primero estaba en relación con la grandeza del segundo y con los medios de los beneficiados; los payeses eran ricos, algunos más que los señores, luchaban por su dignidad y no por bienes, y en virtud de la sentencia ganaban su personalidad y la propiedad de los predios que cultivaban; lo que de ellos se exigía para indemnizar a los señores y remunerar al árbitro apenas llegaba a la tercera parte del valor de los predios que se les adjudicaba.

Tan bien recibida fué esta sentencia, que un jurisconsulto catalán, citado por el señor Hinojosa, la califica de santa; ella puso fin y feliz término al antagonismo de clases, que tanto había agitado y perturbado Cataluña durante siglos, restableció sobre sólidas bases la paz y la armonía entre señores y payeses e inauguró una era de prosperidad para la agricultura catalana.

Don Fernando es el primer Rey que usa el título de Rey de España y muestra tendencia decidida al abandono de los títulos de los reinos de la Edad media; es también el primero que no firma con su nombre, como sus antepasados, sino con la fórmula "Yo el Rey". Es el último de los monarcas que se sientan en el tribunal para escuchar las quejas de sus súbditos y decidir sus pleitos; se considera cabeza de sus reinos, director de su política, mantenedor de la justicia y de la paz, juez

nato por derecho propio y por obligación de su rango, entre sus súbditos. Hombre de su tiempo y hombre de realidades, no fué idealista, sino práctico; no muy escrupuloso en guardar las leyes por ver que no se acomodaban a la vida ni a las necesidades; por tanto, eligió los hombres por sus cualidades, no por su nacionalidad: enviar a Gonzalo de Córdoba a Sicilia y Nápoles y otros castellanos al Rosellón fué un enorme contrafuero, lo mismo que servirse de aragoneses en la guerra de Granada; pero no vaciló ni en enviarlos ni en servirse; buscaba hombres capaces y satisfizo la necesidad como era su deber.

Obró siempre como Rey, es decir, como señor de absoluta potestad, pero ninguna época, ni anterior ni posterior a él gozó de tanto bienestar, ni de tanta paz, ni fueron tan respetados los derechos legítimos del ciudadano, como en la suya; y es que don Fernando sabía que no hay más salvaguardia de la libertad que la honradez del que manda, y el honrado y justo impuso la honradez y la justicia en el gobierno, en la administración y en los tribunales.

Pasma su actividad y su constante viajar; entendía en todo, desde lo más nimio a lo más delicado; conocía sus súbditos en persona y en sus condiciones; no temía ir desde Trujillo a Perpiñán, viajando sin caminos, a caballo o en mulo, sin hospedajes y en toda estación: y esto durante toda su vida; lo largo del camino lo entretenía cazando.

A esta vida de actividad y al aire libre atribuía su robustez y a su alejamiento de ella las molestias y enfermedades de sus últimos años, en los cuales dió muestras de haber perdido el dominio de su gran cabeza, no sabiendo disimular sus defectos.

Murió el 23 de enero de 1516 en Madrigalejo, villa de Extremadura, al dirigirse al Monasterio de Guadalupe; desde 1513 le aquejaba una enfermedad que le producía vómitos y fiebres y le impedía respirar; en aquellos tiempos en que al decir de los cortesanos y del vulgo no había muertes naturales y todas eran ocasionadas por "yerbas" o pócimas, la muerte del Rey Católico había de ser violenta, es decir, contraída a consecuencia de un veneno o de un abuso, y para ello se echó mano del vicio capital suyo, el que más se le reconoció si tuvo además de éste otros: la lujuria. Se decía entre el vulgo y en los corrillos cortesanos, que el Rey deseaba tener sucesión masculina de doña Germana para desheredar de su reino a su nieto don Carlos, por acordarse de la conducta del padre de éste; celebraba Cortes en Medina del Campo y se trasladó con la Reina a Carrioncillo, donde había nacido, y se hizo preparar cierta comida *ad venerem facientia*; le sobrevinieron los vómitos, las fiebres y la penosa respiración y ya no recobró la salud. La verdad de estas hablillas queda bajo la responsabilidad de Pedro Mártir de Anglería y del doctor Galíndez Carvajal, que ambos la refieren idénticamente, aunque los dos son un solo testimonio por ser los dos cortesanos.

La enfermedad le apartó de los negocios y exacerbó su pasión por la caza y el aire libre; repugna encerrarse bajo techo y dentro de paredes; quisiera estar siempre bajo cielo abierto, dice Anglería, en carta de 13 de noviembre de 1514. Así transcurren el año 1514 y parte del siguiente en que su enfermedad se agravó en gran manera; se apoderó de él en el último tercio de 1515 una especie de manía andariega; vino a Calatayud a celebrar Cortes con los aragoneses y regresó a Cas-

tilla, sin entrar más adentro de su reino; marchó a Buitrago a cazar ciervos, y aunque los había en gran número fué poco afortunado en la caza y enfadado se dirigió a Sigüenza; de aquí a Madrid y en Madrid consultó a los médicos qué lugar sería el mejor para pasar el invierno; aconsejaronle Plasencia, por estar en un valle hondo y no expuesto a los vientos del Norte. Pedro Mártir, que seguía la corte, describe el viaje a dicha ciudad; el séquito fué por Talavera, Oropesa, Casatajada, Malpartida y Plasencia; el Rey fué por otro camino para distraer la monotonía del caminar, cazando. El tiempo fué horrible de viento y lluvia y el 29 de noviembre entraba en Plasencia; mas inmediatamente de llegar pensó en marcharse; imaginábase que su enfermedad se agravaba en los lugares grandes, y con excusa de cazar ciervos se fué a un lugar del Duque de Alba llamado Abadía, donde recibió la visita del enviado de su nieto don Carlos, el Deán de Lovaina, que luego fué el Papa Adriano VI. Marchó después a Trujillo y, yendo hacia Guadalupe, enfermó tan gravemente en Madrigalejo, que debió detenerse; no creyendo próxima su muerte resistíase a recibir los sacramentos y despidió varias veces a su confesor, un fraile dominico, diciéndole que venía más a despachar memoriales que a procurar el descargo de su conciencia; pero al fin lo convencieron de la proximidad de su muerte y cumplió los deberes de buen católico en tal trance.

Quiso ser enterrado en la capilla de la catedral de Granada, mandada labrar por él y doña Isabel para este fin; hizo un cumplidísimo elogio de la Reina Católica y no tan fervoroso, pero sí enérgico de doña Germana, a cuyo mantenimiento proveyó; nombró a su hija doña Juana heredera de sus

Estados, que enumera: "Reinos de Aragón, Sicilia aquende y allende el faro, Jerusalem, Valencia, Mallorca, Cerdeña e Córcega, Condado de Barcelona, Ducado de Atenas y Neopatria, Condado de Rosellón e de Cerdaña, Marquesado de Oristán e Goceano e en las islas adyacentes e cibdades de Bugia, Alger e Trípoli y en la parte a nos perteneciente en las Indias del mar Océano". Considerando que esta hija su heredera no podía gobernar por sí, nombró gobernador de los reinos a su nieto don Carlos, y para el tiempo que durase su ausencia nombró gobernador de la corona de Aragón a su hijo bastardo, don Alonso de Aragón, Arzobispo de Zaragoza, y de la de Castilla al de Toledo, Cardenal Fray Francisco Ximénez de Cisneros.

Murió en una casa lugareña, y, contra la opinión de las gentes, pobre; no se halló en su bagaje dinero para la pompa fúnebre, ni para vestir de luto a los criados; no dejó en parte alguna tesoro, lo cual nadie creía mientras vivió. "Ahora se supo quién era, con qué larga mano dió; ahora vieron todos cuán falsamente le acusaron de avaro", dice el humanista Anglería.

De dos defectos morales le acusan: de ser envidioso y de ser avaro, y de ambos sin fundamento.

Es la envidia sentimiento del bien ajeno y se dice que la sentía hacia el Gran Capitán, Cisneros y Colón, y que por ella o los persiguió o no los premió; y no reparan los que tal dicen en que el bien de esos personajes, su triunfo en cualquier esfera, era el bien suyo, del Rey. ¿Podía envidiar al Gran Capitán por sus victorias, a Cisneros por la conquista de Orán, y a Colón por haber descubierto, es decir, dolerse de que hubieran logrado su empeño?; ¿deseaba, pues, que derrotasen al uno, que

fracasaran los otros dos?; ¿es de creer semejante absurdo?

A ninguno de los tres les envidió por sus triunfos, aunque la conducta de cada uno en otros aspectos le disgustara y no sin razón; ¿cómo puede ser acusado de envidia hacia el Gran Capitán quien le escribía “no hay hombre en nuestros reinos que más deseamos que acierte en todo que vos”?

No fué avaro; dió cuanto pudo y honró en lo posible; sus dádivas y mercedes no las ha pregonado nadie, no quiso él que nadie las pregonara; pero los registros de su cancillería en Aragón están llenos de documentos en los que se muestra dadivoso con gentes humildes y espléndido con los potentados; nadie dice que si a doña Beatriz de Bobadilla y su marido Andrés Cabrera les dió la Reina el Marquesado de Moya, el Rey les dió el Ducado de Gandía; nadie menciona los donativos menudos y muchos callan los grandes.

La verdadera causa de llamarse avaro es el dicho de los cronistas asalariados o agradecidos; éstos no gozaron la liberalidad del Rey como gozaron la de los otros, del Gran Capitán principalmente, y éstos crearon la calumnia y luego la propalaron. La anécdota que hemos referido en la página 24 es la mejor prueba de lo que decimos.

Fernando el Católico no hizo nada por inmortalizar su nombre: sus obras fueron beneficiosas para sus Reinos y no para él; creyó que sus obras atraerían sobre él la atención de sus contemporáneos y de los posteriores, pensando que los hombres verían la verdad, es decir, lo que fué; y se engañó; los hombres tienen por verdad lo que les dicen; a sus contemporáneos les dijeron lo que no era cierto, y los posteriores han agigantado esos juicios falsos.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- Abadía, lugar del Duque de Alba, 217.
 Abendaña, Pedro de, o de Mendaña, 76, 77, 91, 93.
 Abulhacén, 125.
 Academia de la Historia, 165.
 Adelantado de Andalucía, 138.
 Aguilar, Alonso de, hermano del Gran Capitán, 91, 132.
 Aguilar, familia de, 86, 179.
 (Ver Priego, Marqués de, Gran Capitán, y Aguilar, Alonso de).
 Alba, Duque de, 26, 77, 95, 116, 199, 217.
 Albuñacer, 114.
 Alburquerque. Entra el Rey de Portugal en Castilla por, 59.
 Alcaide de los Donceles. Diego Fernández de Córdoba, 133, 136, 197, 199, 207.
 Alcalá de Guadaira, 88.
 Alcalá de Henares, 26, 35, 75, 155.
 Alcántara, Maestre de, 133.
 Alcántara, Tratado de, 194.
 Alfonso, hermano de Enrique IV y de Isabel la Católica, 10, 12, 15, 61, 97.
 Alfonso, Príncipe de Portugal, hijo de Juan II y primer marido de la Infanta Isabel, hija de los Reyes Católicos, 151, 191, 192.
 Alger, 218.
 Alhama, 109, 110, 133.
 Alhucemas, 197.
 Almazán. Entra Fernando el Católico en Castilla para su boda por, 36.
 Almazán, Secretario, 204.
 Almería, 126, 129, 130, 135.
 Alpujarras, 106, 130.
 Ampurdán. Fernando el Católico con su madre, a mediar entre los vasallos de remensa y los señores, 55.
 Anglería, Pedro Mártir de, 24, 25, 26, 28, 117, 124, 131, 132, 135, 141, 152, 153, 160, 164, 165, 207, 216, 217, 218.
 Antequera, Fernando de, 109.
 Antilla, 142, 149.
 Aragón, Alonso de, hermano bastardo de D. Fernando, 54, 57, 58, 62, 65.
 Aragón, Alonso de, hijo bastardo de D. Fernando. Arzobispo de Zaragoza, 218.
 Aragón, Infantes de, 33.
 Aragón, Reyes de : Alfonso V, 22, 146, 168.
 — — Germana de Foix, 162, 163, 178, 216, 217.
 — — Jaime I, 134, 189.
 — — Jaime II, 107.
 — — Juan II, 9, 10, 15, 16, 20, 21, 34, 36, 71, 72, 88, 168, 189, 210.
 — — Juana Enríquez, 20, 21, 174.
 — — Pedro III el Grande, 188, 189.

- Arcila, 194.
 Arcos, Duque de, 177.
 Archivo de la Corona de Aragón, 147.
 Arévalo, Duque de, 60.
 Argel, 207.
 Arias Saavedra, Fernando. Alcaide de Utrera, 86, 93.
 Aristóteles, 153.
 Arronches, 45, 59.
 Astorga, 163, 165.
 Astorga, Marqués de, 165.
 Atarazanas de Sevilla, 78, 86.
 Atenas y Neopatria, Ducados de, 218.
 Avellaneda, Pedro de, 88.
 Ávila, 12, 13, 53, 58, 61.
 Axarquía, 120, 133.
 Ayala, D. Pedro de, Condestable de Castilla, 170, 171.
 Ayllí, Cardenal Pedro de. Autor de *Imago Mundi*, 146.
 Ayora, Gonzalo de. Capitán de la guardia personal del Rey, 137, 177, 179.
 Azores, 148.
 Badajoz, 59.
 Baleares, 194.
 Barcelona, 21, 55, 71, 168, 186, 188, 218.
 Barcelona, Conde de. Condestable de Portugal, proclamado Conde de Barcelona, 55.
 Barcelona, Consellers de, 213.
 Baza, sitio de, 28, 117, 125, 127, 129, 131, 134, 135, 139.
 Beatriz, Doña, hermana de la madre de Isabel la Católica, 69, 194.
 Behaim, Martín, 146.
 Benavente, Conde de, 73, 165, 174.
 Benedicto XIII, 101.
 Berbería, 207.
 Bermeja, Sierra, 106, 122.
 Bernáldez. Cura de los Palacios, 26, 30, 47, 48, 87, 88, 101, 115, 138.
 Berri, Duque de, 16, 17.
 Bilbao, 71, 74.
 Boabdil, 120, 136.
 Bobadilla, Beatriz de, Marquesa de Moya, Duquesa de Gandía, 47, 64, 125, 143, 144, 219.
 Bojador, Cabo, 194.
 Braganza, Casa de, 191.
 Braganza, Duque de, 190.
 Bugía, 199, 207, 218.
 Buitrago, 217.
 Burgo de Osma, 18.
 Burgos, 12, 50, 52, 54, 60, 61, 62, 73, 119, 177, 178.
 Caballería, Alonso de la, 38.
 Cabra, Conde de, 133, 136, 176.
 Cabrera, Andrés de, Marqués de Moya, Duque de Gandía, 47, 64, 73, 219.
 Cabrero, Juan. Camarero de D. Fernando, 144.
 Cadahalzo, 14, 33.
 Cádiz, 86, 126, 196.
 Cádiz, Marqués de. Rodrigo Ponce de León, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 110, 113, 114, 128, 133, 135, 138.
 Calaf, batalla de, 21, 55.
 Calatayud, 37, 55, 216.
 Calatrava, Maestrazgo de, 51.
 Calatrava, Maestre de, 113, 133.
 Calvino, 98.
 Canarias, 148, 150.
 Cantalapiedra, sitio y capitulación de, 71, 77.
 Cañamás, 186.
 Cárdenas, Alonso de. Comendador de León, Maestre de Santiago, 93, 94, 128, 133, 135.
 Cárdenas, Gutierre de. Camarero de Doña Isabel, 19, 37, 38, 42, 94.
 Carmona, 91.
 Carrioncillo, 216.
 Cartagena, 200, 201, 202, 204.
 Casas, Fray Bartolomé de las, 145, 146.
 Casatajada, 217.
 Caspe, Compromiso de, 9.

- Castilla, Reyes de : Alfonso XI, 50, 57, 170, 120.
- — Catalina de Lancaster, mujer de Enrique III, 11.
- — Enrique III, 11.
- — Enrique IV, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 16, 18, 20, 30, 32, 33, 34, 35, 38, 46, 47, 49, 51, 52, 54, 56, 61, 64, 69, 71, 80, 85, 86, 92, 94, 97, 105, 165, 185, 187.
- — Enrique de Trastámara, 9, 38, 51, 185.
- — Felipe el Hermoso, 153, 156, 165, 166, 169, 170, 173, 174, 182, 192, 207.
- — Isabel de Portugal, segunda esposa de Juan II, 33, 174.
- — Juan I, 19.
- — Juan II, 9, 10, 12, 32, 51, 85.
- — Juana la Loca, 123, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 159, 160, 163, 164, 166, 167, 171, 173, 174, 176, 191, 192, 207, 217.
- — Juana de Portugal, segunda esposa de Enrique IV, 10, 11, 12, 13, 16, 60, 94.
- — María de Molina, 50.
- — San Fernando, 107, 134.
- Castroñuño, 63, 65, 67, 71, 74, 76, 77, 78, 91, 93.
- Catalina, hija de los Reyes Católicos, 151, 192.
- Cazorla, 137.
- Cerdán, Justicia de Aragón, 210, 211.
- Cerdaña, Condado de, 218.
- Cervera, sitio y capitulación de, 18, 22, 33, 34, 56.
- César, 202.
- Ceuta, 194.
- Cisneros, 170, 174, 180, 183, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 218.
- Cisneros, Secretario de, 183.
- Ciudad Real, 51.
- Civitavecchia, 147.
- Coimbra, 69.
- Colmenar Viejo, 26.
- Coloma, Juan. Secretario del Reino de Aragón, 142, 144, 145.
- Colón. Además del capítulo del descubrimiento de América, 186, 195, 218.
- Constantinopla, 194.
- Córcega, 218.
- Córdoba, 86, 91, 109, 110, 115, 123, 138, 174, 176, 177, 178, 179, 180.
- Córdoba, Corregidor de, 175.
- Coruña, La, 163, 164.
- Cueva, Beltrán de la, 12.
- Deza, Fray Diego de. Ayo del Príncipe D. Juan, 144.
- Díez de Aux, Martín, 210.
- Domingo, Orden de Santo, 97.
- Dueñas, 18, 19, 54.
- Duero, batalla del, 60 y siguientes.
- Durango, 106.
- Egipto, Soldán de, 146.
- Enríquez, Alfonso. Almirante, 81.
- Enríquez del Castillo, cronista, 12.
- Enríquez, Fadrique, padre de Doña Juana, 20.
- España, Cardenal de, 73, 123.
- España, Reyes de : Carlos V, 97, 156, 157, 208, 216, 217, 218.
- — Carlos III, 98.
- — Felipe II, 98, 208.
- Espés, Gaspar de. Ayo de D. Fernando, 22.
- Fez, 193, 194.
- Filabres, Sierra de, 130.
- Flandes, 147, 154, 156, 167, 208.
- Flechier, historiador francés, 203.
- Flórez, Padre, 11, 69.
- Francés, Bernardo, 114.
- Francia, 21.

- Francia, Reyes de : Carlos VIII, 192.
 — — Luis XI, 16, 21.
 — — Luis XII, 154, 161, 182.
 Fuenterrabía, sitio de, 62, 71, 74.
- Galíndez Carvajal, cronista, 216.
 Gandía, Ducado de, 219. (Ver Bobadilla, Doña Beatriz, y Cabrera, D. Andrés.)
 Gata, Cabo de, 195, 197.
 Gelves, derrota de los, 199.
 Génova, 142, 147.
 Gerona, sitio de, por los sublevados catalanes.
 Gibraltar, entrevista de Enrique IV con el Rey de Portugal en, 15, 18.
 Ginebra, 98.
 Gómez de Castro, Alvar, cronista, 203.
 Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, Duque de Terranova y de Sesá, 24, 116, 132, 137, 162, 137, 162, 168, 169, 170, 175, 176, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 198, 199, 205, 215, 218, 219.
 Granada, 33, 57, 87, 94, 151, 153, 158, 162, 186, 189, 193, 207, 208, 211, 215, 217, además del capítulo de la conquista de Granada, pág. 207.
 Granada, Rey de, 108.
 Guadalgenil, río, 112.
 Guadalquivir, 71.
 Guadalupe, 24, 216, 217.
 Guadix, 126, 128, 129, 135.
 Guzmán el Bueno, 115.
 Guzmán, familia de los, 86. (Ver Medinasidonia).
 Guzmán, Juan de, señor de Teba, 88.
- Hanseáticas, Ciudades, 188.
 Hermandad del tiempo de Enrique IV, 51.
 Hermandad, Santa, 46, 47, 52, 53, 54, 58, 62, 77, 90, 91, 92, 93, 212, además del capítulo « El problema religioso », página 96.
- Hernando del Pulgar, cronista, 22, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 39, 47, 53, 64, 72, 75, 84, 87, 88, 112, 122.
 Hernando de Vega. Comendador Mayor de Castilla. Maestre de la Orden de Santiago, 178, 179.
 Herrera, 177, 178, 179.
 Hinojosa, Eduardo de, 213, 214.
 Huelva, 142.
- Illora, sitio de, 117, 138, 139.
 Indias, 142, 150, 218.
 Inglaterra, Reyes de : Enrique VIII, 147, 192.
 Inquisición, 208, y el capítulo « El problema religioso », página 96.
 Isabel, hija de los Reyes Católicos, 74, 151, 153, 156, 157, 191, 192.
 Israel, 96.
- Jacénar, isla de, 147.
 Jaén, 178.
 Jerez, 84, 89, 90.
 Jerusalem, 218.
 Juan, Príncipe, hijo de los Reyes Católicos, 74, 123, 151, 152, 153, 156, 157, 191, 192.
 Juan Manuel, 174.
 Juan Manuel, nieto de San Fernando, 55.
 Juana, la Beltraneja, 12, 13, 14, 16, 39, 45, 58, 59, 68, 69, 77, 85, 94, 161, 190, 191.
 Juana, reina de Nápoles, hermana de D. Fernando, 168.
- Laredo, 154.
 Lepanto, 195, 208.
 Lisboa, 142, 147, 148.
 Loja, conquista de, 110, 112, 113, 115, 116, 122, 124, 137, 138, 139.
 Loja, entrega de la villa de, al Gran Capitán, 180, 184.
 Lucena, batalla de, 120, 124 133.

- Luna, Don Álvaro de, 9, 33, 43, 51, 74, 94.
- Madera, isla de, 142.
- Madrid, 75, 155, 204, 217.
- Madrigal, 54.
- Madrigalejo, 216, 217.
- Málaga, sitio de, 113, 121, 122, 125, 131, 134, 136, 139.
- Malpartida, 217.
- Mallorca, 218.
- Marañón, 11.
- Marbella, capitulación de, 122.
- Marchena, Fray Antonio de, 143.
- Margarita de Austria, 153, 192.
- María, hija de los Reyes Católicos, 123, 151, 192.
- Marineo Sículo, 20, 22, 23, 26, 28.
- Marruecos, 197.
- Maximiliano, Emperador de Alemania, 161, 162, 163, 169, 182, 192.
- Mazalquivir, 197, 199, 200, 201, 206.
- Medina del Campo, 53, 60, 64, 65, 76, 109, 154, 216.
- Medinasidonia, Duque de, Enrique de Guzmán, 78, 82, 83, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 94, 95, 110, 195.
- Mediterráneo, 100, 108.
- Melilla, 194, 195, 196.
- Mendaña, Pedro de. (Véase Abendaña).
- Mendoza, 36.
- Mendoza, Cardenal Pedro de, 37, 39, 41.
- Merlo, Diego de. Asistente de Sevilla, 108.
- Miguel, hijo de la Infanta Isabel, 153, 156, 157.
- Milán, Duque de, 168.
- Monasterio de Santa Cruz de Segovia, 97.
- Monblanque, Duque de (Fernando el Católico), 21.
- Montesa, Maestre de la Orden de, 133.
- Montilla, Castillo de, 175, 178, 179, 180.
- Morena, Sierra, 118.
- Mota, Castillo de la, 154, 167.
- Moya, Condesa de. (Véase Bobadilla, Doña Beatriz).
- Moya, Marquesado de, 219.
- Murcia, 197.
- Nájera, Duque de, 26, 174.
- Nápoles, 22, 147, 162, 167, 168, 169, 170, 172, 180, 181, 184, 189, 195, 199, 215.
- Nápoles, Embajador de, 123.
- Nava, Gutierre de, 89.
- Navarra, 46, 59, 70, 71, 74, 160, 162, 185, 186, 188, 189, 190, 209, 210.
- Navarra, Reyes de: Blanca de Navarra, 9, 10, 11, 20.
- — Francisco Febo, 190.
- — Leonor, 15.
- Navarro, Conde Pedro, 116, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 207.
- Nevada, Sierra, 130.
- Nun, Cabo, 194.
- Ocaña, 16, 17.
- Orán, 195, 197, 198, 199, 201, 202, 203, 204, 206, 207, 208, 218.
- Oristán e Goceano, Marquesado de, 218.
- Oropesa, 217.
- Ortega, Juan de, 53, 54.
- Ortega de Prado, 109.
- Otranto, 194.
- Pacheco, Maestre de Santiago, 12, 13, 15, 16, 18, 20, 43, 51, 58, 59, 63, 71, 74, 76, 94, 163.
- Palencia, 53.
- Palencia, Alonso de, cronista, 17, 19, 31, 37, 38, 39, 40, 42, 43, 45, 46, 52, 54, 75, 81, 82, 84, 87, 89, 90, 91, 92, 95, 108, 110, 113, 114, 115, 116, 129, 135, 138, 147, 193.
- Palencia, Obispo de, 181.
- Palestina, 100.
- Palma de Mallorca, 204.

- Palos, puerto de, 142, 143.
 Pamplona, 71, 74.
 Parapondo, sierra de, 124.
 Pardo, Palacio del, 75.
 Peñón de Vélez, 197, 207.
 Pérez, Fray Juan, 143.
 Pérez Pujol, 50.
 Perpiñán, 215.
 Pescara, Marqués de, 116.
 Pirineos, 71, 188, 189.
 Plasencia, 59, 60, 217.
 Ponce de León, familia de los, 86. (Ver Cádiz, Marqués de).
 Ponce de León, D. Juan, padre de D. Rodrigo, Marqués de Cádiz, 88.
 Ponce de León, Juan, padre del Marqués de Cádiz, 88.
 Ponza, batalla de, 168.
 Portafé, 170.
 Portugal, Reyes de : Alfonso V, el Africano, 15, 16, 17, 45, 46, 59, 60, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 77, 86, 88, 94, 121, 190.
 — — Juan II, 66, 191.
 — — Manuel el Afortunado, 192.
 Portugal, Condestable de, 21, 55.
 Portugal, Embajador de, 123.
 Priego, sierra de, 124.
 Priego, Marqués de. Pedro Hernández de Córdoba. Jefe de la casa Agullar de Córdoba, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 183.
 Prieto, Luis, vecino de Lisboa, 147.
 Purchena, 130.
 Quintanilla, Alfonso de. Contador mayor de los Reyes, 53, 54, 143, 144.
 Rábida, 143.
 Reforma, La, 106.
 Ribagorza, Conde de, 77.
 Ribas, Lope de. Obispo de Cartagena, 54.
 Ribera, Comendador, 132.
 Roan, 147.
 Rodríguez de Lillo, Antonio, 91.
 Rodríguez Villa, 165, 169, 170, 176, 179, 183.
 Roma, 147, 167, 194, 205.
 Ronda, conquista de, 108, 121, 122.
 Rosellón, 46, 70, 71, 115, 162, 189, 215, 218.
 Rota, 89.
 Ruiz, Francisco, 204.
 Salamanca, 53, 76, 161.
 Salomán, 100.
 Salustio, 22.
 Sánchez, Alfonso, hermano de Gabriel, 147.
 Sánchez, Antonio, piloto de Huelva, 142.
 Sánchez, Gabriel. Tesorero del Reino de Aragón, 144, 147, 148, 149.
 Sánchez, Pedro, hermano de Gabriel, 148.
 Sanlúcar, 89.
 Santa Fe, 135.
 Santa Sede, 33, 98, 99.
 Papas : Adriano VI, 217.
 — Alejandro VI (Alejandro de Borja), 20, 193.
 — Julio II, 165, 181, 182, 183, 196, 205.
 — Sixto IV, 19, 68, 69, 190.
 Santa Sede, Nuncio de la, 19, 178, 179.
 Santángel, Luis de. Mayordomo de palacio, 144, 145, 146, 147, 148, 149.
 Santiago, Maestrazgo de, 12, 13, 93, 180, 181, 182, 183. (Ver Marqués de Villena, Alvaro de Cárdenas, y Hernando de Vega).
 Santo Domingo, isla de, 142.
 Santo Oficio, Tribunal del, 96. (Ver Inquisición).
 Santo Sepulcro, 127.
 Secretario del Rey, 183.
 Segovia, 26, 33, 39, 40, 45, 47, 51, 53, 73, 84, 93, 119, 158.
 Segovia, Regidor de, 37.

- Sepúlveda, 36.
 Sevilla, 60, 78, 79, 80, 82, 84,
 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92,
 93, 134, 142, 148.
 Sevilla, Arzobispo de, 177, 181.
 Sicilia, 32, 194, 195, 215, 218.
 Sigüenza, 217.
 Sos, 20, 34.

 Tabernas, 130.
 Tajo, 71.
 Talavera, 51, 217.
 Talavera, Fray Hernando de,
 143, 144.
 Tarifa, 126, 195, 197.
 Tarsis, 100.
 Teba, señor de. D. Juan de
 Guzmán, 88.
 Tendilla, Conde de, 130, 177,
 196, 198.
 Tito, 100.
 Toledo, 51, 119, 178, 198, 204,
 155, 156.
 Toledo, Arzobispo de. D. Al-
 fonso Carrillo, 15 16, 19, 20,
 26, 31, 34, 35, 36, 37, 39,
 41, 42, 58, 71, 73, 75, 181,
 191.
 Tordesillas, 167, 174.
 Toro, 26, 54, 60, 62, 63, 65, 66,
 67, 68, 69, 71, 73, 76, 85,
 190.
 Toros de Guisando, 13, 14, 15,
 61.
 Torquemada, Fray Tomás de.
 Inquisidor general, 97.
 Torrijos, 217.
 Tortosa, sitio de, 56.
 Toscanelli, cartógrafo, 146.
 Tremecén, 194, 197, 199, 207.
 Triana, Alcázar de, 78, 86.
 Trípoli, 196, 207, 218.
 Trujillo, 71, 73, 74, 76, 78, 215,
 217.
 Tudela, 72.

 Túnez, 197, 207, 208.
 Turégano, 36, 37, 38, 40.
 Turquía, Sultán de, 196.

 Ucedo, Villa de, 75.
 Uclés, 94.
 Utrera, Alcaide de, 86. (Ver
 Arias Saavedra).

 Valencia, 18, 59, 134, 140, 146,
 147, 173, 188, 194, 218.
 Valera, Diego de, cronista, 11,
 39, 48, 60, 62, 63, 105, 110,
 111, 114, 116, 135, 138,
 139.
 Valparaíso, 217.
 Valladolid, 17, 19, 43, 45, 46,
 51, 60, 62, 64, 65, 76, 119,
 204.
 Vélez Málaga, sitio de, 124,
 134, 336.
 Venecia, 147, 182, 196.
 Venecia, Embajador de, 123.
 Venta de Palacios, 178.
 Vera, 125.
 Vera, Diego de, 204.
 Viana, Príncipe de, 15, 20, 21,
 55, 160, 189.
 Villalón, Andrés de, 88.
 Villalonga, 108.
 Villena, Marqués de. D. Juan.
 Viseo, Duque de, 190.
 Vitoria, 71, 72, 74.
 Vives, 152.

 Zagal, El, 124, 125, 130.
 Zahara, 109, 133.
 Zamora, 53, 60, 63, 65.
 Zaragoza, 17, 37, 52, 56, 165,
 168, 210, 211, 212.
 Zujar, castillo de, 127.
 Zurita, 17, 33, 35, 41, 69, 73,
 76, 98, 99, 165, 171, 174,
 175, 177, 180, 182, 185, 200,
 202, 212.

ILUSTRACIONES



1



2

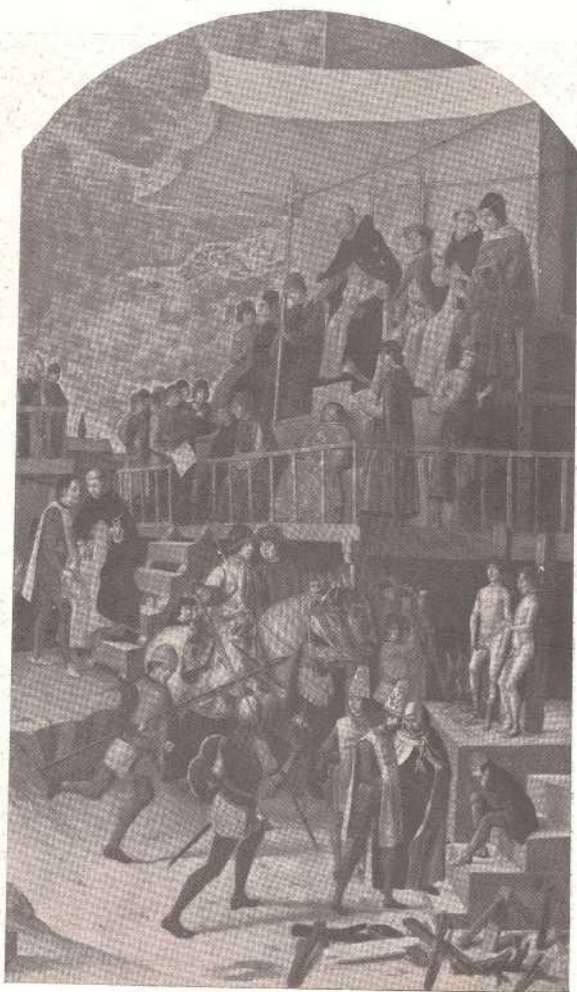
Sello de los Reyes Católicos: 1. Anverso, con la efigie ecuestre del Rey. 2. Reverso, con la figura de la Reina entronizada. De la obra de F. DE SEGARRA, «Sígl·lografía catalana».



Fernando el Católico. Cuadro de Felipe Ariosto (1587-1588).
Barcelona, Palacio de Justicia



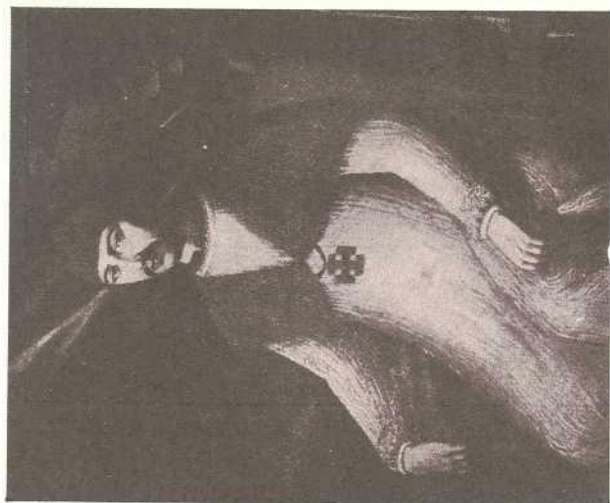
Isabel la Católica. Tabia existente en el Palacio Nacional de Madrid



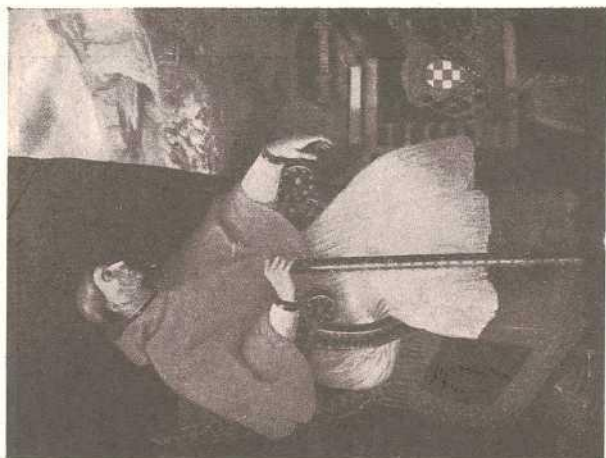
Auto de fe. Cuadro de Berruguete. Madrid, Museo del Prado



Toma de Loja por Fernando el Católico (1486). Cuadro de E. Valdeperas

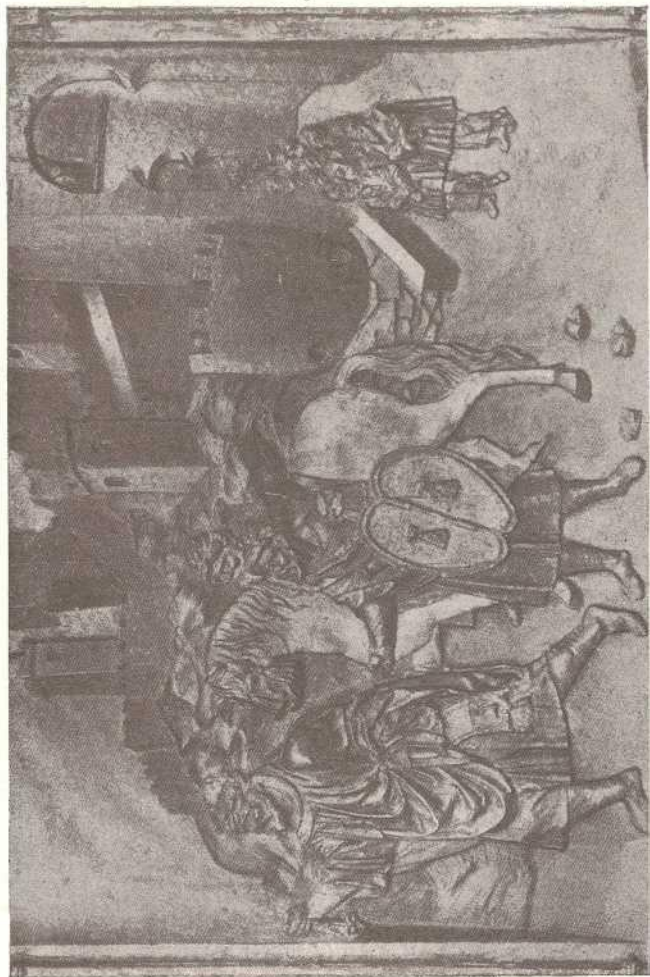


1



2

1. Don Pedro González de Mendoza, Cardenal de Toledo. Cuadro existente en la Colección del Duque del Infantado, de Madrid. 2. El Cardenal Cisneros. Cuadro existente en la Universidad Central, de Madrid



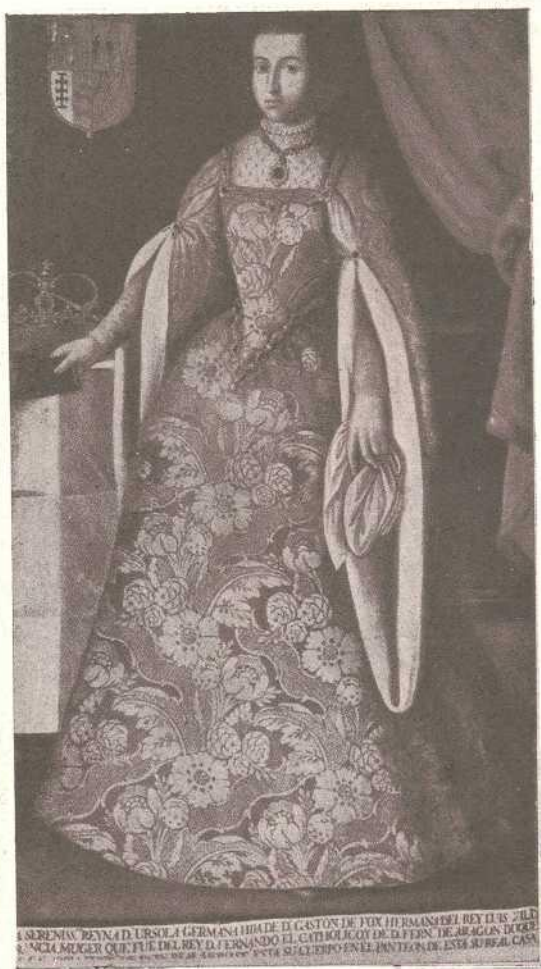
Boabdil sale de Granada para entregar la ciudad a los Reyes Católicos. Relieve existente en el zócalo del retablo de la Capilla Real de Granada, obra de Felipe Vigarino o de Borgoña



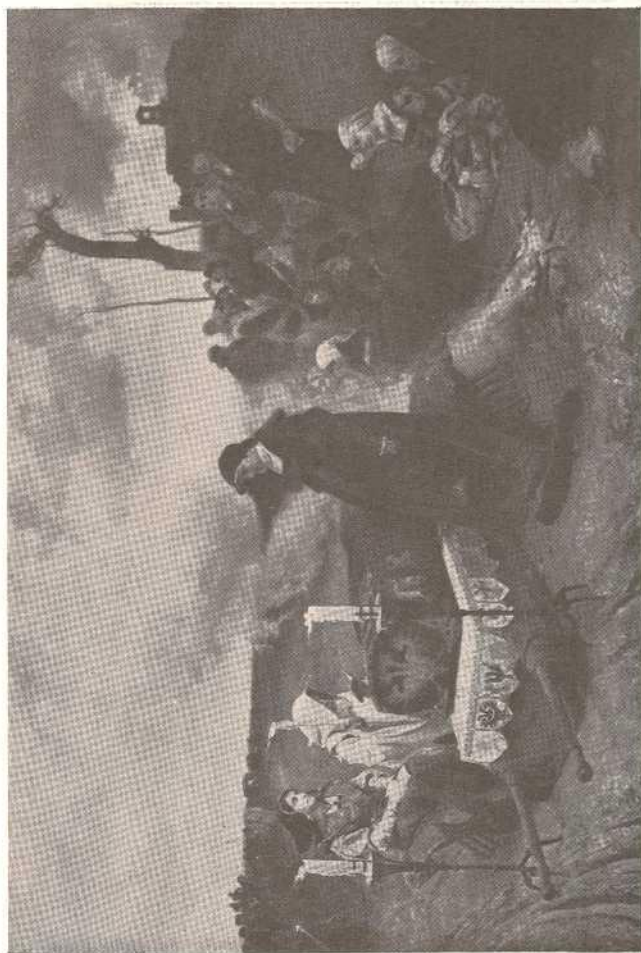
Felipe el Hermoso y Juana la Loca. Tablas del maestro de la Abadía de Afflighem (siglo xv)



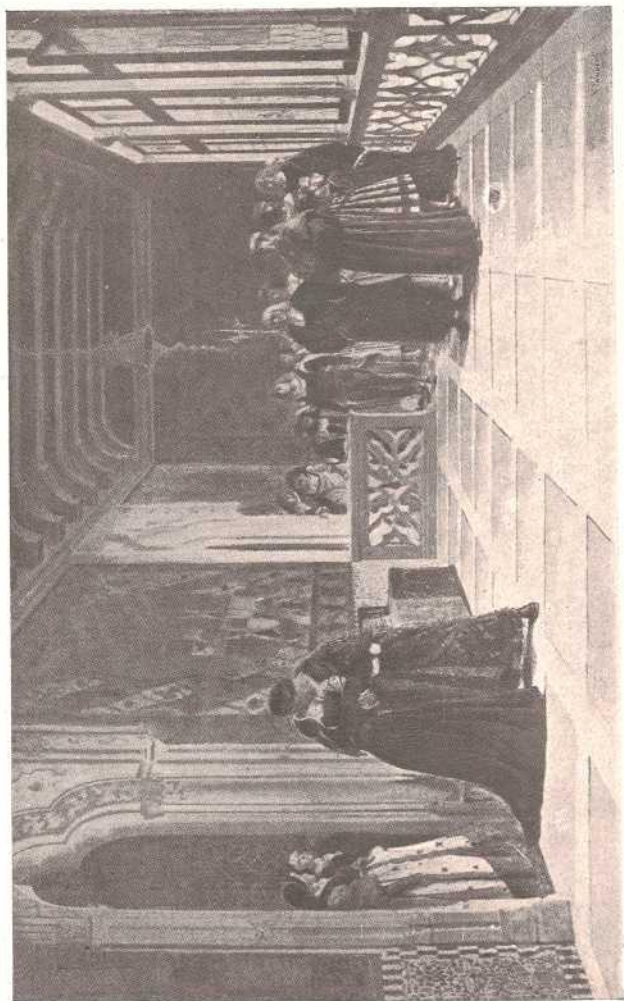
El emperador Maximiliano. Grabado en madera, original de Hans Burgkmair (1518)



Doña Germana de Foix, segunda esposa de don Fernando el Católico.
Cuadro existente en el Museo Provincial de Valencia



Doña Juana la Loca ante el féretro de su esposo. Cuadro de F. Pradilla.
Madrid, Museo Nacional de Arte Moderno
(Fol. Hauser y Menel)

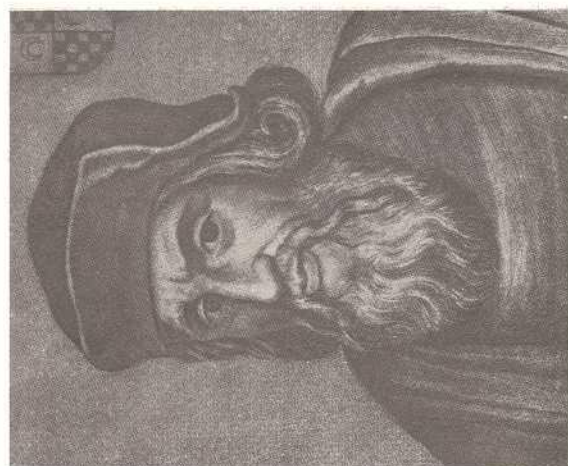


Entrevista entre don Fernando el Católico y su hija doña Juana (1507), Cuadro de V. Palmeroli



1

1. El Gran Capitán. Retrato existente en la Biblioteca Nacional de Madrid. 2. El conde Pedro Navarro. Estampa del siglo xv existente en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial



2

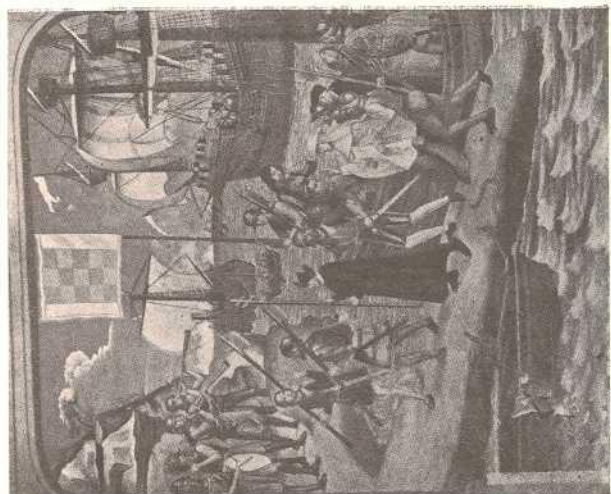
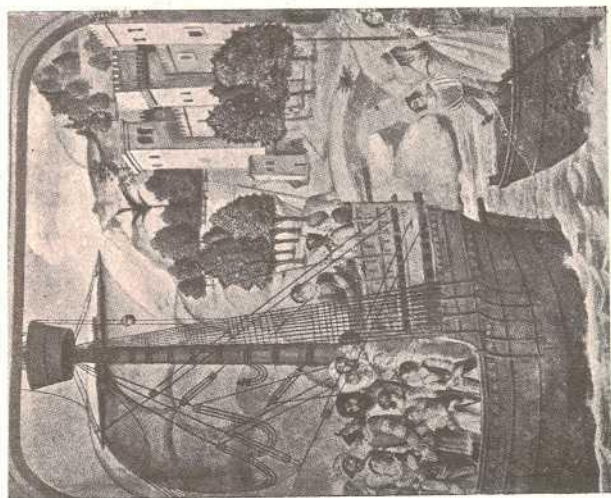


1



2

1. Antonio de Nebrija, cronista de los Reyes Católicos. 2. Fray Hernando de Talavera, confesor de la Reina y primer Arzobispo de Granada. Retratos existentes en el Monasterio de El Escorial



Expedición del Cardenal Cisneros para la conquista de Orán. Pinturas murales de Juan de Borgoña en la Capilla Mozárabe de la Catedral de Toledo



Moneda de los Reyes Católicos

En el anverso, las efígies de Fernando e Isabel, cuyos nombres van escritos en la orla. En el reverso, el escudo real cobijado por el águila imperial, y una inscripción latina que traducida dice: « Protégenos bajo la sombra de tus alas ». De la obra de Aloiss Heiss, « Monedas hispano-cristianas »

COLECCIÓN

PRO ECCLESIA ET PATRIA

Esta Biblioteca reúne un amplio conjunto de trabajos selectos debidos a eminentes figuras españolas del mundo científico y literario. Tomando como asunto central la beneficiosa influencia ejercida por el principio religioso sobre el progreso de la vida nacional, aspira a poner al alcance de sus lectores el rico tesoro de valores religiosos, éticos y estéticos ofrecidos por la Historia y la Cultura patria en el transcurso de los tiempos

Volúmenes de 200 a 250 páginas, tamaño 12 × 19 cm., encuadernados en tela, profusamente ilustrados con figuras y láminas

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. Raimundo Lulio, por MN. LORENZO RIBER. Con 10 láminas.
2. San Juan de la Cruz, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS. Con 12 láminas.
3. Un siglo de cristiandad en el Japón, por el P. CONSTANTINO BAYLE. Con 16 láminas.
4. El Arte gótico en España, por el MARQUÉS DE LOZOYA. Con 30 figuras y 32 láminas.
5. El Arte románico en España, por EMILIO CAMPS. Con 53 figuras y 24 láminas.
6. Aurelio Prudenelo, por MN. LORENZO RIBER. Con 12 láminas.
7. El Padre Claret, por Pío ZABALA. Con 14 láminas.
8. Don Rodrigo Jiménez de Rada, por MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS. Con 16 láminas.
9. España en Lepanto, por el P. LUCIANO SERRANO. Con 8 láminas y un mapa.
10. Santa Teresa de Jesús, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS. Con 16 láminas.
11. Lope de Vega, por JOAQUÍN ENTRAMBASAGUAS. Con 16 láminas.
12. La Inquisición en España, por el P. BERNARDINO LLORCA. Con 11 láminas.
13. La expansión misional de España, por el P. CONSTANTINO BAYLE. Con 14 láminas.
14. Francisco de Vitoria, por el P. VICENTE BELTRÁN. Con 16 láminas.
15. San Isidoro de Sevilla, por FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL. Con 16 láminas.
16. San Ramón de Penyafort, por F. VALLS TABERNER. Con 16 láminas.
17. La filosofía española de Luis Vives, por M. PUIGDOLLERS. Con 16 láminas.
18. La Reina Isabel, Fundidora de España, por F. DE LLANOS Y TORRIGLIA. Con 14 láminas.
19. Fernando el Católico, por A. JIMÉNEZ SOLER. Con 16 láminas.
20. El Gentilhombre Íñigo López de Loyola, por el P. P. LETURIA. Con 16 láminas.

EN PREPARACIÓN

El Cardenal Mendoza, por ABELARDO MERINO.

El Monasterio en la Vida Española de la Edad Media, por FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL.

Juane Balmes, político, por ERNESTO LAORDEN.

El Arzobispo Don Raimundo de Toledo, por ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA.

EDITORIAL LABOR, S. A.

BARCELONA - MADRID

BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO

115



1.954

A

Smeyn Soler : Fernando el Católico

19